



VICTORIA

de mis entrañas

y otros paisajes culturales

CLARA GARCÍA SÁENZ

CULTURA *Tam*


COLECCIÓN RAÍCES / ENSAYO

Victoria de mis entrañas

y otros paisajes culturales

Clara García Sáenz

*Victoria de mis entrañas
y otros paisajes culturales*
© Clara García Sáenz
Primera Edición 2020

ISBN: 978-607-8452-55-2

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Lic. Francisco García Cabeza de Vaca
Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Lic. Sandra Luz García Guajardo
*Directora General del
Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes*

Fotografías en portada:

Lado izquierdo:
Juan Carlos Castañón Sifuentes

Lado derecho superior:
Lic. Clara García Sáenz

Lado derecho inferior:
Facebook: Fotos antiguas de Cd Victoria Tamaulipas
<https://www.facebook.com/groups/1534261590118748>

Derechos exclusivos de la presente edición
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)
Calle Guerrero entre Emiliano P. Nafarrete y
C. Gaspar de la Garza N° 421, Zona Centro
Ciudad Victoria, Tamaulipas, México, C.P. 87000
Tel. (834) 315 29 77

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

La respuesta a la convocatoria hecha a los escritores tamaulipecos para participar en las publicaciones del Programa Editorial Tamaulipas 2020, se plasma aquí con particular claridad y contundencia, características propias de la palabra elevada a la calidad de arte.

Diferencia sustantiva que distingue al ser humano de otros seres, es el uso de la palabra para compartir su sentimiento y la visión del mundo. Prueba clara de ello son los textos de quienes en esta colección hacen del lenguaje escrito fotografía de vidas y almas.

Este esfuerzo que llega a buen puerto conducido por el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, confirma la vocación de una sociedad por la cultura y expresión artística.

Asimismo, refrenda el compromiso y la convicción de un gobierno que entiende que el cambio de fondo tiene su esencia en la riqueza espiritual y el saber de las personas.

Esta colección literaria que ofrece el Gobierno del Estado de Tamaulipas busca no únicamente promover el extraordinario talento local, sino, además, estimular la lectura, forma superior de la civilización universal para adentrarse en el alma de los seres humanos y sus pueblos.

Fortalecer el interés por la lectura, fortalecerá el necesario proceso de cambio en el gobierno y la sociedad. Una persona que lee es una más capaz de escuchar, entender y debatir en la paz las ideas de los demás.

Enhorabuena, creadores tamaulipecos. Gracias por compartir en estas páginas su ser y hacer.

La lectura y el cambio están unidos en Tamaulipas.

Lic. Francisco García Cabeza de Vaca
Gobernador del Estado

El Gobierno del Estado de Tamaulipas, a través de Cultura Tamaulipas, tienen como uno de los ejes principales de la renovada Política Cultural, el fomento al libro y la lectura. Es así como desde el inicio de este sexenio se ha buscado propiciar los espacios para que las voces y los sueños de las y los escritores Tamaulipecos, por medio de la palabra escrita, puedan encontrar una vía para la publicación de sus obras.

Por ello, la labor editorial se vuelve fundamental para dar a conocer y al mismo tiempo salvaguardar la riqueza de nuestra tradición literaria. Los textos que conforman las distintas colecciones son un reflejo del momento en que las historias fueron concebidas, pero también conservan los ingredientes narrativos que las vuelven contemporáneas de todos los tiempos.

En definitiva, tocará al lector concluir este diálogo abierto con cada una y cada uno de los autores de estas obras, enriqueciendo desde su mirada la experiencia de la lectura y encontrando en ella, los rasgos afines que nos identifican como Tamaulipecos.

Lic. Sandra Luz García Guajardo
Directora General de Cultura Tamaulipas

Para Hermenegilda SaenzPardo Mejia,
mi madre, eterna migrante.

Prólogo

El libro comienza con una lectura obligada para los maestros de historia: el discurso del patrimonio cultural y la necesidad de una historia para Tamaulipas. Lectura que habría que interiorizar para dar respuesta a las preguntas de alumnos, y batalla a la perorata de quien ha hecho del discurso patriótico - nacional - mesoamericano, estandarte de forma indiscriminada. Llega a nosotros a través de la experiencia y el trabajo de campo; aportándole frescura, no sólo son sus palabras sino también con las de alumnos, compañeros de viaje; y muchas veces los cerros, los edificios y el camino.

Le siguen notas de viaje a los rincones de Tamaulipas, donde es posible saborear cada platillo, sentir el cambio en la temperatura por municipio; y soñar con que Tamaulipas sea eterno para degustarlo. Así, llegamos a Victoria a través de las historias personales y el espejo que quien es protagonista. Nos acercamos a la ciudad para quererla, para extrañar los espacios desaparecidos, enojarnos con aquellos que se olvidan de ella, y finalmente reconciliarnos con los cambios y la ciudad.

Pero el libro no es únicamente un ir y venir geográfico, la tercera parte está dedicada a gente de Victoria, y otras partes del corazón. Descripciones, despedidas y homenajes a la memoria,

permiten sentir que somos parte, que las personas de quienes se habla fueron cercanas. Es una suerte de sinécdoque donde quien se ha vuelto letras, pudo ser mi maestro, mi padre o mi vecino. El capítulo es, en resumen, un homenaje a la vida.

La cuarta parte, extensa, deliciosa y con esa nostalgia del viajero, retoma la forma de cátedra; viajamos y sentimos, pero nunca dejamos de recibir una clase sobre patrimonio cultural. Los detalles personales y las múltiples descripciones de los habitantes empujan a subirse al barco, a construir imágenes y perdernos en la sonrisa del Sena, el trenecito de Aranjuez, Brujas, la Ciudad eterna, Londres, París, Berlín, Venecia, Lisboa... Paisajes lejanos, que son presentados en forma de sabores, pláticas, e incansables caminatas por sus calles.

Hay en el libro una pasión que desborda, donde la protagonista es la humanidad; la humanidad y el paisaje que cambió —que hizo suyo a través de la historia—, la humanidad en los recuerdos del corazón, y la humanidad en el palpitar de quien no teme recorrer el mundo, sabiendo de antemano que cada viaje abona y rompe un paradigma.

Es un libro cercano que puede leerse con distintos fines: para rememorar la ciudad, para aprender, para viajar o para sentir que uno se ha comido el mundo y que allá, en otra masa continental, puede mirar en su saco añorando las gorditas de horno y las risas de los amigos que se han ido y decir, como el italiano Dalla en la nostálgica Ítaca: *“Si aún quedara mundo, estoy listo, ¿a dónde vamos?”*

Ana Juárez Hernández

Historiadora

PRIMERA PARTE

El paisaje tamaulipeco

El patrimonio cultural de Tamaulipas

1. Pensar el patrimonio cultural

La valoración del patrimonio cultural es un asunto complejo, porque no solo implica acciones concretas como su rescate, conservación y difusión, sino también su carga de representación como recurso identitario de las comunidades y la sociedad. Hablar de patrimonio cultural encarna no solo cuestiones tangibles y visibles sino también procesos sociales que tienen que ver con políticas públicas, educación, capital social, cultural y económico. No solo es lo que se ve y sabe sino lo que elegimos para ver y saber, así como los procesos a partir de los cuales hacemos esas elecciones. Por eso, pensar el patrimonio implica cultura e ideología y todo lo que estas dos palabras puedan representar.

Aunque la idea de patrimonio cultural como herencia y más concretamente la preocupación para su conservación se desarrolló en el siglo XX y más concretamente después de la Segunda Guerra Mundial, existen muchas evidencias de su preservación a lo largo de la historia. Los romanos, por ejemplo, se preocuparon por preservar el conocimiento griego y sus obras; los cristianos hicieron lo mismo con la herencia romana, al conservar sólo lo que les parecía importante

para ellos que es el principio fundamental de la preservación cultural, donde se elige lo que se va conservar, ya sea porque representa riqueza o conocimiento.

La definición generalizada de que el patrimonio cultural es que es una herencia social que recibimos de nuestros antepasados, Francisca Hernández lo define como “... una herencia de los antecesores que se ha resumido y conservado con el objetivo de ser transmitido a las generaciones futuras. El patrimonio se convierte de este modo, en un bien público cuya conservación ha de estar asegurada por los poderes públicos”. Es precisamente aquí donde se abre el debate de todo lo que ha representado su estudio; así la primera pregunta será entonces: ¿Qué hemos hecho con la herencia que nos han dejado los antepasados? ¿Nos la hemos gastado?, ¿la hemos despilfarrado?, o ¿la hemos multiplicado para heredársela a nuestros hijos? Todas estas preguntas mantienen ocupados a los estudiosos de patrimonio, cuyo debate académico es interminable y en muchos casos polémico respecto al actuar del Estado.

Pero la pregunta que aquí nos planteamos va más allá, ¿de qué forma vamos a tramitar a las nuevas generaciones esa herencia? Si hablar de patrimonio cultural es complejo, imaginemos el reto que representa su transmisión.

Dice Antonio Martín Segovia que el patrimonio cultural “es [...] historia viva, nuestra identidad, que nos define como pueblo, como colectivo, no es un entretenimiento para el ocio...”. Esto significa que abordar su tratamiento es un asunto socialmente necesario y doblemente complicado cuando necesitamos crear condiciones de convivencia entre éste y nuestros herederos.

2. Una tarea pendiente

Cuando se habla de patrimonio cultural entramos en terrenos complejos para la comprensión y análisis de todo lo que involucra las diversas interpretaciones de este concepto. Una definición etimológica de patrimonio es: el conjunto de bienes materiales legados por los antepasados; como puede ser una catedral, una casa, una fiesta popular, un paisaje, todo lo que provenga del pasado y tenga un valor para nosotros. En otras palabras, es lo que ha quedado visible y a través del cual podemos conocer la historia.

Con frecuencia escuchamos hablar que tal ciudad o monumento es considerado como patrimonio. Por ejemplo, una de las tareas de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), es pronunciarse a favor, no sólo de sitios, sino incluso de ciudades completas para declararlos patrimonio de la humanidad y así contribuir a su protección.

En México nueve ciudades forman parte de esta declaración, que se suman a los cerca de 900 sitios en el mundo que integran esta categoría. Cuando hablamos de patrimonio entramos también en una serie de divisiones y categorías que en el sentido estricto sólo funcionan para facilitar la clasificación del legado. Así podemos ver que hay patrimonio tangible e intangible; histórico, arquitectónico, artístico, entre otros que componen el patrimonio cultural y que junto con el patrimonio natural, integran la riqueza heredada por los antepasados.

El patrimonio es la pieza fundamental de la identidad de los pueblos; las personas se identifican siempre con símbolos y costumbres del lugar donde viven, nacen o pertenecen; de ahí la importancia de preservar el patrimonio como elemento identitario de la cultura de los individuos. Sin embargo, es común que en el diario

convivir con ese patrimonio la sociedad no le otorgue valores que permitan conservarlo y en su momento también entregarlo en herencia a la siguiente generación, lo que equivale al deterioro de la identidad y por consecuencia de la cultura. Su desconocimiento debilita la conciencia cultural, provoca indiferencia y su inevitable destrucción.

El patrimonio cultural “...es una herencia de los antecesores y se ha resumido y conservado con el objetivo de ser transmitido a las generaciones futuras. El patrimonio se convierte de este modo, en un bien público cuya conservación ha de estar asegurada por los poderes públicos”, señala la experta Francisca Hernández.

En la medida en que los individuos pueden conocer su patrimonio cultural pueden ser capaces de ir experimentando mayor pertenencia y compromiso con su comunidad. Si “la cultura cruza todas las dimensiones del capital social de una sociedad”, entonces ésta es capaz de influir en el mejoramiento del respeto a las normas básicas de convivencia social, teniendo por consecuencia comunidades más seguras y solidarias.

El patrimonio cultural es una herencia, es un legado de las generaciones pasadas que han dejado como testimonio de su existencia; el patrimonio cultural tangible llega al presente de dos formas: La primera porque ha sido preservado como un valor, cuyo uso en la vida cotidiana dejó de ser útil y al dejar de cumplir los fines para los cuales fue creado es conservado como evidencia histórica del pasado.

La segunda forma en la que el patrimonio tangible llega a nosotros es por mera circunstancia, es decir, llegamos a conocer el objeto o monumento porque ha sobrevivido al tiempo por diversas razones que no son la preservación del pasado en forma consciente y planificada, ni por la preocupación de conservar la evidencia his-

tórica del pasado. Este patrimonio está constantemente en riesgo de desaparecer al no existir una valoración que permita su conservación y preservación.

En cuanto al patrimonio cultural intangible, entendemos este como el conjunto de manifestaciones culturales de la sociedad que han sido heredadas de los antepasados y son prácticas vivas que dan sentido de identidad a la sociedad. Cuando no existe una valoración de estas expresiones como parte del patrimonio cultural, es frecuente que estas prácticas que constantemente se modifican por la natural dinámica de la sociedad desaparezcan al ir cambiando los intereses de quienes las realizan.

Si partimos de la premisa que el patrimonio cultural es lo que da identidad y pertenencia a los individuos dentro de una sociedad; su utilidad está enmarcada en la preservación de los valores sociales, es decir, en la medida que un individuo esté conciente de su pasado, de su herencia social y de su patrimonio cultural, estará más comprometido con su entorno y con la sociedad en la que vive, esto le permitirá desarrollar capacidades que generen bienestar e incrementen sus capitales sociales, culturales y económicos.

Por esa razón el impulso de la valoración del patrimonio cultural a través de su preservación, conservación y difusión debe impactar en los habitantes, para lo que resulta necesario que dicho patrimonio trascienda en la conciencia ciudadana para lograr comunidades con alto valor identitario.

3. Una historia para Tamaulipas

Ubicado en el noreste de México, Tamaulipas cuenta con aproximadamente 400 kilómetros tanto de costa como de frontera, es un

estado pluricultural por la gran cantidad de población migrante que viene de otras partes del país, ya sea para estudiar, trabajar o para intentar cruzar la frontera hacia los Estados Unidos de América.

Tamaulipas, último territorio en ser colonizado en la Nueva España, fue hasta la mitad del siglo XVIII una “isla de salvajes” para la Corona, que en varias ocasiones fracasó en sus intentos de ocupación. Según algunos historiadores regionales, la naturaleza aguerriada de los indios, hizo que esta región permaneciera hasta 1749 “inhóspita y salvaje”. Señala Powell en su libro “La guerra chichimeca” que, en gran parte de la gran chichimeca, la colonización española no se dio por el sometimiento, sino producto de un constante intercambio cultural.

Ser tamaulipeco, ser norteño, es parte de una identidad que nos obliga a un ejercicio de otredad histórica, donde el otro, el salvaje, se vuelva parte de este territorio que habitamos. Tierra agreste que hemos “dominado” al igual que él en el pasado, soportando los climas extremos, migrando permanentemente y viviendo en entornos de disputa. Es entonces cuando la territorialización de actividades incluso se torna violenta.

Por ser una zona de tránsito constante, no sólo de personas sino también de todo tipo de mercancías; la violencia, el narcotráfico y la pobreza son algunos de los problemas sociales permanentes. Aunque éste no es un caso de excepción en México, es importante señalar que las condiciones económicas y sociales del estado han sido factores determinantes para que las expresiones culturales de nuestros ancestros estén permanentemente amenazadas, dándose un deterioro constante del patrimonio cultural.

Hasta hoy, Tamaulipas no cuenta con un inventario de su patrimonio cultural, existen sí, algunos esfuerzos que intentan realizar esta tarea, pero ninguno ha resultado significativo debido a la

complejidad del territorio, no sólo por su extensión geográfica, sino también por los contrastes culturales de sus regiones.

Pero este es sólo el principio del gran problema que enfrenta esta herencia, si bien su catalogación es el punto de partida para conocer la situación en la que se encuentra actualmente (estado de conservación y preservación), existe también un total abandono de su estudio y valoración. No solo se desconoce cuál es, dónde está y en qué condiciones, sino también, la relación que la sociedad mantiene con él, cómo lo usa, lo reconoce y lo valora.

Partiendo del entendido que, dada nuestra condición histórica, cuyos referentes culturales son distintos a otras zonas del país por ubicarnos en la Gran Chichimeca, es necesario estudiar el patrimonio cultural de Tamaulipas desde una perspectiva distinta a la realizada desde el centro del país que aglutina elementos del patrimonio nacional como herencia de los grupos mesoamericanos.

Este ejercicio que implica reconocernos en el otro históricamente, tendría como tarea principal la valoración del patrimonio cultural como herencia identitaria, comenzando por hacer inventarios de nuestro paisaje natural, nuestras costumbres, comidas, ritos y “los memes como unidad de trasmisión cultural” en México —dice Machado—, donde la imitación de lo ajeno domina el pensamiento de muchos, persiste la necesidad de la búsqueda de una identidad.

Cada uno de nosotros se compone de diversas identidades que compartimos con diversos grupos humanos, así la identidad colectiva se va construyendo en la medida que vamos reconociendo los valores sociales que permiten la convivencia. La recuperación, el reconocimiento, la conservación y la preservación del patrimonio cultural permiten el entendimiento para dejar de ver al otro como diferente y ajeno a nuestra identidad y permite integrarlo a nuestra historia y a nuestra vida.

La historia hegemónica de México borró, a partir del triunfo liberal a todas las minorías que pudieran representar para la gloria nacional un peligro de fragmentación, así la historia de México se convirtió en la historia de un pueblo mestizo donde todos éramos mexicanos, los indígenas desaparecieron y a partir de ahí serían recordados cuando se hablara de la grandeza de Mesoamérica.

Una historia de héroes, villanos y grandes hazañas, hasta se olvidó a Texas por así convenir a sus intereses; pero, ¿dónde estamos nosotros, los tamaulipecos? Nuestros padres, abuelos, la tierra y la cultura, en muchos sentidos la historia de los “salvajes”, los chichimecas, también se ha vuelto ajena a nosotros, debido a que no podemos entablar un diálogo con un pasado que ha quedado en el olvido. De ahí que para recuperar su memoria hay que reconocerlo.

4. Aquí es Aridoamérica

La historia oficial mexicana nos enseña desde pequeños que el territorio prehispánico estaba dividido por dos grandes zonas: Mesoamérica y Aridoamérica, en la primera habitaban los grupos indígenas “civilizados” porque poseían “cierta cultura” que, a través de los códices, edificaciones, estelas y otros testimonios podemos conocer.

Aridoamérica, sin duda, es algo totalmente diferente para la historia de México, representa una extensa región habitada por tribus chichimecas de diversas denominaciones y lenguas cuya característica común fue el salvajismo. No voy a detenerme a hablar de los mesoamericanos, pues de todos es conocida la grandeza maya, mexica, olmeca, tolteca, zapoteca entre otras.

Parece como si en la historia de México se hubiera construido un binomio: mesoamericanos igual a civilizados y chichimecas

igual a salvajes, o siendo más radicales, mesoamericanos buenos, chichimecas malos. Bajo esta premisa, todos los mexicanos nos hemos arropado con orgullo mesoamericano y nos sentimos herederos de los mexicas y los mayas, de todo lo esplendoroso y fascinante que pueden resultar esas culturas.

Fray Vicente de Santa María escribía: “En las llanadas dilatadísimas que se extienden desde este país hasta la raya de la provincia de Texas y hasta lo más septentrional del continente, era incontable el número de naciones bárbaras que vagaban sin haber oído jamás algunas de entre ellas el nombre de las naciones conquistadoras de las Américas.”

Su naturaleza aguerrida, su fama de guerreros, es quizá en la visión occidental otro atributo de su salvajismo, sin embargo, en gran parte de la gran chichimeca, la colonización española no se dio por el sometimiento, como la historia oficial nos ha enseñado, sino producto de un constante intercambio cultural.

Los chichimecas han sido estigmatizados por una historia oficial cuya visión fragmentada del proceso histórico ha contribuido comprender de manera sesgada nuestros orígenes.

Arbitrariamente se habla de México prehispánico que comprende desde el Pleistoceno hasta la llegada de los españoles en el siglo XVI, dando prioridad al desarrollo de los mesoamericanos; conquista, virreinato y colonia, despachando de una pincelada tres siglos que se resuelve con la palabra explotación, a este periodo corresponden los siglos XVI, XVII y XVIII; México independiente siglo XIX y México contemporáneo siglo XX. Cada periodo con su dinámica propia, hace que los mexicanos de hoy comprendamos esa historia no como un largo proceso donde se ha formado nuestra identidad sino como parte de un México de hace 100 ó 200 años.

5. El Norte es sólo para valientes

Hace algunas semanas me encontré en una venta de libros un cuadernillo de Mauricio Magdaleno, publicado en 1963 llamado “La aventura del Norte”, es un ensayo literario donde habla de la grandeza Norte de México; es la mirada de uno de los escritores más representativos de la novela de la revolución mexicana.

Con extraordinaria pluma, Magdaleno repasa los espacios del Norte, sus paisajes, comida, costumbres e historia, destacando a cada momento la valentía de los hombres y las mujeres que han vivido en esta tierra hostil; siempre amenazada por la violencia, por los climas extremos, la poca vegetación y las grandes distancias entre poblaciones, pero también con el centro del país.

Magdaleno señala: “La vida es fuerte como el licor, y esconde ternuras esenciales. Quienes viven en uno de esos pueblos perdidos en la infinidad del Norte de México, tuvieron que inventar su ley, su cocina y su jolgorio”. Y continúa, “sobrevive la polka, cuyo ritmo exótico arraigó en estas tierras hasta convertirse en acento familiar, y que es el alma de las fiestas con el vals y el corrido”.

“La vida es fuerte, como un licor, pero desprende una dulzura de ejemplar solidaridad humana. El norteño como el árabe, al que se parece por tantas maneras, tiene un particular concepto de la solidaridad humana. Donde la inmensidad pesa sobre el grupo y lo aísla, fluye la solidaridad de todos sus poros”.

Rescata el autor dentro de este ensayo un soneto de Manuel José Othón dedicado al Norte, escrito a fines del siglo XIX y que reproduzco, sorprendida de lo actual que me resulta su lectura:

¡Qué enferma y dolorida lontananza! / ¡qué inexorable y hosca llanura! / Flota en todo el paisaje tal pavura, / como si fuera un

campo de matanza. / Y la sombra que avanza... avanza... avanza, / parece, con su trágica envoltura, / el alma ingente, plena de amargura, / de los que han de morir sin esperanza. / Y ahí estamos nosotros, oprimidos / por la angustia de todas las pasiones, / bajo el peso de todos los olvidos. / En el cielo de plomo el sol ya muerto; / y en nuestros desgarrados corazones / el desierto, el desierto... y el desierto!

Ambos textos, el de Othón y el de Magdaleno, escritos hace ya muchos años, cobran fuerza y actualidad en estas horas aciagas, donde los norteños como antaño seguimos de pie.

6. Los dichos de José Vasconcelos

Hace tiempo escuché a Agustín Basave desmentir aquella frase adjudicada a José Vasconcelos que decía "...en San Luis Potosí termina la cultura y empieza la machaca", el intelectual regiomontano señalaba que siendo él un estudioso de la obra vasconcelista, nunca había encontrado tal expresión en sus libros.

Sin embargo, esta expresión a todas luces desafortunada y evidentemente ofensiva para quienes nos sentimos norteños goza de cabal salud, sobre todo si se quiere descalificar culturalmente al Norte y explicar la identidad de sus habitantes como salvajes, barbaros, incivilizados.

En la percepción popular el Norte carece de tradiciones, arquitectura e historia que lo dignifique y sus expresiones se equiparan a menudo con las del centro de México; donde la tradición indígena y religiosa se mezcla con la arquitectura precolombina y colonial para definir los rasgos identitarios de todos los mexicanos; frente a los cua-

les los norteños nos sentimos ajenos por no contar con esos referentes en nuestro paisaje de frontera.

Hay estereotipos que distinguen a los norteños del resto de los mexicanos y hay códigos comunes que los norteños compartimos, pero este ancho territorio posee también una pluriculturalidad que a simple vista pocos reconocen. La arquitectura monumental es escasa, tal vez porque la colonización española se dio lenta y muy posterior a la del centro de México; mientras que a los españoles le llevó tres años vencer a las tribus mexicas, la conquista del norte llevó décadas y en algunos casos, como en Tamaulipas, hasta siglos, donde la discusión aún persiste entre los historiadores regionales que señalan que eso no fue una conquista sino una colonización.

Si emprendemos el camino hacia el Norte por la ruta de Sierra Gorda podemos ser testigos a través de los monumentos históricos, de la transformación cultural que se vive del centro al norte de México, específicamente hacia el noreste. Emergen monumentos coloniales del siglo XVI en la ciudad de Querétaro, pasando por las misiones franciscanas del siglo XVIII en la Sierra Gorda, los austeros monumentos neoclásicos del siglo XIX en la zona media potosina (Rioverde, Alaquines y Ciudad del Maíz) y los escasos monumentos decimonónicos en Tamaulipas. Lo que provoca, tal vez el estereotipo que se tiene del Norte.

Esta opinión popular, aderezada con el supuesto dicho de Vasconcelos alimenta en la memoria colectiva la idea de que el noreste, específicamente Tamaulipas es una tierra inhóspita en muchos sentidos, sobre todo en el cultural.

Es posible que lo dicho por Vasconcelos sea parte de la percepción, que a simple vista no percibe la pluriculturalidad del Norte y más cuando esta expresión se da en el contexto de la posrevo-

lución, donde la identidad nacional se estaba construyendo en el orgullo precolombino de los mexicas.

Vasconcelos no lograba percibir, como todavía a mucha gente le sucede, que en el Norte de una región a otra, la forma de asar la carne es diferente, en los cortes, como en el sazón, el término de cocimiento así como las guarniciones que la acompañan, sean estas frijoles charros, quesadillas, elotes, cebollas o nopales asados entre otros y que incluso en un mismo círculo social hay variantes, carne asada estilo fulano o zutano.

El Norte es una región culturalmente compleja arropada por una dicotomía de la historia de México que explica nuestra naturaleza cultural a partir de la visión de Mesoamérica y Aridoamérica. Mesoamérica civilizada y Aridoamérica bárbara. En la primera, está el refinamiento, la tierra generosa; en la segunda la nada, sólo el desierto. Vasconcelos, como hombre de su tiempo no escapaba a esta percepción histórica nacida en el siglo XIX y fortalecida en el México posrevolucionario, que hacía de la historia el discurso nacional de nuestra identidad.

En la historia oficial, que es por naturaleza etnocéntrica, la gente del centro asume que quienes viven al Norte carecen de una identidad mexicana, lo que significa que sus valores culturales no tienen la misma riqueza identitaria que los habitantes del centro: “El supuesto comúnmente aceptado es que la mexicanidad es una gran carpa de circo cuyo punto más alto se encuentra en la ciudad de México y el más bajo en las fronteras; y en la frontera norte”, señala José Bustamante.

La desafortunada expresión de Vasconcelos, pasó a formar parte de la memoria histórica con un gran número de variantes que han servido para marcar la frontera entre Mesoamérica y Aridoamérica, entre los cultos y los bárbaros. Frontera que precisamen-

te cruza por el estado de San Luis Potosí; en una línea imaginaria la huasteca potosina y la zona centro pertenecerían a Mesoamérica y gran parte de la llamada zona media y altiplano estarían en Aridoamérica.

Siendo congruentes con lo que nos dice la historia oficial, San Luis Potosí sería tierra de frontera chichimeca, nombre genérico dado a los indios aridoamericanos debido a la gran cantidad de tribus diversas que habitaban el territorio y que a pesar de contar cada una con rasgos distintivos, para los españoles todos eran iguales, porque a primera vista tenía un común denominador, andar semidesnudos y ser agresivos.

Estos indios, al irse consumando la colonización española se fueron desplazando hacia el Norte y refinando sus tácticas de guerras para defender su territorio, del que tanto españoles como indígenas tenían referentes culturales antagónicos, mientras unos consideraban una extensión delimitada de tierra como propiedad, los indígenas consideraban como suyo todo el territorio por donde pasaban cada estación del año.

En la difícil convivencia cultural, los españoles lograron llegar a Texas, Luisiana y Florida por rutas marítimas, mientras que por tierra abrieron el camino de la plata que se extendía desde el centro de la Nueva España hasta los territorios de las Californias. Extrañamente en todo ese mapa, Tamaulipas quedó como una especie de isla entre el centro y el norte de los territorios españoles.

Ahí se refugiaron muchos indígenas que huyeron de los métodos de trabajo y evangelización a los que fueron sometidas sus tribus acostumbradas a la libertad, la cual era entendida por los colonos españoles como barbarie. Después de varios intentos fallidos, se fundó el Nuevo Santander en 1746, cuyo éxito se debió no a una

conquista ni colonización, sino a un exterminio, en muchos de los casos físicos y en otros culturales.

La Sierra Madre

1. El balcón y sus antiguos habitantes

Subimos temprano la sierra, pero con el cambio de horario el domingo quedó extraviado en las horas de la mañana, empezábamos un viaje pospuesto por meses, incluso años. Recorrimos la sinuosa carretera rumbo al ejido Altas Cumbres, a una velocidad que permitió ir disfrutando el paisaje de la Sierra Madre Oriental, soberbia, majestuosa, imponente.

La antigua carretera a Tula, como se le conoce, es ahora un camino muy disfrutable, atrás quedaron los años en que era la vía más transitada y corta entre la capital de Tamaulipas, Ciudad Victoria y el centro del país, atrás también quedaron las innumerables historias de los accidentes que ahí sucedían como pan de cada día por la peligrosidad de su trazo, que incluye entre las muchas curvas una tan singular que se conoce como el balcón del Chihue, que es la parte más alta y desde donde se puede observar todo el valle de Jaumave. Es una curva en U que toca el punto más alto para empezar a descender nuevamente sin perder de vista el espectacular paisaje.

Pero esta vez no llegamos hasta ahí, solo recorrimos 15 kilómetros traducidos más o menos en 30 curvas hasta llegar al ejido,

ahí abandonamos el asfalto y empezamos lentamente a recorrer un camino de terracería en mal estado, pero a pesar de ser incómodo pudimos ver el cañón de la sierra por un lado nuestro, y abajo la carretera Rumbo Nuevo, que es el trazo que se hizo en años recientes y que evita, a quienes transitan del centro del país a la capital tamaulipeca o viceversa, cruzar la peligrosa sierra. También pudimos ver algunas cabañas abandonadas a los lados del camino. Al llegar a un paraje plano, el arqueólogo del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) estacionó su carro y nos pidió que continuáramos a pie, “Son unos 300 metros lo que falta, pero es difícil que lleguen hasta allá los vehículos”.

Entonces lo seguimos por el camino pedregoso cuesta abajo, hasta que de pronto paramos y apareció frente a nosotros la gran escalinata y un letrero bien cuidado que nos daba la bienvenida al Balcón de Montezuma; a partir de ahí la cuesta se hizo pesada pero la recompensa fue grande, al llegar a la cima, una gran plazuela con montículos circulares de piedras bien definidas, ahí tomamos tiempo para almorzar y disfrutar de un paisaje inigualable, mis alumnos sacaron generosos lonches, flautas, sándwiches, tortas, aguacate, chile piquín y con el intercambio de manjares tuvimos una comida generosa, al terminar, ellos mismos se dieron a la tarea de recoger toda la basura y guardarla en sus mochilas para tirarla en los depósitos al regreso.

Ya en el sitio, por ambos costados del paraje se veían los dos grandes cañones por donde pasan las carreteras; por un lado, la antigua que va bordeando la sierra, y por el otro, la nueva que va por el fondo del otro cañón. El área protegida por espesos árboles de encino la convierte en un espacio ideal para vigilar un inmenso territorio que hace perder la vista en lontananza. Ahí, el arqueólogo nos explicó a maestros y alumnos que, sitios como este, se encuentran

diseminados a lo largo y ancho de la sierra, pero este era de los pocos donde se ha trabajado el rescate y la investigación, “hasta ahora se sabe muy poco, como el hecho de que vivieron distintas comunidades indígenas en dos períodos diferentes y se cree que el sitio estuvo habitado hasta poco tiempo después de la llegada de los españoles a Tamaulipas”.

Continuó explicando que una de las corrientes que está tomando fuerza, pero cuyas investigaciones no están concluidas, es que eran sociedades con rasgos culturales propios que nada tienen que ver con Mesoamérica y que es necesario ir concibiendo a nuestros indígenas tamaulipecos como sociedades distintas a las del centro del país. Que por lo tanto sus formas de vida no eran salvajes, ni nómadas, ni cazadoras-recolectoras. Las preguntas se agolpaban unas tras otras entre la admiración, la curiosidad y la sorpresa de alumnos y maestros que escuchábamos. El arqueólogo, con paciencia, fue respondiendo una a una. Después vinieron la sesión de fotos, el recorrido exhaustivo por la Plaza dos, que es otra gran explanada con más montículos y una espléndida vista al horizonte. Se plantearon dudas sobre las formas de gobierno y los usos del espacio estratégico en épocas de guerra.

Parafraseando el pasaje bíblico de la transfiguración, alguien propuso que nos quedáramos ahí, porque el tiempo, el clima y el ambiente se habían conjugado para sentirnos muy cerca del paraíso donde una paz interior nos invadía y seducía a nuestra imaginación para ver a los ancestros indígenas entre nosotros divisando también el horizonte, lanza en mano, prestos a dar la voz de aviso cuando el intruso se acerca, o tal vez nosotros éramos los intrusos y ellos permanecían escondido entre los árboles observándonos silenciosamente, esperando el momento de atacar. Cerca de las dos de la tarde, un maestro nos exhortó a regresar a Ciudad Victoria, todavía

pasó un rato hasta que nos decidimos, lentamente y casi resistiéndonos bajamos la gran escalinata, gozosos por haber visto una grandeza singular, muy nuestra, que nada tiene que ver con los vestigios del centro del país.

Nos sentíamos satisfechos, orgullosos de nuestro patrimonio cultural, de nuestros indios, de nuestra sierra, de ser quienes somos, de habernos encontrado con nosotros mismos comprendiendo al otro, al antepasado sin rostro, sin memoria, sin historia, al que despojó la colonización escandoniana de todo, hasta de sus nombres. Bajamos la escalinata, también un poco tristes por dejar ese lugar tan misterioso, tan secreto, tan íntimo para el recuerdo que no tenemos y tratamos de recuperar, supimos entonces al bajar que el haber estado ahí nos comprometía como historiadores, como gestores del patrimonio, como sus descendientes a recuperarlos del olvido, a reconstruir su memoria extraviada en las crónicas coloniales y decimonónicas donde los llaman pobres, miserables, salvajes, capitancillos.

2. Un trozo del Camino Real

El camino rojo es un trozo del antiguo Camino Real a Tula que se ha intervenido como un espacio rural muy cerca de Ciudad Victoria.

Inicia en la entrada del ejido Altas Cumbres, se le conoce como el camino rojo porque está hecho con tierra de color rojo que es propia de esa zona, cuya cualidad es su durabilidad, ya que si está bien compactada, la lluvia difícilmente puede desbaratarlo, porque su consistencia tiene propiedades minerales que le permiten una buena filtración.

El camino tiene los dos patrimonios, el cultural y el natural, cuenta con algunos monumentos históricos y un paisaje natural extraordinario.

Con un clima envidiable pudimos recorrerlo tranquilamente un pequeño grupo de amigos un domingo por la mañana, olvidándonos del terrible calor que aquejaba la ciudad, nos dimos tiempo de parar de vez en vez para tomar fotografías de las espectaculares vistas de la Sierra Madre Oriental; nos encontramos con la placa que anuncia quien fue el constructor de un muro que sostiene parte del trazo del camino, desde ahí divisamos las ruinas de la Hacienda del Olvido del Obispo Eduardo Sánchez Camacho; para llegar ahí nos fuimos caminando, al llegar hicimos espacio para comer unas suculentas flautas, sándwich y fruta que mis jóvenes acompañantes habían llevado.

Regresamos al camino rojo y antes de continuar pasamos por el puente de piedra, que a simple vista es muy sencillo pero el arco que lo sostiene es una verdadera obra de ingeniería, digna de admirarse por la época en que fue construido; regresamos por la antigua carretera a Victoria y nuevamente pudimos disfrutar la sierra hasta llegar al Santuario del Caminero.

Desde ahí se ve Ciudad Victoria a lo lejos abrazada por los cerros; aunque en esta ocasión sólo pudimos apreciar una gran nube gris, alguien que iba en el grupo comentó que era el calor que asfixiaba a la ciudad, entonces exclamó: es el hocico del diablo; todos reímos con cierto nerviosismo, al pensar lo que nos esperaba.

En busca de los talladores de lechuguilla

1. Magueyes era el destino

La idea surgió después de revisar la tarea de Marisol; les había encargado a mis alumnos que platicaran con sus abuelos; el propósito era que estos jóvenes universitarios hicieran un ejercicio de interculturalidad con otras personas distintas a ellos generacionalmente.

Marisol había entrevistado a dos ancianos del ejido Constitución del 17 que habían trabajado en la talla de lechuguilla cuando eran jóvenes, le habían platicado sobre lo que representaba ese duro oficio y cómo vivieron en la pobreza mientras se mantuvieron de ésta.

Su testimonio me impresionó particularmente y platicué sobre la posibilidad de conocerlos; ella generosamente me dijo que podíamos ir a verlos cuando quisiera. La ocasión no se dio hasta dos años después, durante unas vacaciones en que nos encontramos en la escuela, “¿Cuándo vamos a ver a los viejitos?”, le pregunté a manera de saludo, “cuándo quiera maestra, se nos van a morir y usted nunca fue”, me contestó; pusimos fecha y una mañana nos fuimos a buscarlos, Yunuet, su compañera de clase pidió unirse a la visita.

Así comenzamos una travesía llena de sorpresas, descubriendo un mundo que de tan visible se ha vuelto invisible a los ojos de

los tamaulipecos, me refiero a las condiciones en la que viven los talladores de lechuguilla.

Fuimos al ejido Constitución del 17, municipio de Güémez, después de platicar con varias personas llegamos al tendajito de don Jacobo, el menor de siete hermanos de una familia que había vivido en el ejido Magueyes, municipio de Jaumave; nos contó que por problemas habían decidido salirse y buscar otro lugar para vivir; ahora estaban “muy bien porque tenía una tiendita de abarrotes” y de vez en cuando salía a tallar lechuguilla para fabricar algunos productos para su casa; nos pidió que fuéramos con su hermano Zacarías que vivía en el ejido Rancho Nuevo, municipio de Victoria, él podía darnos mayor información porque había trabajado muchos años en el oficio, “yo no, bueno muy poco, me fui chamaco del rancho”.

Cuando fuimos a buscar a don Zacarías nos recibió su esposa, doña Jacinta, una mujer de 70 años que entre risas y con entusiasmo nos contó su historia en Magueyes, la de su esposo, las razones del porqué habían salido de ese ejido y la búsqueda de otra tierra.

Creo que fue nuestra cara de asombro la que le hizo decirnos con naturalidad: “deberían ir a Magueyes, la gente allá todavía vive de eso, para que ellos les platicuen como está la cosa”. Ese día no encontramos a don Zacarías, pero acordamos regresar después para platicar con él, comimos gorditas de horno y le ayudamos a cortar naranjas que nos obsequió de los árboles que tenía en el patio de su casa.

Antes de despedirme le pregunté si vivía mejor ahora, me dijo “miré, bueno, la vida es dura, pero uno debe aprender a vivirla, gracias a Dios no nos hace falta nada y a mí me sigue gustando la vida del campo”. De regreso a la ciudad mis alumnas me dijeron “tenemos que ir a Magueyes y a Carrizo, si la gente todavía vive nada más de eso, debemos ir a platicar con ellos”, yo me resistía tan solo de pensar en los caminos de terracería y en lo lejano de esas

comunidades. Pero algo había despertado ya nuestra curiosidad; la producción de ixtle, para muchos una industria ya olvidada en Tamaulipas gozaba de cabal explotación.

2. La travesía a Carrizo

Salimos de Ciudad Victoria casi con media hora de retraso, el plan era visitar dos comunidades del municipio de Jaumave para entrevistarnos con algunos talladores de lechuguilla y pasar el fin de semana conviviendo con ellos, porque el camino era difícil de recorrer por el mal estado de la terracería, lo que hacía imposible ir y venir el mismo día.

Había logrado convencer para que nos acompañaran al recorrido a una maestra y algunos alumnos de la Universidad, que, motivados por la experiencia de hacer trabajo de campo, estaban dispuestos a renunciar a sus hábitos citadinos y adentrarse en la vida campesina, en el Tamaulipas profundo.

Marisol, mi alumna que había motivado toda esta búsqueda, tenía contactada a la gente que ya nos esperaba, pero habiéndose retrasado en Victoria a la hora acordada, nos adelantamos en el camino, cruzamos el primer tramo de la Sierra Madre, llegamos a San Antonio y nos adentramos en la pedregosa terracería a Magueyes, una de las muchas comunidades de esa región donde el único sustento de la población es la talla de lechuguilla.

Durante más de una hora vimos cómo el paisaje cambiaba, cada vez más árido, en el camino estrecho y pedregoso empezó a aparecer la lechuguilla, que se multiplicaba en el infinito como planta silvestre, en medio de la nada mis alumnos festejaban que hubiera señal en sus teléfonos, de pronto una camioneta de programas sociales

federales nos rebasó, llevaba muchas cajas de despensa y se perdió en el horizonte.

Llegando a Magueyes, nos instalamos en una sombra para esperar a Marisol y su novio que venían en otro vehículo y mientras saboreábamos unas flautas, las miradas de los vecinos nos acompañaban. Ya todos reunidos fuimos a visitar a una señora para que platicáramos sobre la talla de lechuguilla, nos pasó a su casa y nos mostró sus herramientas, nos contó que ahora las mujeres son las que se dedican a este oficio porque muchos hombres salen a trabajar fuera y ellas, para completar el gasto, tallan de tres a cuatro kilos que equivalen a 60 u 80 pesos.

Íbamos a empezar la entrevista cuando llegó don Carlos, era intendente de la escuela y toda su vida había vivido en la comunidad, se sentó a platicar y empezó recordando a su abuelo, quien le contaba historias de cuando esas tierras habían sido de la hacienda de don Bernardo, los castigos que se les imponían a los peones, la forma en que se les pagaba y el mal trato que recibían, también recordó la época en que el ejido trabajaba como una cooperativa y vendían la lechuguilla a La Forestal, empresa que pertenecía a la paraestatal Cordemex, lamentó la forma en que vivían actualmente a merced de las empresas particulares que compran la lechuguilla a precio de miseria.

Después de visitar las antiguas bodegas donde se concentraba la lechuguilla tallada en la época de la hacienda y el lugar donde se les castigaba; continuamos el camino, Carrizo nos esperaba.

3. Por donde cruza el Chihue

Llegar al ejido El Carrizo, municipio de Jaumave fue una verdadera hazaña; el pedregoso camino, estrecho, árido y accidentado nos había hecho avanzar a vuelta de rueda, era casi la una de la tarde cuando alcanzamos una pequeña sombra frente a la casa de doña Rafaela Rangel quien nos esperaba desde temprano.

Después de bajar algunos víveres que mis alumnos habían reunido para llevárselos como agradecimiento a su hospitalidad, nos fuimos a recorrer las pocas calles del último ejido de Jaumave, pues ahí terminaba el camino. Fuimos a visitar una casa donde tenían secando en el amplio patio hojas de laurel, que según nos contaron, se daba de forma silvestre y la gente lo asoleaba para después venderlo en el pueblo.

La maestra que nos acompañaba me comentó del peligro que se corría con el corte de ramas de laurel, ya que los árboles podían secarse; recordé una charla que escuché con expertos en el tema que explicaban cómo el corte del laurel en la sierra de Tamaulipas y su explotación inmoderada estaba provocando serios daños al ecosistema; del cual, al parecer, en Jaumave nadie se ocupaba.

El sol incandescente nos sofocaba y Rolando, que iba de guía, nos invitó al río, me sorprendí al saber que en esa aridez podía haber un afluente; bajamos por una lomas entre cactus, mezquites y piedras hasta alcanzar la orilla de un ancho y caudaloso río de agua entre turbia y cristalina; los árboles no estaban en la margen sino a unos 20 metros, comenté que era el primero que conocía donde no había vegetación en la orilla sino rocas, entonces me explicaron que se debía a que en tiempo de crecida cubría toda la piedra, alcanzaba hasta los árboles y fácilmente los animales podían bajar a tomar agua. Es el famoso río del Chihue, nace por Miquihuana y va hasta

el Guayalejo, que luego se transforma en Tamesí y finalmente en el Pánuco.

Buscamos una sombra entre los mezquites que, generosos, refrescaron nuestra asoleada travesía, mientras que uno de mis alumnos dormía, la otra leía a García Márquez, Marisol platicaba animadamente con Rolando y la maestra Luiza y yo filosofábamos sobre el arte de trabajar para vivir y no de vivir para trabajar; una voz nos sacó de nuestro reposo para avisarnos que doña Rafaela nos esperaba con la comida lista.

Fideo con frijoles, salsa de chile piquín y tortillas recién salidas del comal, después vinieron las entrevistas donde nos platicaron ella y su esposo de cómo su vida había estado dedicada a la talla de lechuguilla, el aguacero nos sorprendió y después de llover el calor se hizo más intenso.

Fue entonces cuando decidimos regresar a Ciudad Victoria, era temprano y poco quedaba por hacer, así que a vuelta de rueda deshicimos el camino con una discusión sobre el significado de la pobreza; cuando pasamos por Magueyes los hombres que se encontraban afuera de la tienda ejidal nos saludaron afectuosamente y nos desearon buen regreso, don Graciano me había regalado su guajaca que utiliza en la pizca de lechuguilla, “llévesela de recuerdo, luego yo hago otra”.

Tampico hermoso

Hace algunos días visitamos Tampico para recorrer sus calles, comer sus manjares, disfrutar su patrimonio cultural. Desde Ciudad Victoria, por carretera, saltaron a la vista en el paisaje rural los molinos de viento, el parque eólico de Tres Mesas y no pude dejar de pensar en don Quijote desde que Ambrocio frente al volante dijo, “con esos, pelearía el Caballero andante si Cervantes viviera en nuestro tiempo”. También recordé que un teórico social dijo que “la presencia de esas hélices violentaba el paisaje natural”.

En realidad no me parecen feas, el paisaje cambia cuando interactuamos con él, son una obra monumental de ingeniería, digna también de admirar. Es un paisaje transformado, intervenido y aprovechado tecnológicamente para beneficio humano.

Más adelante vimos el Bernal, símbolo tamaulipeco por excelencia, al verlo me imaginé a Alexander Von Humboldt, describiendo el emblemático cerro en su cuaderno de notas que después convirtió en el “Ensayo político de la Nueva España”; lo imaginé cruzando por estas tierras, admirando el extraordinario paisaje, ¿qué comería? La duda me asaltó por largo rato.

La nubosidad y el verdor de los cerros, ya en la autopista, anunciaban la cercanía de la playa, las lagunas y el río Pánuco.

Paramos para almorzar en El Asador, unos huevos Beirut a precio de ganga, para después recorrer la avenida Hidalgo, embellecida con sus casas con hermosas y viejas fachadas.

Llegamos al hotel sin prisas, desde la habitación se observaba el Puente Tampico y más allá los mecheros ardientes de “los veneros del diablo”, como diría el poeta; recordé la torre Eiffel que en París la veía a la misma distancia y por la noche era un emocionante espectáculo desde la ventana del hotel. Creí que el puente, por la noche luciría majestuosamente iluminado, como gran icono que es del puerto.

Salimos sin perder tiempo rumbo al edificio de la Aduana, no sin antes caminar por los mercados que provisionalmente tenían cinco años muy cerca de la vía del tren; al cruzar el control de vigilancia nos recibió Angélica Martínez, de Guía Cocodrilo A.C., quien nos hizo un recorrido guiado por el interior del edificio, después, Felipe de Jesús nos llevó en lancha por los muelles del río Pánuco; lagartos, iguanas, garzas y gaviotas en cantidades se dejaron ver, junto a los grandes barcos que se encontraban en el Puerto, uno, por cierto, tenía un nombre muy literario: Macondo.

De regreso a tierra buscamos el desaparecido Nuevo Mundo para comernos unas orejas de elefante, un hombre de aproximadamente 80 años que se hallaba parado en una esquina nos dijo que había cambiado su nombre por Mundos y que estaba a una cuadra y media del antiguo restaurante ya cerrado, famoso por servir las más grandes milanesas de res en Tampico que desbordaban el plato; se dice que su tamaño era para poder calmar el hambre de los alijadores que terminaban de descargar los barcos en la madrugada. Pedí una, que no era tan espectacular como se recuerdan, pero sí estaba bastante sabrosa.

Ya por la tarde fuimos a la catedral para escuchar misa de víspera, nos sentamos en la plaza mientras salía el cortejo de una boda de la alta sociedad tampiqueña; todos finamente ataviados retirándose en lujosos carros, sin duda un espectáculo para las revistas de glamour.

El interior de la catedral es una verdadera joya, la decoración de su techo y paredes con finísimos detalles muestran la riqueza artística y económica del lugar, me recordó el decorado mudéjar de muchas iglesias en España, no es que se les parezca, pero esta catedral tiene lo suyo.

Al salir nos dimos tiempo de tomar un café lechero en el Elite y mientras caminamos rumbo al hotel por las calles del centro, se escuchaba gran variedad de música en bares, restaurantes y antros por los que pasábamos.

Cuando llegamos a la habitación, descubrí con tristeza que el puente Tampico no se veía, sólo los mecheros ardiendo al fondo; esperé por largo rato y me recosté hasta que el sueño me venció, ya en la madrugada me puse en pie para ver el puente, seguía apagado, pero la música en las calles no cesaba, recordé la Gran Vía en Madrid, la ciudad no duerme, es una fiesta permanente hasta las cinco de la mañana.

Al día siguiente fuimos a buscar el restaurante Las Tampiqueñas, que pertenecía al Hotel Colonial, nos pasó lo que a Joaquín Sabina, mientras que él se encontró una sucursal de banco Iberoamericano, nosotros nos topamos con una plaza de la tecnología; el hotel está concesionado a una cadena internacional. Esta vez no había personas mayores que se acordaran y nos orientaran, los empleados de la plaza, no sabían que ahí se servían ricos almuerzos, así que, caminamos unos pasos y nos metimos al Churrasco que fue durante años La Casa de la Troya y donde se comía un excelente menú

español, la ganancia fue poder disfrutar la plaza de La Libertad desde el balcón de un segundo piso y comer quesadillas de huitlacoche por un precio irrisorio.

Después nos fuimos a la Playa Miramar, recorrimos el malecón, vimos los mapaches, las toninas, los barcos, la gente comiendo elotes y cocos, los valientes bañistas que retaban la bandera negra, algunos surfistas y un domingo espléndido donde la mirada se perdía en lontananza sumergida en el azul profundo del Golfo de México.

De regreso a Tampico paramos en el quiosco del centro de Madero, había un grupo musical que hacía pruebas de sonido, nuevamente comprobé la riqueza musical jaiba, primero tocaron una ranchera y después “Campos de algodón” a ritmo de cumbia, tuvimos que esperar un rato porque la iglesia estaba cerrada, cosa rara en domingo, una beata nos dijo que abrían hasta las cuatro.

La espera valió la pena, muy grande y amplia es por dentro, los decorados de techos y paredes emulan a la catedral de Tampico; lo que me pareció feo y descuidado fue el altar mayor que se ve viejo y carente de belleza, su austeridad no parece ser su cualidad sino más bien el descuido. Terminamos el día yendo al cine y rematamos con unos chilaquiles de Sanborns, por cierto, el menú de mayor precio que pagamos en todo el viaje.

Realmente es impresionante la cantidad de lugares con los que cuenta esta zona del estado de Tamaulipas, su riqueza radica en la variedad de cosas por ver, hacer, comer y disfrutar. Al siguiente día, antes de regresar a Ciudad Victoria, fuimos al mercado a comprar queso bola traído de Veracruz, un verdadero manjar, pan de dulce estilo Tlaxcala y unos exóticos cactus.

Por la carretera abundaban vendedores de cebolla amarilla y chile habanero, pero no paramos hasta llegar a casa con la sensación

de que solo habíamos visto y disfrutado una muy pequeña parte de la riqueza de ese hermoso puerto tamaulipeco.

Ya en Victoria me enteré que el Puente Tampico nunca lo prenden, que ha sido vandalizado, no se le da mantenimiento y muchos tampiqueños ni se acuerdan de él y por lo mismo no se han dado cuenta que está apagado.

Muchos son los esfuerzos que desde hace años pocas personas hacen por mantener, custodiar y difundir el patrimonio cultural de Tampico con excelentes resultados, pero falta mucho por hacer, tanto en la recuperación de inmuebles como en los espacios públicos.

Es lamentable que obras de ingeniería como el Puente Tampico que es el símbolo de la ciudad no esté en el paisaje urbano nocturno emulando a París con su legendaria torre.

La vuelta al mundo

Una invitación a comer a las cuatro de la tarde en El Naranjo, San Luis Potosí requería un tentempié para aguantar el hambre hasta esa hora, por eso, tomamos las cosas con calma y después de un café mañanero nos dimos tiempo para llegar al mercado de El Mante ya cerca del mediodía para hacerles los honores a uno de los menudos más sabrosos que he probado en la vida.

Asistir a la comida era casi un deber, la ocasión lo ameritaba, de esas veces en que da gusto celebrar la larga y extraordinaria vida de un hombre, el patriarca de los Gutiérrez. Calculados los tiempos, salimos por la mañana de Ciudad Victoria, paramos en El Mante y nos seguimos al Naranjo no sin antes entrar a conocer la iglesia de Antigua Morelos de cuya construcción original del siglo XIX solo se conserva la fachada. Dedicada al Señor San José, el interior preserva algunos rasgos originales como los techos de dos aguas, las vigas de madera, un austero coro con balcón también de madera muy parecida a la traza de muchas iglesias de Tamaulipas de esa época, con la variante de estar ampliada en sus costados.

Ya en la frontera con el estado de San Luis Potosí paramos en Nuevo Morelos; para recordar sus tiempos de infancia, Ambrocio sugirió que visitáramos también la iglesia del lugar. Entramos a

la plaza principal, dimos dos vueltas y sorprendido me dijo que no estaba en el lugar que él recordaba.

Subimos una cuadra y entramos por una escabrosa calle, ahí vimos unas campanas y nos acercamos, era la parte de atrás de la iglesia, de construcción moderna y al frente unas escalinatas que llevaban hasta la plaza pero que por estar en lo alto, difícilmente el templo se apreciaba desde abajo.

Con una espléndida vista que abarcaba hasta lontananza, el amplio atrio inspiraba una sensación de bienestar, estuvimos largo rato en silencio, sólo viendo el paisaje, verde, arbolado, esa parte casi perdida en la geografía tamaulipeca.

Antes de continuar el viaje tomé algunas fotografías de casas antiguas que aún se conservan frente a la plaza, de arquitectura vernácula, adobe, palma y techo de dos aguas. Visitamos el panteón del lugar, donde Ambrocio saludó a sus abuelos y seguimos rumbo al Naranja, a pocos pasos cruzamos la frontera estatal y en seguida comenzó el espectáculo, empezamos a bajar una pequeña sierra donde se ve el extraordinario paisaje del valle del Naranja. Como gigantes campos de futbol, las parcelas de caña van dibujando la verde cuadrícula que en el fondo esconde el poblado con su ingenio azucarero y su humeante chacuaco; en verano, con un poco de suerte, puede verse a lo lejos la cascada de El Salto.

En todos los pueblos azucareros cuando hay zafra, el sábado es el día de mayor movimiento comercial por el día de pago de los cortadores de caña, así que había gran cantidad de vendedores de ambos lados de la carretera. Paramos para comprar un coco en rebanadas y un vaso de agua, también de coco.

Nos fuimos al ejido Kilómetro 42 para visitar un paraje del río que une esta comunidad con el otrora Rancho El Estribo. En silencio, solo escuchando el correr del agua nos comimos y bebi-

mos la fruta; continuamos nuestro viaje al Estribo, bajamos al río y duramos otro largo rato escuchándolo en silencio, hipnotizados por su belleza, su color turquesa, su fuerza, su profundidad, su quietud y un tanto su eternidad.

El Naranjo es un pueblo fundado en 1950 antes de ser convertido en municipio en 1995, perteneció a Ciudad del Maíz que está a una distancia de 52 kilómetros. El contraste entre ambos es muy grande, tanto por el paisaje, el clima y el desarrollo económico. El Naranjo es un polo de desarrollo económico por el monocultivo de la caña y aunque el poblado no cuenta con ningún atractivo, su paisaje campestre supera todas las expectativas de belleza natural, el río que cruza su valle, es caudaloso, con parajes irrepetibles, ahí comienza la huasteca potosina.

Llegamos a la comida muy puntuales y en seguida pasó por un lado de nosotros un zacahuil traído desde Tamazunchale; don Modesto Gutiérrez Rangel salió a recibirnos, Ambrocio le dio un fuerte abrazo, tío y sobrino se sentaron a conversar mientras pasaban las cazuelas de mole, arroz, pozole.

Así empezó la maratón, con un huapanguero cantando “a las mujeres que mal pagan”, mientras las hijas de don Moyo (como le dicen de cariño) atendían a los invitados. Los vecinos, sobrinos, nietos, yernos, nueras y hermanos le cantamos las mañanitas, posamos con él para la foto, comimos pastel y festejamos a un hombre que toma la vida seriamente con humor, inexpresivo en sus facciones, pero afectivo en su actitud.

Siendo el mayor de diez hermanos, durante su larga vida dio abrigo en su casa a cuantos pasaban por dificultades, fue figura paterna de algunos sobrinos que trató en igualdad de circunstancias que a sus hijos, protegió a sus hermanas en situaciones difíciles,

hizo frente a los problemas familiares, sobrevivió a la muerte de la madre de sus hijos y volvió a contraer matrimonio.

Para festejar su cumpleaños, ese día don Moyo, con afecciones cardíacas y una paulatina pérdida de la vista, se vistió de vaquero y cuchillo a la cintura, contaba sus historias en voz baja a quien quisiera escucharlas mientras que la tarde se desgajaba poco a poco en un banquete que por momentos parecía interminable, organizado por sus hijas, quienes tomando la batuta se han convertido en abuelas y matriarcas de sus respectivas tribus.

Tarde nos fuimos a dormir y decidimos que en lugar de regresararnos por el mismo camino a Ciudad Victoria, dar la vuelta al mundo. Muy de mañana seguimos el viaje con el propósito de visitar el santuario de Chupaderos dedicado a la virgen de San Juan, subir por la cuesta de los cedros, pasar por el Platanito, ver los paisajes de postal de Agua zarca, empezar a sentir el cambio de clima en el Porvenir y llegar a Ciudad del Maíz a comer gorditas con chile rojo, comprar quesos de chiva y vaca de la colonia italiana, chorizo sagrado, tortillas para las enchiladas, saludar a mis ahijados e irnos a Tula al medio día, para de ahí seguirnos hasta la carretera de Rumbo Nuevo y llegar a Ciudad Victoria aún de día.

Amo la frontera chica

Llegar a Antigua Ciudad Guerrero no es fácil, se deben recorrer 14 kilómetros de mal camino hasta el pueblo fantasma en que fue convertido después de ser sepultado por las aguas de la presa Falcón en 1953. El tiempo y las sequías se han encargado que éste, fundado en el siglo XVIII surja de las aguas para mostrar sus construcciones de piedra, su arquitectura y su historia.

Vale la pena llegar hasta ahí, el traqueteo del mal camino es recompensado con una espléndida postal de calles desiertas y casas derruidas que nos hicieron sentir dentro de una película de vaqueros. Después de recorrer varias calles perfectamente delineadas, llegamos hasta la antigua plaza principal y su iglesia, al fondo la presa Falcón sirve de horizonte con su agua azul que por momentos se confunde con el cielo.

Esta ha sido la primera vez que visito la mal llamada “frontera chica” de Tamaulipas, y lo digo así porque aparte que nadie me ha podido explicar porque recibe ese nombre, tengo la sensación que cualquiera que sea la razón, esta lleva de trasfondo el desprecio que se puede sentir por los pueblos frente a las grandes ciudades. Recordemos que la franja fronteriza de Tamaulipas tiene en los extremos de su territorio a la ciudad de Nuevo Laredo por un lado y

a las de Reynosa y Matamoros por el otro, quedando en medio esta zona “chica”.

Con Ambrocio mi compañero, quien fue un excelente guía, recorrimos los pueblos que componen esta frontera, rica en patrimonio cultural e histórico, Nueva Ciudad Guerrero, Mier, Camargo, Miguel Alemán, Díaz Ordaz, Reynosa y El Charco. Pasamos varios días en la travesía sorprendiéndonos con los paisajes, monumentos, placas conmemorativas, edificios, calles y la exquisita gastronomía.

Estar en la plaza principal de Nueva Ciudad Guerrero es poder imaginar la vida de los años 50; todo, absolutamente todo conserva la original arquitectura con la que fue construido el pueblo, es un bello cuadro de época la plaza con su reloj, el palacio municipal y la iglesia, todos edificados en 1953.

Ciudad Mier no le pide nada a cualquier pueblo del centro de México, sus calles estrechas, sus casas viejas, su iglesia y su quiosco son testimonio de la conservación de su paisaje histórico. Camargo, aunque menos lustrado que Mier, guarda la magia de un típico pueblo mexicano sin la contaminación de la transculturación. La fascinante isla de los castores en Miguel Alemán, el típico chalán de Díaz Ordaz y las históricas fachadas del Charco completan el conjunto de encantos de esta frontera.

Transitar por la carretera que une a Reynosa con Nuevo Laredo y respirar su tranquilidad, borró en mí la mala imagen que tenía de la región; considerada por muchos, tierra de traficantes y altamente peligrosa, la mal llamada “frontera chica” conserva un importante patrimonio cultural de los tamaulipecos que debemos valorar y preservar más allá de los miedos que nos alejan de vernos y reconocernos en nuestros antepasados.

Un Chorruto que renace

Todos los santuarios representan una travesía para llegar a ellos, El Chorruto no es la excepción; cuando pensamos en él, pensamos en una quimera, que, para cumplirse, tenemos que alinear los astros.

No recuerdo cuándo fue la primera vez que fui al Chorruto, incluso, creo que no sé cuántas veces he ido, pero cuando lo pienso como un lugar al que quiero ir, me parece lejano y difícil de llegar; tal vez porque el hechizo de los santuarios consiste también en eso, en llegar.

Hace algunos días fuimos, este es el segundo año consecutivo que vamos en un autobús de peregrinos; después de mucho tiempo de no hacerlo por la situación de violencia que se vivía en la zona. Llegamos cerca de las once de la mañana y había muy poca gente a pesar de ser domingo, recordé entonces los años dorados del Santuario donde no había un solo lugar disponible para estacionarse y en la iglesia ni un solo espacio donde sentarse.

La vendimia, los peregrinos, la gran cantidad de autos hacían del lugar un espacio de multitudes. Ahora se está muy lejos de igualar esa experiencia, porque no solo hay poca gente, existen muchos locales cerrados y a los vendedores, se les nota un dejo de tristeza. Por eso, cada camión de peregrinos que llega es para ellos un respiro

económico; porque en cuanto los peregrinos bajan de los autobuses, se acercan los niños, las señoras, los jóvenes que venden imágenes, flores, gorditas de elote y empiezan con ellos un recorrido por todo el pueblo para ofrecer sus productos dejándolo de seguir hasta que el cliente sucumbe para comprarles algo, entonces, sólo entonces, buscan otro cliente.

Pocos vendedores son del ejido El Chorrito, algunos otros vienen de las comunidades vecinas como San Isidro; y saben que sólo el domingo tendrán oportunidad de ganarse algunos pesos.

Debo confesar que este Chorrito, tranquilo, con pocos peregrinos me gusta más que aquel de antaño que atraía multitudes, porque se puede disfrutar más, caminar por sus calles sin tanto barullo, escuchar misa tranquilamente y sentados. Pero lamento a la vez que ahora se viva en esa situación, porque muchas comunidades habían aprendido a vivir de los visitantes y representaba un ingreso importante para su familia.

Ahora que el Santuario recupera la tranquilidad, es importante saber que sus habitantes esperan con gran esperanza a los visitantes cada domingo y los reciben cálidamente. Vale la pena vencer los miedos y darse una vuelta para comer elotes, gorditas, un asado de puerco y comprar la emblemática calcomanía de nuestra visita al Chorrito, Santuario de Tamaulipas.

En busca de una tradición propia

Durante los últimos veinte años en Tamaulipas nos hemos dado a la tarea de procurar el supuesto rescate de la tradición de día de muertos y se ha vuelto popular el concurso de altares en las escuelas y espacios culturales. El propósito según parece es contrarrestar la andanada del Halloween.

Pero andando el tiempo el asunto se ha ido complicando, porque el Halloween se celebra casi las mismas fechas en que las escuelas instalan sus altares, debido a que el día dos de noviembre todas lo toman festivo. Esto ha ocasionado un fenómeno que en teoría de la cultura se llama tropicalización y que consiste en insertarle a lo que se importa (ya sean mercancías, ideas o costumbres) elementos identitarios del país a donde llegan estas.

Por eso no es raro ver en Soriana altares de muertos con los colores del Halloween y calaveras que parecen calabazas, o bien, en muchos altares que los jóvenes construyen para sus concursos escolares encontrar elementos de esa celebración anglosajona. La confusión reina y se apodera no sólo de los niños y jóvenes que son obligados a cumplir con la supuesta tradición, sino también de todos los adultos, maestros y asesores de grupos escolares que nunca

en su vida han hecho un altar y no tienen referentes identitarios para guiar a los alumnos.

El problema fundamental ha radicado en que los que pensaron fomentar los altares como una tradición para contrarrestar al Halloween no pensaron que los altares de muertos eran tan ajenos para los tamaulipecos como la noche de brujas.

De ahí que esta supuesta tradición se fomente como cada quien la entienda y veamos que hay en los altares elementos de todo tipo, desde los que funden las tradiciones oaxaqueñas con las veracruzanas, huastecas y michoacanas hasta quien dice que lo hace como su inspiración le indica. Lo que da como resultado un amasijo de elementos en ocasiones originales en ocasiones absurdos en el impulso de la tradición.

Tal vez sea momento de reconocernos a nosotros mismos, dejar de importar ideas ya sea del norte o del sur y centrar la celebración, por principio de cuentas el día dos de noviembre y recordar que lo que en Tamaulipas hacemos ese día es conmemorar a nuestros muertos yendo a limpiar sus tumbas, rezarles y convivir en el panteón con la familia que va a colaborar quitando la maleza de alrededor, lavando la lápida y poniendo flores y coronas nuevas.

Mi madre es originaria de Coahuila, a sus 80 años pregunta cada vez que oye sobre los altares de muertos ¿de dónde han sacado esa moda? Su pregunta refleja lo ajeno que son estos en el norte del país, una pregunta que cualquier norteño en defensa de su identidad se puede hacer sin el riesgo de que se le acuse ignorante. Simplemente nos son ajenos tanto los altares como el Halloween, lo que resultará interesante es observar lo que surja de la mezcla de ambos, porque eso sí puede ser una manifestación original de la interpretación que los norteños están haciendo para festejar a sus muertos.

SEGUNDA PARTE

El paisaje urbano
de Ciudad Victoria

La memoria de los victorenses

La fundación de Ciudad Victoria hecha en 1750 y que recibió el nombre de Santa María de Aguayo, fue en Tamatán; ubicada en la parte suroeste de la ciudad, actualmente es una zona cuya extensión es de límites imprecisos, pero claro punto de referencia para los habitantes de Victoria. Por los dichos de los vecinos del lugar y algunas referencias históricas, sus límites aproximados son: hacia el sur hasta la margen del río San Marcos, hacia el oriente la vía del ferrocarril, hacia el poniente la boca del cañón del Novillo y hacia el norte, tomando como referencia el río San Marcos dos kilómetros aproximadamente.

La zona empezó a poblarse durante el siglo XIX con adjudicaciones hechas por el Ayuntamiento de Victoria de los terrenos de Tamatán propiedad del general Manuel González y el rancho San Isidro que había sido propiedad de Guadalupe Treto; se formó una unidad de producción conocida como Hacienda de Tamatán donde se producía, entre otras cosas, henequén, según refiere Tomás Reséndez en su libro "Fragmentos de una memoria".

Ya para los primeros años del siglo XX, la hacienda de Tamatán se convirtió en un atractivo paseo para los victorenses, que vivían a no más de tres kilómetros de distancia; afirma Tomás Reséndez en

su libro “Fragmentos de una memoria” que había paseos a la hacienda, la cual contaba con alberca y otras atracciones para que las familias visitaran el lugar los fines de semana y algunas fechas importantes del año.

Tamatán cuenta desde la fundación de la ciudad con dos atractivos naturales, el río San Marcos que nace muy cerca de ahí, en la Sierra Madre Oriental y un paraje llamado La Peñita, que es una piedra de grandes dimensiones de donde nace un manantial. Aunque la ciudad creció a lo largo del río por ambos costados, los mejores lugares para bañarse e ir de día de campo eran los que estaban en Tamatán, no solo por lo poco poblado de la zona sino también por la cercanía de la sierra que hacía que su vegetación fuera más exuberante.

Durante el siglo XX Tamatán se fue poblando, pasando de una zona rural a espacio de urbanización, ya para 1922 la Hacienda había sido adquirida por el Gobierno de Estado que proyectó para su uso la Escuela granja Presidente Manuel González, lo que años después se convertiría en la Escuela Normal Rural de Tamatán.

Fue a inicios del siglo XX cuando se reconstruyó, de piedra, el Camino Real a Tula, aunque ya era un trazo muy recorrido desde comienzos de su vida colonial; éste llegaba a Ciudad Victoria por la zona de Tamatán siguiendo el río San Marcos y cruzando la Hacienda a pocos metros de su casco; siendo camino obligado para quienes viajaban a Jaumave, Tula y San Luis Potosí.

Para la década de los 40 se mejoró el trazo de este camino, iniciando en el cruce del ferrocarril, cruzando toda la zona de Tamatán hasta llegar a la falda de la sierra en línea recta, bautizado como Calzada de Tamatán. En esos años se construyó una escuela primaria, una capilla y se realizó un reparto de tierras fundándose el ejido 7 de Noviembre; también se puso en funcionamiento la cárcel

estatal, un lienzo charro y el gobierno del estado proyectó un gran centro recreativo en algunos de los terrenos que habían sido de la Hacienda, proyecto que nunca se concretó totalmente pues solo se construyó un pequeño zoológico. Fue en la década de los 80 que se dio un nuevo impulso a la zona, regularizando colonias populares y proyectando fraccionamientos y espacios públicos donde se construyeron oficinas gubernamentales y un hospital.

Actualmente Tamatán cuenta con un aproximado de 30 colonias populares, siendo una zona densamente poblada y de bajos ingresos económicos, el casco de la antigua hacienda está destinado al uso de oficinas educativas y otra parte está en uso de la policía y el ejército.

La historia de Tamatán se inicia a fines del siglo XIX con el deslinde, adjudicaciones y compraventa de terrenos para constituir la Hacienda, a partir de la cual se desarrolla como espacio agrícola, recreativo, educativo y finalmente urbano durante el siglo XX. Así, las construcciones más antiguas tienen cerca de 120 años.

El atractivo del paisaje natural convocó los paseos y días de campo de muchas familias de clase media y alta que acudían a sus parajes con fines recreativos y de los cuales los escritores dan cuenta, algunos con nostalgia evocando los recuerdos de su juventud. Es importante señalar que hasta la década de los 70 del siglo XX gran parte de la zona estaba poco poblada y que el surgimiento de sus colonias populares y urbanización se dio a partir de los 80.

Tamatán es un patrimonio cultural íntegro, una unidad compuesta por el río San Marcos, La Peñita, el Camino Real a Tula junto con sus edificaciones, la escuela Matías S. Canales, el monumento a Portes Gil y la mojonera que marca la distancia a Ciudad Victoria, el conjunto de edificios de la ex hacienda de Tamatán con sus murales y monumentos, el busto a López Mateos, el lienzo charro, la

iglesia de San Isidro, el parque y zoológico de Tamatán, el Centro de Readaptación Social y el antiguo cuarto de máquinas de la Comisión Federal de Electricidad, sumando a esto el conjunto de comedores típicos que se encuentran en toda la zona. Tamatán es el lugar donde está la memoria de los victorenses, a veces como nostalgia, como recuerdo, como riqueza edificada o como presente.

1. Victoria de mis entrañas

Las calles anchas, muy anchas, interminables para cruzarlas pronto, edificios grandes y amplios que podían caer sobre mí, una ciudad serena, de leche fresca en frascos de vidrio con tapaderas de aluminio, abundantes luces en la noche y árboles, muchos árboles. Así recuerdo a Ciudad Victoria en 1978, cuando vine por primera vez; era también la primera vez que conocía una ciudad. Tenía ocho años, edad en que el mundo parece inmenso y maravilloso.

Regresé en repetidas ocasiones hasta que definitivamente me instalé en ella para estudiar en la UAT, entonces, con sólo 18 años, la ciudad me parecía sencilla si la caminaba, pero demasiado complicada si tomaba el transporte urbano; consideraba denigrante y degradante subirme en esas minúsculas camionetas donde se iba agachado o con un poco de suerte sentado en una tabla que hacía las veces de banca.

Pero la ciudad me seguía pareciendo hermosa, grande, arbolada. La gente amable y servicial, el río sin agua y puestos de comida en cualquier lugar. Tenía el propósito de irme cuando terminara de estudiar, pero antes de que eso sucediera se me abrieron las puertas laborales y decidí quedarme por tiempo indeterminado.

Muchos años después descubrí que me había enamorado de ella lentamente, se había metido en mis entrañas y me había invadido sin percatarme, lo descubrí cuando me sorprendía diciendo que era victorense, cuando empecé a defender sus costumbres, hablar de su patrimonio cultural y valorar su paisaje.

Reza el refrán “Si bebes agua de la Peñita te quedas en Victoria”, ignoro qué tan cierto sea, puesto que durante mucho tiempo ese fue el único abastecimiento de agua de la ciudad, su rápido crecimiento pudo ser por el efecto de ésta. Lo cierto es que tiene un encanto misterioso que muchos de los que aquí hemos llegado, terminamos abrazándola con cariño.

En alguna ocasión le pregunté a una amiga extranjera el por qué se había avecindado aquí, sin dudar contestó, “porque tienes cerca todo, playa, montaña y hasta los Estados Unidos”. Otro amigo me dijo, “en cualquier ciudad, sobre todo si es la capital de un estado, no tienes tiempo para nada, aquí las distancias son cortas y te desplazas rápidamente a comer a tu casa, a la de tu mamá o a la de la suegra”.

Podría seguir contado más argumentos, pero pueden ser interminables, ya que sus encantos son variados, discretos y hechizantes; bella, arbolada y generosa con quienes aprendemos a amarla.

Agradezco todo lo que me ha consentido y la abrazo como una madre que me dio cobijo como estudiante, como burócrata que fui, como maestra que soy.

Amar a Ciudad Victoria es muy fácil, solo es necesario abrir bien los ojos, levantar la vista y ver el paisaje, la sierra, los árboles, el río, las anchas calles, la gente sonriente, el olor a tacos, a pollo asado, a tortilla de harina y ser generosos como ella, que, sin tantas joyas arquitectónicas y monumentales, es encantadora, por sencilla, austera y cómoda.

2. El encanto endemoniado del San Marcos

La lluvia pertinaz inició al anochecer, su caída constante arrulló mi cansancio y dormí durante toda la noche con el aguacero que no cesó. La ciudad se levantó perpleja al día siguiente, el agua seguía cayendo y el río, ese río callado que muchos piensan muerto, despertó; el cauce del San Marcos volvió a tomar su rumbo atravesando Ciudad Victoria con furia tal que a media mañana se empezaron a cerrar los accesos de varios puentes que comunican la ciudad, debido a la gran cantidad de agua que los empezó a cubrir; el caos vial no se hizo esperar, muchos conductores enloquecieron, la ciudad nuevamente recordaba que tenía un río vivo.

Ciudad Victoria fue fundada como la Villa de Santa María de Aguayo en el año de 1750 a orillas del río San Marcos, sus pobladores aprendieron a convivir con él, se cuenta, que cada vez que era época de lluvias, el río, siempre caudaloso, embravecía y sus aguas arrasaban con casas y cuanto encontraba a su paso.

Contaba la maestra Aída Varela que el San Marcos hacía tantos destrozos cada vez que su caudal crecía, que los antiguos pobladores de Victoria creían que tenía el diablo metido, cansados de sus travesuras le pidieron ayuda a un sacerdote para que lo exorcizara, así, un buen día, la gente se concentró en sus márgenes y el cura realizó la ceremonia para sacarle el demonio.

Decía la maestra que a partir de ese momento el río empezó a calmarse poco a poco, durante los días siguientes se mostró muy tranquilo, pero nadie se percató que desde ese momento se empezó a secar. Fue perdiendo la fuerza y el agua, y desde entonces sólo de vez en cuando regresa endemoniado y nos recuerda sus días de gloria.

Cuando llegué a vivir a Ciudad Victoria hace varias décadas, me atraía profundamente ver el río totalmente seco, cada tarde que lo atravesaba en el camión urbano rumbo a la universidad; tal vez me gustaba porque me recordaba los paisajes naturales de mi pueblo y era un respiro ver la maleza y los árboles que crecían en su cauce, era un verdadero pulmón que la mayoría de las personas veía con indiferencia; me preguntaba, ¿por qué esa zona de la ciudad estaba abandonada a pesar de que cruzaba por el centro de Victoria?, incluso muchos le llamaban y todavía le siguen llamando el San Piedras para significar que es un río muerto, seco, sin importancia.

Algunos consideran que es un peligro la vegetación que crece en él y que si no se limpia puede provocar desgracias en la ciudad, otros dicen que hay que construir espacios recreativos, otros más sugieren que hay que pavimentarlo y hacer carriles alternos a los bulevares que corren paralelos a él. A la mayor parte no le interesa ninguna opción, simplemente son indiferentes.

Pero el San Marcos vuelve a levantar la voz cada vez que llueve fuerte en la ciudad y seguimos recordando su fuerza; recupera su fuerza de antaño, vuelve a enfurecerse para mandarnos señales de auxilio, recordarnos que sigue vivo, que aún podemos conservar el paisaje que corre por sus cauces.

Cuando su cauce crece la gente va a verlo, en distintos puntos de su cruce, niños, jóvenes y adultos se acercan a su orilla sólo para disfrutarlo y siempre es lo mismo, después de varios días de su ruidosa embestida, empieza a lucir tranquilo, sus aguas cristalinas embellecen la ciudad, es entonces un buen momento para descubrir su belleza, su encanto endemoniado. Es una oportunidad para reconocerlo como parte del patrimonio natural que tenemos olvidado y ensuciamos sin respeto alguno. El San Marcos nos quiere y cuando

nos extraña regresa, juguetón y violento, sí, así es él como cualquier río que cuando lo agreden, huye.

3. Un patrimonio victorenses para el futuro

Durante los recientes ocho años, Ciudad Victoria ha tenido una transformación constante en sus plazas y parques, calles y avenidas. Frenéticamente los gobiernos han realizado obras con hartos concretos para modernizar, embellecer, optimizar la parte medular del espacio público.

El ocho de ocho, no fue más allá de malos chistes y memes en las redes sociales, además del enfado de algunos ciudadanos por los árboles que se tiraron en la zona. Después, el discurso subió de tono con el proyecto para derribar el parque de beisbol, detenido por el asombro momentáneo del subsecretario de SEDUMA que viniendo del Estado de México, dijo ignorar que estaba funcionando a la vez que se trazó el plan oscuro de no darle mantenimiento a las rejillas de los techos, dejando que la basura se acumulara para que el agua venciera sus columnas y así tener un buen pretexto para demolerlo.

Siguió el Paseo Méndez, destruyeron su fuente que tenía vista hacia la calle Mártires de la Democracia, de ahí las remodelaciones pasaron a la Plaza Juárez o del 15 como se le conoce popularmente, después siguieron en el Estadio Marte R. Gómez, en la Biblioteca Central Estatal y terminaron en la calle 17.

En esta última, un largo alegato entre la sociedad civil y el gobierno sordo, ciego y testarudo —diría Shakira— se ha prolongado hasta el día de hoy por lo innecesario que se considera la obra como lo han sido todas las que enumeré en el párrafo anterior.

El disgusto es grande por parte de los defensores ecológicos debido al daño que han sufrido los árboles; que si el cemento, que si las banquetas y a cada reclamo público el gobierno parece responder con más y más cemento.

Ahora el regocijo de los críticos de la obra es grande al ver que, con las lluvias de septiembre, el 17, como se le conoce, está espantosamente inundado y hasta la Presidencia Municipal, impulsora de la obra, se ha inundado por la mala proyección de la remodelación de esta avenida.

Durante mucho tiempo me he preguntado al estudiar el patrimonio cultural inmueble de Ciudad Victoria, ¿por qué si es una ciudad de más de 250 años los edificios más antiguos son de finales del Siglo XIX?; he venido hilvanando muchas teorías entre las cuales prevalecen dos; ya sea porque durante muchos años solo se construyeron casas de adobe y palma o bien, lo que se construía de materiales duraderos se tumbaba rápidamente en aras de la modernización.

Si cualquiera de las dos hipótesis es cierta, me parece que es momento de detener la destrucción y mirar al futuro; lo hecho, remodelado está, entonces debemos ver más allá de los árboles, ver el bosque entero; en otras palabras, todas estas zonas remodeladas son por su estilo contemporáneo un paisaje, un conjunto patrimonial que ya desde ahora deberíamos empezar a defender, a cuidar y a proteger más allá de seguir denostándolo. Pensar en el futuro, en lo que debemos conservar para legar como testimonio del presente.

Porque si seguimos en la lamentación, en la crítica, en la descalificación, en la desdicha de no ser oídos por las autoridades, corremos el riesgo de que, en pocos años otro gobierno, considerando lo inaceptable de estas obras, las destruya para construir otras en aras de la modernización.

Cierto, no se debe destruir lo que la gente ama, pero también es necesario aprender a amar lo que tenemos ahora, porque eso permitirá conservarlo para mañana.

En cuanto al problema de la inundación de calles y materiales de mala calidad, me parece que ese problema debe caminar por otros ámbitos que no competen ya al sentido patrimonial de los espacios públicos.

Despojémonos de la crítica malsana, lo hecho, hecho está, concentrémonos en cuidar y proteger lo que tenemos ahora y defender espacios donde acecha el peligro, como el Camino Real a Tula.

4. La belleza escondida de Victoria

Más a menudo que de costumbre me doy el gusto de recorrer el Camino Real a Tula desde el puente San Marcos hasta el Eje vial, ya sea para hacer mi caminata matutina, para disfrutar el paisaje o para darles clase a mis alumnos de valoración de patrimonio cultural.

El Camino se encuentra en muy mal estado, una parte pavimentada, la otra con grava suelta, otra de tierra y un buen pedazo fracturado por un drenaje de aguas negras que viene desde la colonia Echeverría, atraviesa la calzada Luis Caballero y revienta en la emblemática construcción de El Vergel.

Aun así, el Camino sigue siendo bello y disfrutable con casas viejas, antiguos jacales, grandes árboles y muy cerca, el murmullo casi imperceptible del río San Marcos. Hay ocasiones en que me da tristeza que este Camino esté abandonado; la primera calle de Victoria, la histórica entrada a Victoria, sea difícil de transitar y se encuentre olvidada.

El patrimonio cultural es una herencia del pasado que llega hasta nosotros de dos formas, porque nos ha sido legado conscientemente como una riqueza que ha sido valorada y conservada para las generaciones posteriores o por casualidad, habiendo corrido con la suerte de no haber sido destruido. Creo que este último caso es el del Camino Real, que al construirse otras vialidades cayó en el abandono y eso le permitió llegar hasta nosotros, si bien en malas condiciones, conservando su traza original.

Veo las anchas banquetas de cemento en la calle 17 y pienso en el Colectivo Ciudadano de breve y triste memoria que un día quiso revelarse contra la autoridad para defender el paisaje cultural de esa hermosa avenida, no sé qué les pasó, pero fracasaron en un intento por demás tímido para lograr ser una fuerte voz ciudadana. “Eran demasiado fresas, maestra”, me dijo un alumno cuando alguien sacó a relucir el tema en la clase.

Entonces pienso que algo del excesivo cemento que empiezan a lucir las aceras del 17 podría servir para tapar, aunque sea algunos baches del Camino Real, pero el contraste entre estas dos calles permite comprender el riesgo permanente del patrimonio cultural. La fisonomía de la calle 17 ha tenido cambios drásticos desde su traza en el siglo XIX y muy poco de lo que entonces había se mantiene, la obsesión por la modernidad nos ha llevado a la destrucción permanente.

Por eso, tal vez sea mejor que el Camino esté en esa triste condición, mientras las autoridades no comprendan la importancia de la conservación del patrimonio cultural; porque en aras de modernidad y la obsesión de construir lo ya construido se corre el riesgo de terminar con la belleza natural que aún conserva.

5. Cuando éramos felices

Los pueblos del semidesierto potosino conocen muy bien lo que es padecer la escasez del agua, yo nací en uno de ellos y sé por experiencia que el agua es un asunto que forma parte de los problemas de la vida cotidiana; los niños siempre éramos parte de las rutinas que se establecían para recolectarla.

En los lugares donde no estaba entubada, había que acarrear agua del pozo hasta donde estuvieran los contenedores para almacenarla; en las zonas donde había tubería, la acarreábamos con tinas.

No podíamos usar manguera, porque la presión era tan poca que una tina de quince litros se llenaba en 10 ó 15 minutos y como los niños siempre andábamos desquehacerados nos ponían esas tareas, que además no eran cotidianas porque solo había agua dos o tres veces por semana.

Cuando llegué a vivir a Ciudad Victoria hace 30 años fui muy feliz, por muchas razones, pero sobre todo porque en las llaves salía agua en abundancia, día y noche. Lo que hizo que rápidamente me olvidara que la escasez del agua es un problema muy serio.

Era una ciudad limpia con gente limpia, se tenía por costumbre el baño diario; de donde yo venía eso no se usaba, tal vez por el clima, pero también y sobre todo porque no teníamos suficiente agua.

Muy pronto me aficioné al baño diario, incluso en invierno disfrutaba bañarme, aunque hiciera frío y no tuviéramos boiler en la casa de renta donde vivíamos siendo estudiantes. Disfrutaba el chorro abundante de agua, era una verdadera delicia.

Ahora, vivimos un cataclismo, ningún victorense se salva de la experiencia de abrir la llave y ver que no sale agua; muchos se han privado del disfrute del baño diario; la jícara es un instrumento cotidiano en nuestras casas, la tina de agua, el lavamanos para lavar trastes.

Las pipas son parte del paisaje urbano, los tinacos empiezan a ocupar un lugar relevante de nuestras casas, los conflictos matrimoniales por la manera de resolver en casa el almacenamiento del agua son parte de la vida diaria al igual que la gente de la cuadra en las banquetas platicando mientras esperan que llegue la pipa del agua; la solidaridad de regalarle agua al vecino que no alcanzó a que le surtiera la pipa, recibir al familiar que va bañarse a nuestra casa.

Los hábitos están cambiando, el paisaje urbano también, la falta de agua nos mantiene en un estado de irritación constante, la ciudad está sucia y trabajamos para que esa suciedad no entre en nuestras casas, nos damos baños de torero, pero al mismo tiempo, la conciencia de cuidar el agua, una cultura de la cual carecíamos está empezando a permear en nosotros, al tiempo que estrechamos lazos familiares y vecinales, lo que sin duda puede volverse una gran fuerza en contra de quienes por incapacidad no pueden resolver el problema de la escasez.

6. Nos han abandonado

Recorro las calles de mi querida Ciudad Victoria, parques, bulevares y plazas, todo es un inmenso matorral, montones de basura, baches, calles destrozadas. En el recuerdo queda la dulce imagen de aquella ciudad impecable que recorría cuando era estudiante universitaria.

Dicen que no hay dinero, que los materiales que se utilizaron para asfaltar calles durante los últimos años eran de mala calidad, en fin, la ciudad se está cayendo.

Hace días leí en un periódico esta afirmación, “El paisaje de la ciudad es como es, una ventana que refleja la tristeza de los árboles caídos y deja en vilo a los que aún se sostienen y se alimentan del

rocío. Y hay seres que adornan las imágenes para hacer ver que la vida, a pesar de todo, continúa su marcha en plena lucha contra las adversidades de la urbe”.

Inútiles se han vuelto las autoridades, ya no solo ante la inseguridad sino también ante las necesidades más urgentes que hacen que una ciudad funcione, me refiero a los servicios públicos que perdieron su eficiencia y ni siquiera pueden cortar el matorral que crece sin control.

Así pues, el paisaje de nuestra ciudad viene desde hace muchos meses reflejando tristeza y no se hace nada para que nos podamos sentir más alegres al ver la limpieza y el verde que han dejado las lluvias.

Todo está en el abandono, tal vez nosotros mismo nos sentimos así, como se ve la ciudad, somos su reflejo o tal vez ella es nuestro reflejo; pero en esa simbiosis la vida transcurre sin que al parecer esto pueda mejorar en corto plazo.

El paisaje se altera en forma paulatina, sin cambios bruscos, casi en forma imperceptible, se vuelve feo y este cambio a la fealdad, al descuido es ya normal y cotidiano porque poco a poco nos vamos llenando de basura y chatarra.

Los puestos callejeros han proliferado por toda la ciudad, obstruyen calles y banquetas, insalubres y precarios, el municipio ha consentido en los últimos años su crecimiento, algunos dicen que por prebendas partidistas.

Se afirma que lo que nos separa del primer mundo es la pobreza; pero ante la belleza natural de los países tropicales como el nuestro, no es la suciedad, el descuido y la corrupción la que nos han carcomido para asumir una condición de miseria que nos hace sentirnos desahuciados, sin serlo.

Cuando conocí los hermosos jardines de la ciudad de Viena, le pregunté a nuestro guía que cómo le hacían para mantenerlos tan verdes y floreados si el invierno es muy crudo, sonriendo me dijo, “hay un programa especial de jardines que cada año se da a la tarea de plantar en primavera y mantenerlos en verano, en invierno se ponen letreros que dicen Cuidado, no pise, flores durmiendo”.

En Inglaterra y Alemania en los últimos años pequeñas localidades han adoptado un programa más eficiente, en lugar de que los ayuntamientos gasten cada año en plantas de ornato para jardines se han impulsado los huertos públicos, de tal forma que en cada camellón, cada parque, cada plaza en lugar de plantas de ornato, las autoridades en colaboración con los ciudadanos cultivan huertos para consumo de quien lo necesite.

En Ciudad Victoria hace mucho tiempo que no se respeta el plano regulador de la ciudad, su alteración constante nos ha dado un crecimiento urbano desordenado, una ciudad cada vez más contaminada, con un tráfico caótico donde diariamente hay accidentes viales, mueren motociclistas o peatones embestidos por autos fantasmas.

Un bonito paisaje puede ayudar a resolver muchos problemas emocionales, un paisaje alegre puede transformar vidas, un paisaje limpio puede mejorar nuestra percepción del mundo; es posible aun lograrlo en esta ciudad cálida y verde.

7. Sueño con una Victoria bella

Uno de mis mayores placeres cotidianos es contemplar el paisaje mañanero del río San Marcos, en el suroeste de Ciudad Victoria, los álamos que reverdecen y se desprenden de sus últimas hojas de in-

vierno, las retamas amarillas que anuncian el cambio de estación y la fresca temperatura que se apodera de la noche para ceder al calor del día.

“Victoria me recuerda Valencia”, le dije a un amigo que me contaba que había realizado una estancia académica en esa ciudad española, después de verme con extrañeza me preguntó, ¿por qué?; “sólo estuve unas horas, le contesté, pero su paisaje me hizo recordar Victoria por dos cosas que vi: tiene un río que cruza la ciudad y está seco, y los árboles de naranjo en sus bulevares”; confundido por mi respuesta sólo acertó a decir, “¿te parece?”

En aquel viaje, solo habíamos parado a comer en el centro de la ciudad para continuar nuestro camino de Barcelona a Madrid, aunque con poco tiempo fuimos a recorrer por fuera el edificio la Ciudad de las Artes y las Ciencias, construido por el reconocido arquitecto Santiago Calatrava y después, en el corazón de la ciudad nos sentamos muy cerca de la fuente de Neptuno a saborear una paella exquisita.

Años más tarde hicimos otra visita donde recorrimos la ciudad más cuidadosamente, viajamos en su tranvía urbano, comimos paella en la playa de la Malvarrosa, visitamos el mercado, recorrimos el centro, la Basílica de la Virgen de los desamparados, la plaza de la Virgen, la fuente de Neptuno, el Museo de las Fallas y nuevamente la extraordinaria obra arquitectónica de Calatrava.

Habíamos llegado por la tarde a la ciudad y después de hospedarnos quisimos ir a conocer la playa para disfrutar un poco del Mediterráneo, a tres cuadas del hotel pasaba el tranvía cuya máquina expendedora de boletos nunca se pudo entender con nosotros, muy cerca estaban dos mujeres, madre e hija, al vernos batallar, la señora mayor se acercó a nosotros y nos dijo, “yo tampoco nunca he sabido cómo funciona esa máquina, pero no se preocupen, si van

a la playa vénganse con nosotros”, la hija molesta le replicó, “hay mamá, te pasas de buena gente, el otro día ayudando a unos italianos y ahora a ellos, ¿son mexicanos?” Les dijimos que sí y en ese momento se entabló una amistad hasta llegar a la playa donde se despidieron, no sin antes recordar que en la escuela les habían enseñado una canción mexicana muy bonita.

La calidez de esas mujeres valencianas que iban a pasar la tarde en la playa, me hizo recordar la generosidad de los victorenses, el río seco cuyo lecho es un jardín que cruza el centro, los naranjos, el calor insoportable. El puente de las flores, el tranvía que recorre la ciudad, los monumentos arquitectónicos me hicieron preguntarme, ¿por qué no?, ¿qué nos falta a los victorenses? Valencia, esa ciudad milenaria, que se yergue moderna, conserva su pasado y ha construido un pasaje urbano que muestra como el rostro de quien procura verse bella.

Ahora como una imagen recurrente vuelve a mí, cada mañana que disfruto la zona arbolada del río San Marcos, sus inmensos álamos, su paisaje casi intocable. Sueño con un tranvía que recorra la ciudad, un gran parque urbano en el lecho del río que necesita ser reforestado, una ciudad planificada, que respete su memoria histórica, que sea una digna casa para vivir, bonita, verde, alegre, aunque esté lejos del Mediterráneo.

8. Disfrutar la Sierra Madre

Estoy convencida que la preservación del patrimonio cultural empieza por su valoración, con el objetivo de fortalecer la identidad y la memoria de las comunidades; pero quizá el fin último e inmediato es su disfrute.

Siempre existe polémica cuando se interviene un bien cultural, porque todos nos sentimos con derecho para opinar, al asumirlo como nuestro, por la simple razón que forma parte del paisaje de nuestra ciudad, nuestra cuadra, nuestro espacio cotidiano.

En Ciudad Victoria, los últimos años, la polémica por la intervención de ciertos bienes culturales, monumentos o espacios ha despertado no sólo el interés sino también la polémica por parte de algunos sectores sociales, las obras que los gobiernos estatales realizan en ellas; como lo han sido el Paseo Méndez, el estadio, la plaza Juárez y el 17, la calle emblemática de la ciudad, una de las más antiguas y que produce mayor nostalgia entre los victorenses.

Pero la remodelación de todos estos espacios, también ha servido para que la población empiece a valorar estos bienes y tome conciencia de su patrimonio cultural, y estemos de acuerdo o no en si se debían intervenir cambiando su fisonomía, lo cierto es que al ver las obras concluidas la ciudad goza de un paisaje más bello, más elegante, más amigable.

Ahora, los victorenses hemos recibido un regalo muy hermoso, el mirador de Altas Cumbres; nuestra extraordinaria Sierra Madre, que nos protege de día y de noche, y a la que generalmente nosotros ni volteamos a verla se puso de moda. Caravanas de coches transitaban diariamente por la antigua carretera a Tula para subir al mirador y tomarse la foto con la Sierra, nunca antes, creo, había sido la protagonista, tan popular, tan admirada y tan disfrutada como un paisaje cultural.

De ahí, el recorrido por el Camino rojo que no todos los que visitaban el mirador se atrevieron a recorrer, sin embargo, muchos que lo hicieron tuvieron oportunidad de ver las montañas en lontananza y algunas curiosidades que en el camino se descubren como la cueva del soldado, la placa que anuncia quién construyó el muro

de contención del camino, los puentes de piedra, la casa del obispo rebelde.

La obra sin duda facilita el disfrute del paisaje cultural de la Sierra Madre, ahora que precisamente se está poniendo el énfasis en el estudio de los paisajes rurales, entendidos no como una postal que se ve y se disfruta sólo con la vista, sino, asumida desde la comprensión de un espacio que está afuera de la ciudad y nos permite el gozo de lo natural, a través de vías accesibles.

Aunque en ocasiones no se escapa al vandalismo, al saqueo de vegetación, sobre todo de cactáceas, al tiradero de basura; la valoración del patrimonio y del paisaje también implica una responsabilidad del visitante, para garantizar su protección y conservación.

Por eso, vaya, suba al mirador, respire, abrace a la Sierra y tómesese la foto, con esa belleza que siempre posa con su vestido verde, porque el patrimonio cultural y natural es para disfrutarse.

TERCERA PARTE

Lo íntimo y cercano

Qué bonito se vive en Tamatán

Tocó fuerte la puerta de la casa, llevaba en la mano una bolsa con aguacates, cuando me asomé se quitó el sombrero y me dijo, “soy Tomás Gallegos, para servirle a Dios y a usted, soy su vecino de ahí en frente y vengo a presentarme”. Salí a darle el pase, pero se negó, hablaba fuerte, casi a gritos, “tengo 50 años que vivo aquí y conozco a todo mundo, vi que ustedes acaban de llegar”.

Teníamos pocas semanas de habernos cambiado a la colonia y me sorprendió su manera de ir a conocernos, eso sólo lo había visto en el pueblo, cada vez que nos cambiábamos de casa. Pero en la ciudad, habían pasado años sin que yo conociera a mis vecinos o les saludara, eran parte de un paisaje ajenos a mi espacio cotidiano.

Pronto me di cuenta que en la colonia, muchas cosas eran como en el pueblo, tal vez porque estábamos en la periferia de la ciudad y la mayoría de sus habitantes habían venido del suroeste del estado, sobre todo de Jaumave.

Don Tomás es un hombre de 88 años, su hablar fuerte se debe a la sordera, por eso con él hay que platicar a gritos. Pronto trabamos amistad, él un hombre servicial, platicador y generoso, y yo una mujer aficionada a conversar con los ancianos.

Suele sentarse todo el día afuera de su casa, entre la sombra generosa de los árboles, en una silla de comedor que acerca a un montón de piedras dispuestas para que, quien llegue a platicar con él, pueda sentarse cómodamente.

Originario de Doctor Arroyo, Nuevo León, llegó a Victoria muy joven a probar suerte, recuerda que un día caminando por la calle Juárez rumbo a su trabajo pasó un vehículo a gran velocidad, de donde salió volando una moneda, “era de puro orégano y decía heroica batalla de Puebla, 1862. No me la quedé, la vendí, pero desde entonces mi suerte cambió, dejé de pasar sufrimientos, esa fue la señal”.

Agradecido con Ciudad Victoria repite con orgullo que él es trabajador del gobierno del Estado de Tamaulipas, de donde por edad se jubiló a los 75 años, siendo jardinero y jefe de jardineros. Orgullosa de haber pertenecido a la estructura gubernamental, muestra su credencial de la UPYSSET y describe emocionado todo el proceso que mes a mes realiza para cobrar su cheque.

Entre los recuerdos más apreciados de su vida, recuerda el haber pertenecido a los charros de la Pedro J. Méndez, “fui caballero quince años en el lienzo y viajé durante cinco con el equipo de la ciudad, aunque no dominé todas las suertes, fui de los mejores en la cuadrilla”; para comprobar su dicho muestra una foto que tiene enmicada, donde está vestido de charro montado en un fino caballo.

“Me gustaba la charrería, pero por mi avanzada edad he dejado de hacer muchas cosas, pero como ya trabajé, el gobierno del estado me paga para que yo esté aquí, mire, bien a gusto y tranquilo”. Al decir esto se acomoda en su silla con un gesto de orgullo.

Su casa colinda con la orilla del río San Marcos, los separa un barranco de diez metros aproximadamente; un día le pregunté que si no tenía miedo que la crecida del río amenazara su casa. “No señora,

para cuando eso suceda, primero tendrá que inundarse todo el centro de la ciudad porque está más abajo, y luego me llevaría a mí. Tengo 50 años viviendo en este lugar y sólo lo he visto pasar, a veces muy enojado, pero a mí no se me acerca”.

Sentados bajo la sombra de los grandes árboles que el río ha hecho crecer de manera descomunal, me platica que el paisaje ha cambiado mucho desde que él llegó al sector, ¿aquí es la Peñita?, le pregunto, “así dicen que se llama la colonia, pero en realidad todo esto es Tamatán, todo lo verde, lo fresco, lo tranquilo. Antes todos esos lomeríos estaban solos, ahora están llenos de casas”.

“Este terreno me lo vendió el dueño de El Vergel, era una tienda donde vendían de todo aquí cerca, desde entonces vivo muy a gusto, aquí es el mejor lugar para vivir, tengo árboles frutales e hice una noria de nueve metros de profundidad que aún funciona, qué más puedo pedir, si yo soy empleado del gobierno del estado de Tamaulipas, y me pagan puntualmente porque yo ya trabajé”. Pierde la mirada en el horizonte y suelta la carcajada con la satisfacción de quien ha vivido y sigue disfrutando la vida. Cuando salgo de casa por las mañanas levanto la mano para decirle adiós y responde el saludo entusiasmado; así es su vida, sencilla y feliz.

Graciela por siempre

Conocí a Graciela González Blackaller a principios de la década de los 90; ella una mujer madura, escritora, maestra de literatura, ampliamente respetada en los círculos intelectuales y educativos; yo una incipiente estudiante universitaria en busca de mí misma; habíamos coincidido en el taller de dramaturgia impartido por Xavier Araiza en las instalaciones de la Universidad Autónoma de Tamaulipas; sin conocerme se ofreció a prestarme un ejemplar de Hamlet, en ese tiempo, nuestra convivencia fue breve.

Años después volvimos a coincidir en el Seminario de Cultura Mexicana, ahí nuestra relación fue más cercana, más cálida y estrecha. Me cautivó su buen humor, su jovialidad, pero sobre todo su lucidez e inteligencia. Leí sus libros que amablemente me fue obsequiando: *Samperio no existe* (narrativa), *Contra reloj* (poesía), *Isondí isondú* (poesía), *Lapislázuli* (poesía), *Cuatro viajes* (crónica), al mismo tiempo que manteníamos largas conversaciones.

A propósito de la publicación de su libro de cuentos *Bajo la superficie* —en el año de 2002—, me comentó que no sabía si seguiría escribiendo, pues a los ochenta años tenía más preocupación por atender su salud que por continuar publicando, sin embargo, externó un deseo: “lo que sí quiero hacer es escribir la historia de

mi familia para que mis parientes, hijos, nietos y bisnietos conozcan sus orígenes”.

Entonces vinieron los reconocimientos y homenajes, pero también vino la enfermedad, su rodilla se negaba a seguir sosteniéndola, iniciando así una de sus más grandes batallas contra el dolor, porque al poco tiempo de haberse recuperado, otra enfermedad la postró en la cama durante casi once meses, la batalla fue dura, larga, desgastante y en momentos de mayor dificultad casi insuperable.

Un día la llamé para desearle un buen año y con su voz me volvió a cautivar. De buen humor, jovial, lúcida e inteligente me sorprendió diciendo: “quiero que conozcas el libro que acabó de escribir, es la historia de mi familia, para que mis hijos y nietos conozcan su origen”, se llama “Cómo han pasado los años”.

Recordé la promesa que años atrás se había hecho a sí misma. Burlando a la enfermedad y al dolor, había escrito un nuevo libro. Vinieron a mi memoria las palabras de Arturo Azuela cuando, impartiendo una conferencia, reiteró enfáticamente que la literatura tenía como una de sus funciones principales curar y él daba testimonio de haber podido vencer el cáncer escribiendo una novela.

Así, la maestra Chelita, como muchos de sus alumnos y amigos la conocimos, nos volvió a dar una lección: amar la vida con talento y con fortaleza, cumpliendo nuestros proyectos, trabajando en lo que nos gusta y no dejarnos vencer por la adversidad.

Fue una gran maestra, cuando murió nos dejó la fortaleza, las ganas de vivir, su lucidez y frescura como persona y escritora.

La modestia fue su compañera en el oficio literario, una escritora con estilo propio y voz firme, tendiendo puentes entre la poesía y la narrativa, entre el verso tradicional y las nuevas corrientes literarias, con la actitud de quien sabe conservar siempre la juventud tanto en su corazón como en su inteligencia, la maestra

Chelita, reunió durante años en torno a su mesa de escritura a varias generaciones de jóvenes ávidos de aprender a escribir.

Tenía especial talento para los cuentos breves, esos que atrapan, estrujan y sueltan a la deriva al lector, pero también como en los toros, mostraba sus suertes: el dominio del lenguaje literario y la construcción gramatical, nada era al azar, todo es fondo y también todo es forma.

Recuerdo que cuando le comenté que la revista *Tierra Adentro* se refería a ella como una de las voces jóvenes más importantes de la literatura tamaulipeca, inevitablemente sonrió y dijo a quienes ese día estábamos reunidos alrededor de su taller literario, “quien escribió esto realmente no me conoce, ¿pensará que tengo 20 años?”; y es que su voz narrativa posee una frescura sorprendente, un humor delicado que delinea la sonrisa del lector al momento que va leyendo sus cuentos, humor “a veces negro, irónico o sorpresivo, en un lenguaje denso, exacto, perdurable” dicho en las palabras de Guillermo Samperio a propósito de su obra. Siempre la recordaré con su expresión alegre y ánimo que contagiaba.

Adiós a una amiga

Cuando el doctor Raúl Cardiel presidente del Seminario de Cultura Mexicana me encargó reorganizar la corresponsalía de este Seminario en nuestra Ciudad, fui a buscar a la maestra Altaír Tejeda de Tamez quien al saber el asunto me dijo sin titubeos, “ve a ver a Carmela”, como yo no sabía quién era, la maestra se encargó de decirme dónde vivía. Fui a presentarme con ella, en su casa en la calle Hidalgo.

Yo no conocía a la doctora Carmen Olivares Arriaga y ella me trató con desconfianza, porque me hizo saber que mucha gente había tenido esa intención y que sólo la había hecho perder el tiempo, puesto que ella era la principal interesada en fundar una corresponsalía aquí, pero todos los intentos habían fracasado.

Me pidió que regresara después, no sin antes preguntarme todos mis datos, al enterarse que yo no era de Victoria y que tenía poco de haberme graduado de la Universidad Autónoma de Tamaulipas y que mi único interés profesional era la promoción cultural, me pidió tiempo para hablar con Altaír.

Fue la única ocasión en que su trato fue distante, con los años comprendí que el éxito en su vida era darles siempre oportunidad a los demás, para que desarrollaran sus ideas y talentos. Ese fue mi caso.

Fundamos la corresponsalía del Seminario de Cultura Mexicana de Ciudad Victoria en septiembre de 1995 nombrándola a ella presidente, cargo que ocupó hasta su muerte.

Fue una promotora cultural incansable, formada en la alta cultura, su sensibilidad le provocaba una constante inquietud por compartir con los demás lo que ella consideraba valioso, cuando escuchaba alguna conferencia de contenido relevante en otra parte del país, decía, “hay que llevar a ese maestro a Victoria”, y así tuviéramos que mover cielo y tierra, lograba su cometido.

Ciudad Victoria se nutrió de importantes maestros de la cultura nacional a través del trabajo incansable que la doctora Olivares realizó en el Seminario de Cultura Mexicana corresponsalía Ciudad Victoria, trabajo muchas veces despreciado y poco valorado por algunas autoridades, funcionarios o intelectuales.

Tal vez porque ella no buscaba los reflectores, ni tenía intereses políticos y sí, siempre sí, la formación de públicos en la cultura, picando piedra, a ras de suelo, en la primera línea de fuego.

La doctora Olivares era una mujer que siempre rompió paradigmas, constantemente se estaba embarcando en nuevos proyectos, su trabajo en el Seminario de Cultura Mexicana corresponsalía Ciudad Victoria, fue solo el pretexto para muchas otras aventuras culturales e intelectuales.

Siempre estudiando, escribiendo e investigando logró concretar el estudio formal de la historia en nuestra ciudad; preocupada por el rescate de nuestra memoria promovió la maestría en Historia en la Universidad Autónoma de Tamaulipas, su entusiasmo contagiaba tanto que la acompañé en muchas reuniones, donde, tocando puertas, logró traer a los mejores maestros de historia de la UNAM para que impartieran clases y se abriera de forma definitiva la licenciatura en nuestra alma mater.

Finalmente fundó la Sociedad Tamaulipeca de Historia, donde fue un ejemplo de tolerancia y prudencia frente a los innumerables problemas que se presentaron por apetitos mezquinos de los que ella siempre estuvo muy alejada.

La doctora me dejó profundas enseñanzas, no solo como amiga sino también como una compañera de aventuras intelectuales. Sus virtudes, que bien conocen todos los que tuvieron la fortuna de tratarla, eran infinitas, porque en ella se conjugaban las cualidades de una generosa maestra que siempre está preocupada para que los otros aprendan, a la vez que ella permanentemente era estudiosa de la cultura, la educación y la historia.

¿Qué se hace cuando una amiga como ella muere? ¿Cuándo el diálogo intelectual se interrumpe? Unos meses antes de su muerte hablamos por última vez, me dijo que quería que escribiéramos un libro sobre Pedro J. Méndez, pero que luego platicábamos.

Su incansable trabajo es la mejor herencia que nos deja y aunque no sé si algún día escribiré ese libro, estoy convencida de que la mejor forma para que siga entre nosotros es continuar sus proyectos, siempre innovadores y rompiendo, como ella, paradigmas sin estridencias.

El día más importante

Muchas veces lo vi pasar por mi casa, la mayoría en estado de ebriedad, me parecía peculiar porque me recordaba los personajes que Rius dibujaba en sus libros, flaquito, de un bigote escaso, moreno y rasgos indígenas. Siempre me asombró su parecido con esas caricaturas y cada vez que lo veía, venía a mi memoria el México profundo.

Era común encontrarlo tirado en alguna banqueta de la colonia dormido por la tremenda borrachera; en ocasiones, las menos, se le veía sobrio cargando alguna herramienta para hacer trabajos de albañilería.

Era un personaje muy conocido, borracho o sobrio nunca le faltaba al respeto a nadie, al contrario, se esforzaba por saludar cuando pasaba cerca de la gente. Un día lo contraté para que pusiera un impermeabilizante en el techo de la casa, llegó muy temprano, pero cerca de las diez de la mañana escuché que platicaba con alguien que pasaba por la calle, cuando salí a ver qué sucedía, me dijo que estaba invitando a su compadre para que le ayudara, porque como no encontraba trabajo, él le iba a compartir del suyo.

Su actitud me conmovió porque no logré convencerle que lo que me cobraría sólo alcanzaba para que él sacara el día. Finalmente, por la tarde, después de pagarle lo vi venir desde el río caminado

en zigzag y tratando de mantener el equilibrio, se había bebido lo trabajado.

Los niños de la colonia lo conocían muy bien y le tenían un montón de apodos; de vez en cuando lo veía sobrio escuchando misa en la capilla en un gesto de completa humildad con su gorra echa bola en la mano y con su camisa blanca, muy limpia.

El 24 de diciembre, andando yo estacionándome se acercó a la ventanilla y me dio un molinillo de madera, “tenga —me dijo— es su regalo de navidad”, le dije que no, que se fuera a su casa y se lo llevara a su esposa, pero insistió, “tómelo maestra, yo se lo quiero regalar, ahorita llego a mi casa y lavo los trastes para que mi mujer no me regañe”. Tomé el molinillo y le di las gracias, porque tenía semanas pensando en comprar uno.

Hace unos días lo vi en una nota perdida del periódico, lo habían encontrado muerto, al parecer por consecuencia de una tremenda golpiza. Nadie supo ni vio nada.

Su muerte me impresionó, sentí impotencia, me dio tristeza, era parte del paisaje de la colonia, era parte de nuestras vidas cotidianas, aunque nunca supe su nombre. Recordé la canción de Silvio Rodríguez dedicada al hombre que hacía papalotes, cuya existencia a nadie le importa, y “el día más importante de su existencia fue el de su muerte”. Parece como si la vida siguiera sin alterarse, pero aquí y en cualquier lugar del mundo, hace falta alguien, cuya dignidad como persona es igual a la de cualquiera de nosotros.

Débora ¿dónde estás?

Hoy leí en las redes sociales que habías muerto, tus amigas de la extensa comunidad magisterial dejaban mensajes funerarios acompañados de fotos. Cuando las vi quedé paralizada, después tomé el teléfono y te marqué, esperaba oír tu voz. Revisé los mensajes que te había enviado, no los habías leído; durante todo el día te he buscado, pero nadie sabía nada de ti, nadie había podido confirmarme tu muerte. Es como un silencio que me empieza a invadir.

Hace algunos días cuando hablamos por teléfono prometimos vernos para ir a almorzar, te traje una mascada de Roma. Toda la tarde te estuve recordando, fui a impartir mis clases a la Universidad, a la licenciatura de Historia, les conté a mis alumnos de ti y algunos te recordaron como la maestra que cargaba muchas cosas en su bolsa, otros, como la que nos había recibido con afecto en el Cbtis 24, la maestra que sabía digitalizar archivos, la maestra que iba a las conferencias de historia.

Platicamos un poco de tu vida dedicada al magisterio y tu afición por la historia; en casa, Ambrocio me ha dado un abrazo para consolarme; y mi madre, que como tú sabes es muy religiosa me ha dicho que estás en un lugar mejor que éste, descansando. Toda la tarde te he recordado y con doble dolor recordé también a la doctora

Olivares, otra gran maestra, otra gran amiga que se fue así también, sin despedirse. He vuelto a marcar tu número ya con pocas esperanzas de que me contestes.

Cuando te conocí en los años noventa, tenías un puesto muy importante en Gobierno del Estado y Jorge Trujillo que era tu colaborador nos presentó. Siempre amable, me recibías con una sonrisa y con los años, el pequeño mundo cultural de la ciudad nos hizo coincidir y convivir. El arte de la ironía que dominábamos muy bien las dos fue un elemento fundamental para el afecto, el gusto por la comida, por la academia.

Me dabas una larga terapia para que yo superara mi enojo con los asesores de tesis de los que no entendía nada y tú, con paciencia de maestra, me explicabas cómo lograr cumplir con lo que pedían llegando por otros caminos, todo acompañado por unos huevos a la norteña.

Largas conversaciones y un buen desayuno, tu talento por descubrir lugares nuevos dónde comer bien, tu insistencia por pagar la cuenta frente al desafío que representaba la contraoferta de Ambrocio que matabas diciendo, “no, a nosotros nos toca ahora, la próxima pagan ustedes”.

Tus ideas originales que terminé adoptando, como el que el maestro rural tiene la cualidad o el defecto de ser insistente e incisivo cuando se propone lograr algo; o como aquello de que Reynosa es una ciudad donde parece que todo está aventado o por mientras; que la gente de la frontera no tiene problemas con la cultura nacional o norteamericana, porque tiene la cualidad de entrar y salir de ellas sin ningún conflicto y sin estar confundido y que lo hace con la misma facilidad con que cruza la línea divisoria.

Eras una mente brillante que igual podíamos hablar de viajes o de filosofía. Ratón de biblioteca, pequeña máquina para recordar

datos, fechas, títulos de libros, programas de televisión, sabías dónde estaban los archivos históricos y qué contenían, eras obsesiva de la búsqueda de papeles viejos y te reías cuando te acusaba de fetichista de la historia.

Pero esta noche ya no estás, no podremos ir a almorzar esta semana para darte tu pañoleta y contarte qué bonita es Roma. Finalmente me han contestado en la funeraria para decirme que te están esperando, una compañera maestra me ha dicho dónde encontrarte.

Norma Débora, siempre te dije que no le hacías honor a tu nombre ni a tu escuela Normal, reías a carcajadas y me contestabas con la tortilla de harina en la mano que siempre comías sola como un postre al final del almuerzo, “no, porque me gusta llevar la contraria”.

Mañana buscaré al señor con el que me recomendaste para que me regale los libros que te prometió y el proyecto del comedor para niños sigue en pie, ¿te acuerdas que me pediste que te anotara para cooperar?, el proceso irá lento, pero se hará.

Amiga donde estés espero que hagas lo que te gusta y lo disfrutes con la misma pasión con la que viviste, nos faltó escribir la historia de Victoria y del 99% de las familias que no tienen abolengo y que falta en las crónicas, como tú bien decías. “Victoria histórico”, nuestro grupo de Facebook echará de menos tus comentarios puntuales sobre las fotos antiguas y nunca volveremos juntas a mi tierra natal para comer gorditas y te surtas de estambres para tejer, otra de tus pasiones.

Ahora, no sé qué hacer con la pañoleta, creo que me la pondré, pero no quiero ir a tu funeral, porque para mí seguirás viva, con todos tus recuerdos, anécdotas y frases brillantes. Sólo extrañaré ese tono de voz de niña mimada que adornaba nuestras conversaciones.

Mi amigo Juan

Dicen que te moriste haciendo lo que te gustaba, leías literatura frente a un auditorio; en el asombro de la noticia la primera imagen que vino a la mente fue la de Moliere y el Enfermo imaginario; “qué dicha”, dijeron algunos. Después, pensé en la fecha, era Día Internacional del Libro, día de San Jorge, recordé su leyenda de la lucha con el dragón y la sangre convertida en rosas al derrotarlo. Se dice que ese día también fallecieron Cervantes, Shakespeare y el Inca Garcilaso de la Vega.

Pero ningún día, ningún escenario, ni ninguna situación es buena para morir y aún más, nunca puede ser buena la muerte, sobre todo cuando se trata de un hombre bueno, de un querido amigo.

Te acuerdas que Damián Cano nos presentó, los tres compartíamos desde entonces el gusto por la literatura y te volviste asiduo al taller de la maestra Chelita González Blackaller, que por cierto te quería mucho. También empezaste a colaborar en la Revista de la Universidad y te hiciste amigo de Mary Chuy, tu correctora.

Largas charlas tuvimos aquellos años, donde componíamos el mundo y lo descomponíamos. Siempre fuiste de esos amigos míos que por meses no sabía nada de ellos, pero cuando nos volvíamos a encontrar seguíamos platicando como si nos hubiéramos visto ayer.

Por años tuvimos pendientes un café, un almuerzo. La Internet nos convirtió en amigos virtuales, pero estrechó nuestra conversación, al grado de que mis hermanas sin conocerte te agarraron cariño por los comentarios que hacías en el Facebook, por cierto, ellas también están tristes y me han dicho que te extrañarán.

Cuando supe de tu muerte fui a ver al árbol de durazno que me regalaste y lo vi cargado de frutos, lloré cerca de él, que bonita forma de dejar huella, pensé. Le susurré a mi mamá la noticia en el oído y me dijo, ¿dónde está mi planta que me trajo?, quiero verla, le acerqué la suculenta que dijiste era nativa de Sudamérica.

Recordé cuando viniste a casa con Mirna lleno de regalos de navidad para los niños de la colonia San Marcos y tu aportación generosa para su cena de nochebuena, tu receta del licuado de manzana con avena, el intercambio de libros y tu insistencia por abrir un grupo en Facebook donde publicáramos fotos viejas de Victoria.

Cómo querías a Ciudad Victoria y la historia era tu otra pasión aparte de la literatura, fuimos entonces el primer sitio en la ciudad que publicó fotos viejas.

Ay Juan, tu muerte me cala hondo, muy hondo, porque eres en tu muerte, la muerte de todos mis amigos victorenses que se fueron antes que tú. Me has hecho recordar, que hace 30 años llegué a esta ciudad sin un solo amigo, y que ahora he tenido que despedir a tantos y tan queridos.

Leí una pequeña crónica de alguien que presencié tu muerte; me molestó leerla, porque ese del que hablaba no eras tú, utilizando la frase “el hombre” más de tres veces en el texto impersonal, frío, oportunista. Y digo que no eras ese, porque tú, no eras el hombre a secas, eres en un presente perpetuo, nuestro querido Juan Peña, el hombre bueno, el hombre de gran corazón.

Un hombre bueno

Lo escuché hablar por primera vez en una junta parroquial que duró tres horas y media. Ese día salí tan agotada de la reunión que no me dio tiempo de pensar en su forma de ser. Había hablado tanto y de tantos temas, que la única imagen que recordaba días después fue la de una persona que tenía mucho entusiasmo para emprender proyectos y cumplir con nuevas encomiendas.

Cuando llegó a la Parroquia de San Isidro Labrador, el Padre Nacho pronto vi cómo se enamoró de Tamatán y de su gente, empezó a realizar obras materiales en la iglesia, yendo de un lado a otro tratando de atenderlos a todos, de escucharlos y servirlos siempre con una sonrisa.

Para animar a los fieles, trajo de Linares unos bueyes que, en las fiestas del santo patrono San Isidro Labrador, saca a pasear por todas las calles de la parroquia, hace bailes gruperos gratis y organiza loterías bíblicas.

El Padre Nacho es hermano de otros dos sacerdotes, Armando y Artemio que sirven en las diócesis de Tuxpan y Tampico respectivamente; estuvieron en la parroquia de San Isidro Labrador para acompañarle cuando festejó sus 25 años de ordenación sacerdotal junto con el Obispo de Texcoco Monseñor Mansilla quien

recordó la generosidad infinita de Dios que no se cansa de darnos regalos en la vida.

La convivencia con el Padre Nacho me ha permitido comprender muy de cerca lo difícil y desgastante que es el trabajo que un sacerdote comprometido con su comunidad, realiza en el anonimato de la rutina.

Siempre dispuesto a visitar a los moribundos, a escuchar a todos los enfermos del alma que van a buscarlo a cualquier hora del día, organizar y atender el servicio religioso que en fin de semana puede representar hasta ocho misas en diversas capillas, visitar la cárcel y administrar la oficina parroquial.

Y enfrentar además viejos problemas, como las deficientes conexiones de luz que mantuvo a la iglesia de San Isidro más de cien días a oscuras incluyendo la casa parroquial. El Padre Nacho soportó ahí, noches sin ventilador y días sin refrigerador hasta lograr que legalmente la Comisión Federal de Electricidad llegara a un acuerdo.

Esa tal vez ha sido la más grande lección que dio a la feligresía, al soportar tantos días sin luz junto con las propuestas de acuerdos en lo oscuro que mucha gente (funcionarios, políticos, gente influyente) le aconsejaba pactar, pero sin soluciones definitivas. A todas dijo que no, hasta alcanzar un acuerdo transparente con la Comisión Federal de Electricidad.

Este tiempo que lleva viviendo en San Isidro Labrador le he escuchado muchas homilías, lo he visto trabajar incansablemente, sorteando dificultades, tiene 25 años de sacerdote, los mismos que tengo yo laborando, ambos pertenecemos a la misma generación y eso me hace que admire más su trabajo.

Porque no es un hombre como muchos que han buscado la comodidad, el éxito, el reconocimiento, la riqueza, sino el servicio. En un mundo volcado a las cosas materiales, superfluas, donde el

sacerdocio está estigmatizado, es motivo de desprecio, de burla, de escarnio, se le considera un oficio arcaico y no está de moda.

Servir, amar, trabajar por los demás no es algo que atraiga, pero al mismo tiempo resulta subversivo porque se va contra la corriente.

Es fácil halagar a quien es exitoso, acumula riqueza y tiene renombre social, pero qué difícil es entender la felicidad de quienes, como el Padre Nacho, dan todo de sí diariamente sirviendo a los demás y reconocer su bondad, su trabajo y su trayectoria, en un mundo donde amar a los demás es subversivo.

Escuchar al maestro

Eran pocos los maestros que en mis años de licenciatura tenían buena fama o debo decir, mala fama. El ambiente era en ocasiones tan relajado, que cuando nos tocaba un maestro de los más exigentes, responsables y preparados, las opiniones se dividían.

Mientras los alumnos apáticos de semestres avanzados hacían pedazos el prestigio del maestro diciendo que era cruel, despiadado, irracional y déspota, las minorías nerds decían: “es que con él sí trabajas y aprendes”. Como las opiniones se dividían y por lo general predominaban las malas, sólo quedaba someterse a su escrutinio cuando nos tocaba clase con algunos de ellos. Pero ninguno, en mi experiencia estudiantil, fue verdaderamente tirano.

El arquitecto Heriberto Zárate fue uno de ellos, como un péndulo se movía entre la mala y la buena fama. Para tomar su clase teníamos que trasladarnos a un amplio salón lleno de restiradores, ahí nos esperaba él. Siempre puntual, procuraba llegar antes que nosotros, el espacio siempre limpio nos inspiraba orden. Las primeras veces que asistí a sus clases de diseño gráfico y después de publicidad, siempre lo hacía con temor por todas las cosas que de él platicaban, como nunca levantaba la voz procuraba sentarme cerca para escucharle. Nunca faltaba y siempre tomaba lista, nos enseña-

ba con rigor y la primera fórmula para establecer empatía con sus enseñanzas era la disciplina, puntualidad y responsabilidad en las tareas. Sus demandas como maestro eran esas, fáciles para algunos, difíciles para la mayoría que a los veinte años están inmersos en el caos.

Confieso que muy pronto entendí cuáles eran sus reglas en clase y aunque muchas veces me costó cumplirlas, contribuyó a forjar mi carácter profesional. Terminé sintiendo una gran admiración por él; arquitecto de profesión egresado de la Universidad Veracruzana, le gustaba contarnos anécdotas de su época estudiantil, un tanto cuanto para enseñarnos también que ese era el momento para aprovechar los saberes de otros y beber sus experiencias. En sus ratos libres pintaba y siempre tuve la sensación que él daba clases por el gusto de enseñar y no por cuestión de nómina. Muchas veces le decíamos: “ay maestro, ¡cómo nos soporta!” y él solo reía.

Dicen que la vida es circular y lo comprobé muchos años después, cuando por motivos académicos lo busqué para charlar con él. Tenía cerca de veinte años que no lo veía. Procuré llegar diez minutos antes de la hora, conociendo su puntualidad, pero cuando llegué me volvió a sorprender porque él ya estaba esperándome. Charlamos durante dos horas, en las que volví a experimentar la emoción que me producía escucharlo cuando nos daba clase, hablamos de muchos temas, pero en cada uno me iba dando enseñanzas. Creo que volví a tomar clase.

Dicen los grandes pedagogos que para enseñar se necesita sentir pasión por lo que se habla y seducir a los alumnos a que se enamoren del conocimiento y creo que el arquitecto Zárate cumplía con ello a cabalidad, porque nunca me especialicé en los temas que enseñaba, pero lo que sé de publicidad y diseño gráfico lo aprendí en sus clases.

En esta ocasión hablamos de patrimonio cultural y arquitectura, y también me dio cátedra, contagiándome de la pasión que siente por la arquitectura, planteó que nunca el patrimonio tangible se debe desasociar del intangible, porque en el caso de la arquitectura resulta igual de espiritual que las manifestaciones gastronómicas, rituales o literarias. “La arquitectura más allá de lo que se ve, se debe percibir lo que dice, lo que manifiestan quienes construyeron o vivieron en aquella casa o edificio, es parte de un contexto social cuyo entramado es la manera en que se vive y el inmueble es la primera manifestación visible de esa expresión cultural”.

“Deberías acercarte un poco al estudio de la arquitectura, aunque te dediques a otra cosa, no importa, es necesario que todos sepamos leer las construcciones, porque ellas también hablan de la gente y de la vida, de la historia y de las épocas. Son como un libro donde podemos explicarnos la vida de una comunidad”; me dijo.

Nos despedimos con la promesa de seguir charlando conforme fuera necesitando información, se puso a mis órdenes y como todo un caballero pagó la cuenta. Al salir del café, experimenté la satisfacción de haber tenido un buen maestro, que al paso de los años confirma su vocación y talento enseñando con generosidad.

El poeta en mis recuerdos

“Cosa no es una palabra”, solía decir Juan José Amador cuando revisaba mis textos, en seguida tachaba la palabra, eso me enfurecía y lo increpaba, ¿entonces si no es una palabra, qué es? Reía y me contestaba con su voz suave, que paraba tempestades, “es una cosa”.

Lo conocí en la redacción del periódico “La Verdad”; yo era una improvisada fotógrafa de la sección de sociales, él un poeta que de vez en cuando visitaba a la señora Luna, coordinadora de esa área; le llevaba poemas escritos por él para que los publicara “en un lugarcito del periódico”, decía con modestia.

Cuando supe que era el director de La Revista de la Universidad, le pedí la oportunidad de hacer el servicio social en su oficina. Pocos meses después, yo había renunciado al periódico y mi temprana aspiración de volverme periodista en un diario se había transformado, porque descubrí que trabajar para una revista cultural era la panacea de la palabra escrita.

Me incorporé al equipo de La Revista donde me volví su asistente, tomaba fotografías y pergeñaba textos, que minuciosamente el maestro Amador revisaba; le obsesionaba la palabra perfecta, efectiva, inequívoca y ese cuidado me sacaba de quicio al igual que

lo hacía con todos sus compañeros escritores que en los años 90 formaban camarillas de halagos mutuos en Ciudad Victoria.

Era profesor de primaria, tal vez de ahí le venía la paciencia para aconsejar, enseñar con maestría el uso de la lengua. Un día comentó que su oficio por la poesía se le mostró de manera definitiva en las tardes muertas que pasaba en Abasolo, Tamaulipas, donde le habían adjudicado su plaza de maestro; “cuánta melancolía, cuánta tristeza y cuánta paz juntas y diarias había ahí,” decía, como si las estuviera viendo.

Cuando al fin logró su cambio a Ciudad Victoria, lo comisionaron en la tienda de abarrotes del magisterio; con humor decía que para él era muy divertido acomodar y etiquetar latas en los anaquelos porque eso le permitía “pensar más los versos”; era su respuesta al reclamo que la poeta Emma Rueda, su entrañable amiga chilanga hacía continuamente, “no es justo que a un poeta de su calidad lo tengan haciendo eso, no cabe duda que vivimos en un sistema educativo insensible”.

Después, lo enviaron a una primaria de la periferia de la ciudad, luego a una más céntrica, ahí lo vi trabajando con sus alumnos en el salón de clase, los trataba con paciencia y amor, era en ese papel una especie de héroe al que los niños admiraban.

A la par de su trabajo docente, empezó a ganar premios nacionales de poesía en Campeche, Mazatlán, Guanajuato, Nayarit, después llegaron las becas, las invitaciones, los reconocimientos y ante la mirada perpleja de los poetas locales, él parecía afinar su modestia “esta vez tuve suerte”, decía.

Cuando renunció a La Revista me pidió que lo siguiera apoyando en algunas tareas de su quehacer poético, eso me permitió conocer muy de cerca a Angélica su esposa, a quien amaba entrañablemente y con quien procreó dos hijos.

También conocí a sus padres, hermanos, compañeros profesores y amigos poetas. Todos lo querían, su cualidad principal era que siempre estaba contento y hacia sonreír a la gente, pero su alegría siempre estuvo mezclada con una extraña melancolía, que cada vez se fue haciendo más profunda y creció conforme su poesía fue ganando espacios. Parecía como si él se desdibujara en la medida en que sus versos maduraban.

Su crecimiento como poeta fue proporcional a la envidia que algunos escritores locales sentían por él; su éxito resultaba insoponible en algunos círculos literarios locales, pero Amador, haciendo honor a su nombre, fingía no darse cuenta y se esforzaba por convivir más con ellos.

Cuando murió yo estaba de viaje, una amiga en común me avisó por teléfono; apenas llegué a su entierro y ahí, frente a su tumba, hasta los envidiosos lloraron. Un dolor profundo se apoderó de todos.

Hace tiempo llegó a mi oficina Juan Ángel, su hijo mayor; andaba recopilando información de su padre, muerto más de dos décadas. De pronto el tiempo y los recuerdos se me vinieron encima, conversamos por más de una hora. Cuando se fue, vino a mi memoria la recomendación que frecuentemente les hago a mis alumnos de Lingüística cuando empiezan a elaborar sus ensayos, “cosa no es una palabra, evítenla cuando redacten”.

Marko: el escritor de la voz madura

Hace más de veinte años conocí un joven que quería ser escritor; de aspecto pulcro, pelo engominado, perfectamente peinado, serio, aburridamente serio. No era el único que asistía al taller de creación literaria que entonces impartía la maestra Graciela González Blackaller, pero era sin duda el más peculiar de todos: llegaba temprano, era discreto en sus participaciones, tomaba apuntes y casi siempre llevaba un texto para someterlo a la crítica; pronto, sus amigos que lo habían llevado al taller empezaron a claudicar. Algunos asistían esporádicamente y otros empezaron a considerar que habían ya aprendido bastante para poder publicar y hubo quienes hasta se pagaron sus primeros cuadernos literarios.

Él en cambio siguió asistiendo por años puntualmente al taller, sábado a sábado, como quien descubre que la primera condición para escribir bien, es la disciplina. La maestra Graciela le tomó rápidamente cariño, tal vez porque aceptaba sus críticas sin tanta resistencia, así aprendió que la segunda condición para escribir bien, era beber con humildad de sus maestros toda la experiencia posible.

Intrigada por su personalidad, contraria a la actitud disipada de los aspirantes a escritores, le pregunté su nombre, “Marko, me llamo Alfredo Marko, ¿por qué?”, no supe que responder a su pregunta,

no podía contestarle que era mera curiosidad. Así que tomando el riesgo, le dije, “¿te gustaría publicar algunos de tus cuentos en una revista literaria que hacemos aquí? Dije que tomando el riesgo, porque no sabía yo en ese momento qué tanta calidad podía tener lo que escribía como para ser publicado, en realidad mi respuesta fue para salir del paso.

Muy cauteloso me respondió sin mostrar emoción, “bueno, deja le comento a la maestra a ver cuál cree ella que deba publicar”. Me volví a sorprender, ¿quién a los veinte años contesta así ante la oportunidad de ver sus textos trascender?, cualquier otro, ahí o en otro taller me hubiera dicho “sí, claro que sí”, sin medir consecuencias.

Ahí empezó una gran amistad pero también inició el largo camino de uno de los escritores que son producto de la formación literaria que la Universidad Autónoma de Tamaulipas ha realizado desde hace ya varias décadas.

No solo publicó un cuento, sino que se volvió uno de los colaboradores permanentes de la Revista; en esos primeros momentos escribió también poesía, pero muy pronto se dio cuenta que la narrativa le atraía más.

Esto era también muy peculiar en un joven que intentaba ser escritor, sus compañeros de taller, en su mayoría se creían poetas, o aspiraban a serlo, sin duda ellos creían que la poesía era más fácil y daba mayor categoría. Decir que se es escritor, suena soberbio, pero cuando alguien dice que es poeta suena inconmensurable.

Pero Marko escogió el camino difícil, decidió escribir cuento y renunciar a la tentación de decirse poeta. Dos obsesiones, aparte de la pulcritud de su aspecto físico lo acompañaron desde entonces, la de escribir y una más peligrosa, la de ser ávido lector.

Publicó cerca de quince cuentos y un poema en la Revista entre 1998 y el 2002, después vinieron aires de cambio, empezó a explorar la novela. Tuve la oportunidad de leer dos textos que aún permanecen inéditos; escribió por un tiempo una columna titulada “Desde el ombligo del elefante”, donde comentaba sus lecturas y establecía analogías con la realidad.

Entonces no aceptaba mandar sus textos a concursos literarios, centrado en el estudio literario aceptó coordinar parte de los trabajos del taller de creación literaria de la Universidad donde en diez años hizo escuela y algunos de sus alumnos trascendieron al plano nacional.

Alguien le dijo en una reunión de amigos que él no era escritor, pues nunca había publicado un libro, yo molesta por el comentario —conociendo su trayectoria, contesté—, sucede que él es como los buenos escritores, que saltan a la fama después de los 40.

Pero ¿quién es Alfredo Marko? Me preguntaron algunas personas cuando supieron de la presentación de su primer libro. A esta pregunta creo poder contestar, “un escritor tamaulipeco, cuya paciencia y disciplina literaria le han dado la voz madura”.

Por eso celebro al escritor que es, a la suma de sus personajes, la multitud de historias laberínticas, complejas, de humor negro incluso las que ha dejado inéditas y que de pronto se asoman en otras historias, la suma de los dramas con final infeliz, todos sus textos que retratan su oficio literario.

Historia de un hombre que ama la vida

El doctor me dijo que en estas cosas del corazón nunca se sabe, que más valía adelantarse porque podía morir; así que me intentó presionar para que yo aceptara la intervención. Como su tratamiento no me convencía, le pregunté que si no había otra opción, me dijo, sí, la vía conservadora, “consiste en esperar que el paciente se recupere por sí mismo pero eso no sucede con frecuencia, está muy grave”; después de pensarlo unos segundos, le dije, “vayamos por la segunda opción, Ambrocio es un hombre muy fuerte y con mucha capacidad para vencer la adversidad”, ya muy molesto, el doctor volvió a insistir en la operación, entonces le di un no rotundo y le dije para terminar la conversación, “yo lo conozco, él va a salir adelante”, para despedirse me espetó, “espero que no se equivoque y se arrepienta de la decisión que ha tomado”.

Recuerdo que llegamos caminando al hospital y en urgencias le dijeron que tenían que internarlo pero no le dieron el diagnóstico, a mí en cambio me pintaron muy mal el panorama. Le dije al oído lo que estaba pasando, después vinieron las horas cruciales, a los ocho días salió del hospital, se sometió a un régimen que le permitió recuperarse en los siguientes seis meses.

Su vida no ha sido fácil, siempre recuerda que el día de su cumpleaños es de alegría, pero también de tristeza, porque ese mis-

mo día en que estaba recién nacido, su padre murió trabajando en el campo; después, su abuela quien lo criaba mientras su madre trabajaba, murió cuando él era todavía un niño, cuenta que él mismo vio la muerte cuando la película de su vida paso en fracción de segundos durante en una inmersión inesperada en un caudaloso río.

Ha visto morir a muchos seres queridos, amigos, primos, tíos y hasta una hija, pero todo el dolor que ha conocido no le ha borrado su sonrisa generosa, ama la vida, se define como “un entusiasta empedernido”, se levanta todos los días con el plan de Pinki y Cerebro “conquistar el mundo”. Se preocupa por los demás, siempre le pregunta a los que están cerca de él que si están bien y que si se les ofrece algo. Le gusta invitar a la gente a comer y siempre quiere pagar aun cuando es invitado; es un hombre generoso, ávido lector, adicto al cine, un gran conversador y meticuloso en la redacción, exigente con la ortografía; culto, discreto y sencillo.

Nacido en uno de los ranchos de la huasteca potosina propiedad de la familia Pasquel (que fue socia del Miguel Alemán, cuando éste fue presidente de la República), recuerda su vida campesina como hijo y nieto de jornalero, dice que siempre le gustó ir a la escuela porque ahí descansaba de las tareas domésticas, con cariño nombra a sus maestros y dice que gracias a la educación pública pudo salvarse de trabajar en el rebote (corte de caña) y morir prematuramente a los cuarenta años, edad en que los habitantes del rancho eran ancianos y chimuelos.

Ha cruzado ya el umbral de los sesenta y festeja su amor a la vida junto a sus mujeres que son muchas empezando por tres hijas, una madre, una suegra, sus nietas, cuñadas y muchas amigas, presentes y ausentes. Del infarto hace ya más de nueve años; el doctor se equivocó en su predicción y yo no me arrepentí de mi decisión, porque Ambrocio, es un maestro del arte de vivir feliz.

CUARTA PARTE

Otros paisajes

De Roma a París

1. Ciudad eterna, ciudad infinita

Roma es una palabra usual en nuestra lengua, al igual que un lugar común, todos sabemos dónde está y qué es; por la herencia cristiana, sabemos de su existencia; por las clases de historia en la primaria sabemos de su importancia; por los dichos populares sabemos que es fácil llegar, porque todos los caminos conducen a ella.

El aeropuerto de Roma está en Fiumicino, aunque todavía se le conoce con ese nombre, desde hace años se le puso Leonardo Da Vinci; emula una torre de Babel, diversas razas, lenguas, rutas de viaje, maletas extraviadas, multitud de hombres con letreros buscando algún viajero que desesperado intenta encontrar su nombre para ir al encuentro de quien lo espera para llevarlo a su hotel de destino. Se calcula que mueve cerca de 50 millones de pasajeros al año, es un edificio totalmente libre de humo y cuenta con una sala especial para mover a los pasajeros israelíes y norteamericanos, los cuales por cuestiones de seguridad, deben evitar mezclarse con palestinos, árabes o musulmanes. Al salir de ese laberinto, se toma la vía Aurelia para llegar a Roma, la misma que muchos emperadores recorrieron para entrar triunfantes a la ciudad, la misma donde los

eslavos rebeldes que siguieron a Espartaco fueron crucificados y la que en algún momento se mandó cubrir de mármol para que todos los que llegaran vieran desde su entrada la grandeza del imperio.

“Pida que los bajen en Plaza Venecia, ahí encontrará todo”, dice la recepcionista del hotel en un perfecto español, y, ¿los taxis son seguros?, “como en todo el mundo señora”, responde despectiva, ¿y el agua de la llave se puede beber? Su tono se dulcifica “el agua de Roma es la mejor”.

Anchas y arboladas avenidas, balcones con terrazas llenas de flores, el verde siempre presente, iglesias, muchas iglesias, se calcula que en la ciudad hubo más de mil; avanzamos y empiezan a aparecer los monumentos, esos que en nuestra memoria están grabados, que conocemos de siempre, que nos son familiares, ahora tan reales a nuestros ojos se ven pequeños, un poco menos lustrosos pero emocionantes. No era una ciudad lejana la que veíamos, era nuestra Roma, la de los libros de texto, la de las hojas de catecismo, la de Fellini, de Mastroianni, tantas veces recorrida con Suetonio y sus Doce Césares, con Tito Livio, el historiador nacional.

La ciudad reboza de monumentos, por un lado los medievales, por otro los antiguos o romanos, los renacentistas y todo atravesado por el Tíber navegado desde el siglo VII A. C., por quienes intentaban dominar el Mediterráneo. Caminar entre monumentos, una tarde lluviosa nos conduce a un pequeño restaurante con elecciones inevitables, una pizza y un espagueti, por primera vez disfrutados en su país de origen, su sabor es diferente, sin duda, exquisito.

Leonora nos lleva a un recorrido completo por la ciudad al siguiente día, no sin antes advertir que lo que veíamos era una serie de estampas que todas juntas hacían un viaje hacia el interior de cada uno de nosotros. Los mitos empiezan a caer, se queja de que una sola imagen en la televisión fue suficiente para crear mitos, “el

coliseo romano nunca fue escenario para matar cristianos, bastó que Hollywood filmara *Quo Vadis* para que asociáramos el lugar con los mártires”, dice molesta y agrega, “como ahora se cree que Berlusconi es un hombre que ha gobernado Italia los últimos veinte años”. A los cristianos los mataban en el circo romano, lugar donde solo se conserva su ubicación y del cual no quedan ruinas.

Entre calles con nombres de Papas, se llega al Vaticano, un Estado dentro de otro Estado, recorrer la plaza de San Pedro es sentirse dentro de una película europea, la gran hazaña es lograr entrar a sus museos que tienen un infinito número de piezas; se calcula que si se permaneciera un minuto frente a cada una de ellas se tardaría en recorrerlos doce años. La multitud de visitantes no impide admirar las piezas, los tapices, las esculturas y el gran regalo: la Capilla Sixtina, atestada de gente que en silencio sólo ve para arriba, hipnotizada por las pinturas de Miguel Ángel. Después la Basílica de San Pedro, inmensa, imponente. Roma no se construyó en un día; por eso es imposible recorrerla completa, porque es una ciudad que nunca termina de sorprender.

2. El eterno horror de Pompeya

Salimos de madrugada a Nápoles, antes de subir al autobús nos entregaron una bolsita con “lunch” que tenía una manzana, un paquete de galletas, un jugo de durazno y dos cajitas pequeñas, una de mermelada la otra de mantequilla. Dormimos a profundidad dos horas hasta que nos despertó el paisaje del Vesubio, adornado con nubes en su cúspide y la música de *Funiculí funiculá*, composición hecha al funicular que se terminó de construir en 1880 para subir cómodamente al monte Vesubio; esa canción se volvió tan popular en todo

el mundo que hasta nuestros días se escucha en comerciales televisivos. El funicular ya no existe, fue destruido por una erupción del volcán en 1914 pero la melodía quedó para la memoria al igual que las ruinas de Pompeya, ciudad petrificada en su vida cotidiana al ser sorprendida en el año 79 por otra erupción que sepultó a la ciudad.

Aunque los trabajos de rescate arqueológico empezaron desde el siglo XVII de manera profesional, hasta la fecha falta mucho por excavar, sin embargo, se pueden recorrer avenidas completas, visitar el pequeño teatro, las termas, el mercado, donde la tienda de pan aún conserva los hornos, pero el lugar más visitado sin duda, como en la antigüedad, es el prostíbulo, donde se pueden observar las camas de piedra y cada cuarto anuncia en la parte alta de su puerta cual es específicamente el servicio que la dama prestaba con un dibujo aún colorido.

Recorrer las calles de Pompeya, admirar sus monumentos y observar a sus habitantes que murieron en las más diversas posiciones y expresiones corporales, representa hacer un viaje en el tiempo y revivir en el imaginario la vida de esa ciudad durante el imperio romano pero a la vez, conocer el horror del instante en que la muerte sorprendió a una ciudad próspera, corrompida y hedonista. Sentados en una sombra al final del recorrido, el cielo luce claro, el aire limpio y el Vesubio al fondo en silencio aparenta dormir; frente a nosotros una extensa galería de objetos hallados durante las excavaciones así como cuerpos petrificados con la expresión de horror en sus rostros. Todos los que hemos hecho el recorrido permanecemos callados, perplejos ante una forma de vida que ya no es pero que está ahí, eternizando su dolor frente a la mirada curiosa de los turistas que pasan escandalizándose de cómo vivían y recreándose en la expresión de su muerte.

Salimos de Pompeya recordando las ruinas espléndidas de Chichen Itzá, no sé por qué empezamos a hablar del esplendor del patrimonio arqueológico mexicano y pensé que con todo lo maravilloso que pueda representar Pompeya había algo que no terminaba de gustarme. Subimos al autobús y llegamos a Nápoles, paisajes de pobreza nos reciben, casi en el muelle nos sorprende el espléndido Castel Nuovo, castillo construido en el siglo III propio de un cuento con dragones y lagartos. Tomamos un barco que nos llevó a la isla de Capri, famosa en una época donde artistas y millonarios hacían de ella su destino turístico, aún se aprecian muchos yates lujosos cerca de la isla, comemos, visitamos el jardín del César y ya por la tarde volvemos a Nápoles, la mala sensación de Pompeya parece perseguirme, vuelven a mí los rostros de sus habitantes. Creo que siguen habitando en ella y la reclaman para sí, sin que nosotros, los turistas curiosos podamos salvarlos de su horror.

3. No solo es una torre inclinada

Cuatro horas ó 378 kilómetros separan a Roma de Pisa, situada muy cerca de Livorno y el mar Mediterráneo, esta pequeña ciudad hacia el norte de Italia posee una de las postales más famosas del mundo, me refiero a su torre inclinada, la Torre de Pisa. Aunque Italia tiene la más grande colección de monumentos en el mundo y difícilmente se puede elegir entre su belleza; la Torre de Pisa es una de sus imágenes más identitarias, cultural y turísticamente hablando.

Un trenecito recoge a los visitantes en un gigantesco paradero de autobuses turísticos, los lleva, por tres euros en un viaje de cinco minutos a la Plaza de los Milagros, compuesta por la catedral o el domo, el baptisterio, el camposanto y el campanario o la Torre

de Pisa. Hay que apuntar que si bien la torre en solitario es un ícono de Italia, no solo por su belleza sino por su extraña inclinación, al verla en el espacio real, desmerece ante el conjunto arquitectónico del que forma parte y que hace de la Plaza de los Milagros una expresión majestuosa de belleza, artísticamente increíble.

Destaca además su mantenimiento, conservación y organización para que los turistas se desplacen en ese espacio fortificado; construido entre los años 1000 y 1300, totalmente medieval y de mármol sus fachadas. La construcción luce como si siete siglos no hubieran pasado por ella, el aire se respira limpio, el espacio para caminar, observar y orar es amplio y organizado. Sin embargo, afuera el mercado ambulante espera a quien se anime a perderse un momento entre insistentes vendedores ambulantes de origen senegalés que ofrecen relojes y bolsas piratas de las mejores marcas, infinitas calles con puestos móviles que venden suvenires y calles repletas de mercancía, comida y una cantidad descomunal de turistas orientales.

Pasta, pizza y Coca-Cola, no es la mejor opción para comer, pero sí la de mayor oferta, se recuerda México ante el anuncio multiplicado en todos los restaurantes del cartel de cocacolero que ofrece la pizza y el refresco por pocos euros, acá, en vez de pizza se ofertan las gorditas. Sin duda, el extraordinario placer de caminar y disfrutar la Plaza de los Milagros contrasta con este mercado, dividido por una muralla, dos mundos opuestos, uno producto del otro, pero que inteligentemente han sabido separar quienes resguardan este patrimonio cultural italiano.

Pisa no es la torre, ni la torre es Pisa, aunque sea un referente identitario como el Coliseo Romano, la Torre Eiffel en París o la Puerta de Brandenburgo en Berlín, más allá de su imagen infinitamente multiplicada en la memoria del mundo, la torre sólo es un

campanario medieval, el más pequeño monumento del complejo arquitectónico de Pisa conocido como la Plaza de los Milagros o Plaza de la Catedral.

4. La ciudad que derrocha belleza

Llegamos al atardecer a Turín o Torino como más se le conoce, las expectativas eran pocas para la ciudad que nos recibía con amenaza de lluvia, sólo dormiríamos esa noche para continuar el viaje al día siguiente a Ginebra.

Grandes avenidas con espléndidos jardines nos recibieron, dimos vuelta por la rotonda donde está inmortalizado Víctor Emmanuel II para llegar al hotel, la guía del grupo que nos acompañaba desde Roma dijo al ver nuestras caras somnolientas después de varias horas de viaje; “no se pierdan la oportunidad de caminar por la calles de Torino, les va a encantar la ciudad, salgan del hotel y recorrerán diez cuadras donde no verán nada y cuando tengan la sensación de que aquí no hay nada interesante, empezarán entonces a ver la vida nocturna de la ciudad”.

Así lo hicimos, seguimos sus instrucciones caminando por una ancha avenida donde todos los locales habían cerrado ya, era las ocho de la noche y se veía poca gente y pocos carros; con mapa en mano seguíamos caminando por cerca de diez minutos, cuando pensábamos rendirnos nos encontramos a una pareja, compañeros del grupo en que viajábamos, venían de regreso hacia el hotel y nos dijeron desilusionados que, efectivamente, no había nada interesante, ni gente, ni ambiente, ni restaurantes, ni nada. Entonces concluimos que estábamos muy cerca y seguimos caminando, poco a poco empezamos a ver gente, más gente y más gente, como arte de magia

estábamos sin saber cómo en el corazón de la ciudad, todas las calles tenían portales, así que, cuando la lluvia arreció nosotros pudimos seguir caminando sin mojarnos, solo al cruzar la calle disfrutábamos poco la lluvia; se calcula que Torino cuenta con 18 kilómetros de portales, muchos revestidos de mármol.

Así empezó un agasajo arquitectónico que, frente a nuestros ojos, parecía de ensueño, la belleza de la ciudad era soberbia, el derroche en los edificios, casas, jardines, fuentes y monumentos; en una de las plazas estaba instalado un escenario, tocaba un grupo de rock y a la gente no le importaba estar bajo la lluvia escuchando el concierto, grandes pendones anunciaban la celebración del Festival Mozart. Seguimos recorriendo una plaza tras otra a través de los portales donde las grandes marcas exhibían sus productos Gucci, Zara, Lacost, Mont Blanc y así sucesivamente. La elegancia en su total expresión. Escapamos de ahí yendo por otras calles menos transitadas pero igual de hermosas, ahí vimos a la llorona, una mujer que, tirada en la acera, lloraba y gritaba, era, seguramente la loca del pueblo.

Llegamos a un restaurante, la mesera nos invitó a pasar pero decidimos quedarnos en las mesas que estaban afuera para seguir sintiendo el bello palpitar de la ciudad. Nos comimos la pizza de más fresco sabor que he probado en mi vida, celebramos estar en Torino, una de las ciudades más bellas que he conocido y la única tal vez en el mundo donde me hubiera gustado quedarme a vivir. Ambrocio, mi compañero de viaje me recordó que yo amaba París, fue cuando descubrí que aquel era un amor alimentado por novelas y películas, éste era un amor a la belleza, al derroche, a la elegancia, al buen vivir.

5. París por siempre

Hace más de diez años estuve por primera vez en París, fue entonces un encuentro personal con la ciudad y sus encantos, me reconocí en cada una de sus calles, palacios, museos, restaurantes. Lo que más me gustó entonces fue la sensación de no sentirme extranjera en la ciudad, comprendí que el encanto parisino consistía en eso, en que todos los que la visitan quedan encantados porque encuentran o reconocen un pedacito de ellos en esa famosa metrópoli.

París sobre todas la ciudades, diría el autor de “Parisgótica”. En ese primer viaje nos hospedamos en un hotel pequeño y antiguo cerca de la emblemática plaza de la República, donde los trabajadores tienen por costumbre reunirse en las protestas para demandar mejoras salariales, la gastronomía internacional rodea la plaza y hay desde comida china hasta texana, pasando por la árabe y mexicana. Sin prisas caminábamos desde ahí hasta el Museo Pompidou, la iglesia de Saint Eustaquio, el Jardín Botánico, recorríamos un París sin tráfico y por la noche, cerca de las diez, pasábamos a comprar fruta y agua Evian a precios ridículamente baratos para asombrarnos de que aún el sol no se metía. Desde entonces amé París, su seductor encanto era irresistible.

Ahora que regresamos, la ciudad nos mostró otra cara, menos íntima y más cosmopolita; hospedados en la zona más moderna que rompe con toda la maravilla romántica de su paisaje, dormimos en La Defensa, lugar donde se ubica el centro financiero y militar más importante de Francia. En pocos minutos y sin mucho tráfico una vía rápida lo pone a uno en los Campos Elíseos, en el Arco del Triunfo y la plaza de la Concordia, pero el centro parisino está inundado de tráfico y turistas, muchos turistas, demasiados turistas. Así, entre la multitud caminamos por el centro, entramos a visitar

la Catedral de Notre Dame, nos abrimos paso para poder recorrer el Sena y cuando nos tocó salir de la ciudad para visitar Versalles, temiendo ser víctimas de un atropellamiento masivo, al ver la interminable cantidad de turistas que querían entrar a visitar el palacio de Luis XIV, optamos por recorrer las calles del pueblo que refleja la provincia francesa, indiferente al ajetreo que se vive en su palacio.

París, invadida por las hordas de bárbaros, turistas que hablan en mil lenguas y solo desean selfis con la Gioconda, al Louvre mejor no acercarse, imposible entrar y disfrutar las obras de arte. Pero entre tanta confusión estaba la mesera rumana que hablaba español y nos explicaba la carta, el taxista árabe que al oírnos hablar en español cambió la frecuencia de la radio a una estación de música latina y la recepcionista del hotel que siempre atenta nos ayudaba a recuperar el equipaje. Pero el encanto parisino sigue ahí, en sus avenidas, elegantes edificios y sus fantasmas: Napoleón recordado por los más extraordinarios monumentos, Víctor Hugo y su eterna evocación en Notre Dame, que se suman a nuevas formas de expresar la vocación histórica de la ciudad, pendiendo en los puentes del Sena miles de candados de quienes han sellado su unión en el único lugar del mundo donde el amor está siempre presente.

6. Santuario de primer mundo

Siempre me he resistido a visitar santuarios católicos porque los que he conocido me provocan depresión, así la Basílica de Guadalupe en la Ciudad de México es un conjunto arquitectónico hermoso pero con demasiada gente flagelándose, suplicantes enfermos, carteristas, vendedores ambulantes, danzantes, comida y caos por todas partes.

Pero en Lourdes, Francia, mi impresión cambió; remoto pueblo situado en los Pirineos, frontera natural de altas montañas que separa Francia de la península ibérica. Las apariciones de la Virgen María en el siglo XIX son motivo de que diariamente desde primavera hasta otoño, gente venida de todas partes del mundo visite este pequeño pueblo, que según los datos turísticos cuenta con el mayor número de cuartos de hotel en toda Francia. Es un pueblo ordenado y limpio, desde que uno llega la amabilidad de sus habitantes está presente, la sonrisa, el saludo, la cortesía, el “sí se puede”, el “cómo no”, el “no se preocupe”, el “ahorita lo resolvemos”, la comida abundante, la cordialidad, los principios fundamentales del cristianismo: el amor y la hermandad se siente en todo momento.

Por segunda ocasión visitamos Lourdes en verano, después de doce años, ahí nada ha cambiado, el orden, la limpieza, la sensación mística; llegamos a tiempo para asistir a la procesión de las velas y formamos parte del gran milagro donde una multitud de razas y lenguas se unen en el rezo del rosario y el canto del Ave María, cada uno en su idioma, pero en coro, rítmicamente. Poco a poco vimos cómo la multitud de enfermos, minusválidos y peregrinos se acomodaban en filas frente al santuario y cientos de jóvenes voluntarios manejaban sillas de ruedas y camillas. De pronto a una sola voz los peregrinos hacían retumbar la gran explanada con el rezo del rosario a la luz de miles de velas; es la hora más importante en Lourdes. Las heridas del viaje sanaron, como un regalo de la Virgen por la visita y después, todos los restaurantes llenos y muchos jóvenes abarrotando las calles cantaban y bebían, la diversión no estaba ausente, pero solo después del deber cumplido.

Llegar a Lourdes no es fácil, hay que viajar muchas horas ya sea desde París o desde cualquier otra ciudad importante, por eso, los que cada día llegan no están en la procesión de las velas por

razones turísticas sino por cuestiones de fe; esa es tal vez la razón del orden y el alto grado de misticismo que se experimenta. Visitar la gruta de las apariciones es obligado, las bancas colocadas al aire libre frente a ella permiten que la gente entre en estado contemplativo, descansa y rece, eso sí, todo en silencio, no hay gente flagelándose y el pueblo tiene un servicio gratuito para transportar en silla de ruedas a todos aquellos con dificultad de caminar.

Cenamos en el mismo restaurante al que fuimos la primera vez, unos simpáticos italianos nos mostraron la carta en cinco idiomas y tomaron la orden en español, caminamos casi a media noche por el pueblo; la tranquilidad es una cosa que no se encuentra fácilmente en el mundo y menos en los santuarios, donde por lo general impera el caos.

7. Fronteras de guerra

Los Pirineos no solo representan la frontera natural entre Francia y España, mejor dicho entre el continente europeo y la península ibérica; también ha sido históricamente una frontera de guerra donde los pueblos milenarios enclavados en sus montañas conservan en su memoria infinitas batallas entre romanos y nativos, cristianos, protestantes, nacionalistas, expansionistas, nazis, aliados, etarras y lavadores de dinero.

Son pues históricamente emblemáticos; cruzarlos aun hoy en día no resulta fácil ni rápido, pero su paisaje natural y cultural recompensa cuando nos adentramos a ellos. Aún en verano el frío está presente y la nieve en las cumbres más altas se aprecia, es un espectáculo donde hay que alzar la vista y alargarla en lontananza,

para apreciar montañas, espesos bosques de pinos, inmensas catedrales y castillos espléndidos.

Saint Bertrand de Comminges es un pequeño pueblo de la Francia profunda, ahí se encuentran las reliquias de este Santo que evangelizó y construyó una de las catedrales más antiguas de la zona, data del siglo XII. El pueblo fue fundado por romanos en el siglo II y después reconstruido en la época medieval, cuenta con tres puertas de entrada y aún se pueden apreciar algunas ruinas del imperio. Su catedral atrae a miles de visitantes que por fe o por apreciación artística van para admirar sus retablos, vitrales, jardines y altares. Además de ser parte del camino secundario de la ruta a Santiago de Compostela. Su pequeña plaza cuenta con una fuente de agua y un monumento a los sesenta niños muertos en la Segunda Guerra Mundial por el ejército francés. En pocos minutos sus ruinas romanas, catedral y casas del siglo XV se pueden recorrer, pero su sensación de tranquilidad invita a los que llegan hasta ahí a quedarse por mucho tiempo, eso sí, con un buen abrigo aún en verano.

Carcassonne es otro pueblo medieval que está totalmente fortificado, solo cuenta con una puerta para entrar y salir. Ha sido escenario histórico de muchas batallas en la defensa e invasión francesa, actualmente habitan en ella solo treinta personas y prácticamente todas sus construcciones están dedicadas a la atención de los visitantes (tiendas y restaurantes) además de ser Patrimonio Mundial de la UNESCO.

Es una obra arquitectónica espectacular ya que todas sus construcciones fueron remozadas desde el siglo XIX y conserva el diseño original, lo que hace posible que cuando uno recorre sus calles, tenga un viaje a la época medieval; su iglesia de estilo gótico es una obra artística completa con sus vitrales, retablos e imágenes. Es una ciudad cuyos habitantes en la época romana eran cátaros, fueron

combatidos por el imperio cristiano, dejando un legado arquitectónico que hace de este pequeño pueblo un símbolo emblemático del medievo europeo.

8. Del shopping al monasterio

Después de cruzar la Francia profunda, esa, la de los pequeños pueblos perdidos en los pirineos, llegamos al atardecer a Andorra, un pequeño Estado europeo que cuenta con dos atractivos, tiene espléndidas pistas para esquiar y es el paraíso fiscal de los españoles.

Como era verano los bosques lucían verdes, las montañas llenas de pinos parecían caerse encima de nosotros que hacíamos esfuerzos por descubrir sus cumbres y de cuando en cuando se apreciaban en ellas grandes espacios “rasurados” de árboles, simétricamente trazados; eran las pistas para esquiar de donde pendían las canastillas para trasportar hasta la cima a los aficionados a ese deporte. Todo estaba vacío y, en completa calma, pudimos caminar por la ciudad. Era temporada baja; nos explicó un mesero que en invierno todo está lleno y hay muchos empleos temporales para trabajar en el sector turístico “aquí el atractivo es la nieve”.

Andorra es un Principado de 468 kilómetros cuadrados y con un aproximado de 76 mil habitantes, de los cuales, 50 mil viven en Andorra la Vieja, capital del Principado, es un pueblo que ya existía desde la época de Carlomagno. Es posible que por su difícil acceso, fuera quedando apartada de los intereses territoriales de Francia y España, permitiendo que se erigiera como un Estado independiente hasta nuestros días. Caminar por sus calles, tomarse una caña, sentir frío en verano y mirar su extraordinario paisaje de montañas con

profundo olor a pinos, fue la mejor experiencia de un lugar cuya fama radica en el shopping libre de impuestos.

Su frontera con España es la comunidad catalana, por donde cruzamos en calidad de peregrinos que iban a visitar a la virgen de Montserrat, para evitar la revisión aduanal que en ocasiones se hace por tratarse de un lugar donde se compra barato. Llegamos al medio día al pie de la montaña que desde lejos parece los dientes de un serrucho, ahí abordamos un tren de cremallera que nos subió hasta la cúspide donde se encuentra el monasterio; el eficiente transporte tardó diez minutos en llegar a la cima, los más largos de mi vida por tratarse de una emoción fuerte, comparable a la que experimenté en los juegos mecánicos. El tren se mecía de un lado a otro y solo veía de reojo el gran precipicio que cada vez se hacía más profundo.

El monasterio, una gran obra de ingeniería, ocupa un amplio espacio, que incluye además de la iglesia, una explanada con restaurante, tienda y estacionamiento para autobuses, todo cercado por balcones para ver a lo lejos. En la entrada de la iglesia construida en el siglo XIX estilo renacentista, se encuentra una inscripción que dice: “Cataluña será cristiana o no será”. Adentro, en el altar mayor está la imagen de la virgen, una escultura de madera de no más de un metro, cuyos rasgos mudéjares son evidentes, morena, nariz prominente y un vestido decorado en dorado y negro. Bajar del monte Serrat fue más fácil, abordamos un autobús que descendió lentamente por una carretera amplia y cuya traza se hizo por un lado más prologando del cerro. Pero de cualquier forma, llegar hasta ahí, sin duda fue un peregrinar.

9. La ciudad que hechiza

Siempre me causa emoción escuchar relatos de lugares que no conozco y es frecuente que quien los cuenta nunca lo haga en la dimensión cercana a la realidad, algunos suelen exagerar, otros minimizan la belleza o los vicios que existen en todas partes. Finalmente, si logro conocer el lugar, la experiencia es infinitamente diferente a lo que me habían contado. Algo así me pasó con la ciudad de Barcelona, todos mis amigos que habían estado ahí me hicieron idealizarla, “la capital mundial del libro”, “ahí es el lugar donde encuentras el mayor número de librerías”, “su gente sólo habla catalán, no habla español”, son algunas frases que recuerdo.

Entramos al atardecer por carretera a la ciudad, el complejo industrial de la editorial Random-House fue uno de los primeros que vi, me emocioné sólo de pensar en todas las librerías que podría visitar. Después de instalarnos en el hotel, indagamos cómo llegar a un lugar donde hubiera librerías, y nadie sabía —desde la chica del módulo de información turística hasta el vigilante del hotel, pasando por el guía—, dónde se encontraba ese maravilloso lugar; nos mandaron finalmente al centro, en plaza Cataluña y de ahí podíamos entrar al centro histórico, a las ramblas o a la plaza comercial subterránea.

Caminamos toda la tarde; ciudad cosmopolita y esplendorosa, alegre, intercultural, con gente que desborda las ramblas y por todas partes se pueden ver los grandes almacenes, el Corte Inglés con cinco tiendas —las que pude contar en esa zona—, Apple ocupando un gran edificio antiguo, la tienda oficial del Borsari, Gucci, Lacost, Zara y de las librerías nadie supo dónde estaban. Por la noche, leyendo los diarios encontramos una nota donde el ayuntamiento de la ciudad se quejaba de que Barcelona había perdido su esencia

de ciudad cultural y que se proponía, a través de un amplio programa, la posibilidad de renunciar a ese turismo mercantil que en los últimos años había tomado la ciudad por asalto.

Al siguiente día y después de mucho preguntar pudimos visitar la librería “La Central”, de mayor prestigio y antigüedad en la ciudad, demasiados libros para decidir, así que opté por sacar mi lista de títulos que no han llegado a México y nadie supo nada, revisaron los catálogos y finalmente me explicaron que había problemas en el sistema y que no podían ayudarme. Entonces comprendí que efectivamente la vocación de la ciudad era otra, que había cambiado los libros por los almacenes de marcas prestigiadas; pero al verme en una ciudad tan bella, tan vital, tan europea, olvidé las librerías y acepté la invitación de mi compañero Ambrocio para comer en “La Boquería”, el mercado más emblemático de la ciudad.

Venciendo a la multitud de la rambla logramos entrar y sentarnos entre frutas, verduras y mariscos a disfrutar de un pescado de primera calidad, de ahí nos fuimos al malecón donde comimos un helado y nos sentamos a mirar sin cansarnos el mar Mediterráneo, al regresar al hotel vimos a Colón apuntando a las Indias y recorrimos Las Arenas, una plaza de toros que trasformaron en *mall* después de la prohibición de las corridas de toros en Cataluña; su remodelación es una verdadera obra de ingeniería al lograr conservar la construcción original y meter adentro, en cinco pisos, un sinnúmero de comercios de lujo, salas de cine y espacios recreativos. Barcelona es una espléndida ciudad, que aún sin Gaudí y librerías, en pocas horas hechiza, para quererse quedar, para desear regresar.

10. En la puerta de la cristiandad

Peñíscola es un pueblo medieval donde se puede ver el Mediterráneo sin prisas en su azul más espléndido y en su tranquilidad más profunda, ahí está, sin que nada lo perturbe con su extensa historia de pueblos y civilizaciones que lo han navegado, pero ninguna lo ha dominado eternamente.

El invencible Mediterráneo baña a ese pequeño pueblo donde se levanta el castillo del Papa Luna, cuando en la división de los europeos por la pugna del trono de la cristiandad, franceses y españoles erigieron una nueva sede con un Papa alterno, Peñíscola fue elegida como la nueva Roma, desde donde se decidió por algún tiempo el destino de la iglesia católica durante el siglo XV. El mar Mediterráneo hipnotiza y el poco tiempo que tenemos para recorrer Peñíscola lo utilizamos en observarlo, en silencio, recargados en los muros de su castillo del siglo XIV —construido por los templarios y después habitado por el Papa— nos tranquilizan sus aguas, cargadas de historias milenarias.

Rumbo a Madrid nos detenemos en Valencia, sus anchas avenidas llenas de árboles de naranja nos dan la bienvenida, ahí también como en Ciudad Victoria un río seco atraviesa la ciudad, se cuenta que cuando se carga de agua hace destrucción por donde pasa, pienso en el San Marcos. Allá se le llama a ese fenómeno la gota fría; sucede que de pronto llega un aguacero y el río se llena en minutos y arrasa lo que encuentra, acá le llamamos tromba. Sus modernas avenidas contrastan con su centro medieval, al aire libre en sus calles peatonales pequeños restaurantes ofrecen la especialidad “Paella valenciana”, que acompañada de una caña (vaso de cerveza) hacen que se disfrute más su ambiente tranquilo y su gente amable.

Al anochecer entramos a Madrid, no sin antes ver pasar a un costado nuestro el AVE, el tren rápido de España que hace el mismo recorrido sólo que en mucho menos tiempo. Después de hospedarnos, fuimos a la Puerta del Sol, donde toda la ciudad se da cita en fin de semana; lleno total, bares, restaurantes, calles, plazas, el ambiente festivo permanece hasta la madrugada.

Al día siguiente Toledo nos recibió, modernas escaleras eléctricas que no desentonan con su paisaje medieval y renacentista permiten un rápido y descansado acceso al centro de la ciudad, en domingo por la mañana todo es tranquilidad, así podemos recrear las imágenes de una ciudad muy antigua, pero muy viva, la conservación de sus monumentos, plazas y palacios permiten experimentar la sensación que hemos sido transportados a otro tiempo, ya sea al del Cid Campeador o al de Isabel la Católica que mandó colocar en la fachada de una de sus iglesias las cadenas de los esclavos cristianos que fueron liberados luego del triunfo en Granada contra los musulmanes.

Toledo es también ruta del Quijote, es para la memoria histórica, un ejemplo de lo que sólo en una época fue posible: la convivencia entre tres razas y tres credos en un pequeño espacio; cristianos, musulmanes y judíos. Cuenta además con un extraordinario museo, la Casa de El Greco, espléndido pintor que encontró en este lugar un espacio para convertirse en uno de los grandes, admirado por todos los que llegan hasta aquí sólo para disfrutar un poco de sus obras maestras.

También en Toledo se encuentra una de las más extraordinarias catedrales de España, que por su belleza incomparable y su riqueza atrajo a millones de turistas por décadas y que ahora, para evitar su deterioro, sólo se abre cuando se oficia misa, pero a la tercera campaña se cierra para evitar intrusos que no estén interesados en oírla

con devoción. Calles con puertas, sinagogas que parecen mezquitas y ahora convertidas en iglesias, callejones donde es fácil perderse, subidas y bajadas, todo eso es Toledo, bañado por el Tajo, ese río en apariencia inofensivo que conforme avanza a Portugal se vuelve más caudaloso y el más importante.

De regreso a Madrid no podemos más que sentir nostalgia, por una Europa vieja y cansada, que muestra sus tesoros como quien en edad avanzada enseña su baúl de recuerdos y se llena de orgullo contando historias gloriosas e interminables. Allá también la pobreza, la marginación, la discriminación, el ambulante, la migración, son el pan de cada día, allá también la humanidad es miserable, los gobiernos corruptos y las promesas de un mundo mejor soplan en el aire. Muchos hablan de América como una quimera, sueñan con conocer la gran Tenochtitlán, somos para ellos el continente de la esperanza y ellos para nosotros una parte de nuestro histórico pasado. En el avión de regreso a casa, recordé la idea de Kant cuando afirma que todo hombre es la suma de quienes lo antecedieron, comienzo entonces a recorrer mentalmente cada uno de los lugares y monumentos que visité, convertidos en la suma de un pasado que de alguna forma también pertenece a quienes nacimos en América.

De Berlín a Budapest

1. Las ruinas de Berlín

La ciudad de Berlín no es el dulce nombre que imagino cuando lo pronuncio, no es la manifestación alegre de una Europa exitosa y feliz; sí es el primer mundo, pero no el que se pueda creer a primera vista. Es una memoria de grietas y heridas que no terminan de sanar, es la historia desgarrada de un siglo XX que tuvo ahí su epicentro con dos guerras mundiales perdidas y la encarnizada lucha de una tercera, la fría, donde capitalismo y comunismo se disputaron un territorio, y la población se llevó la peor parte.

La luz de las ocho de la mañana era intensa en el aeropuerto de Tagel ubicado en el sector francés de Berlín; Jordana nos recibió con una gran sonrisa de bienvenida y nos explicó que esta terminal aérea es una de las dos que operaban en la ciudad y que durante la guerra fría servía a la zona occidental, es decir para la ocupación capitalista. La información me impactó, porque de suponer que la reunificación alemana ha marchado sobre ruedas, este dato de los sectores de la ciudad daba cuenta de otra realidad, la memoria del pasado era un referente para explicar el presente, no había otra forma para los berlineses de hablar del lugar que habitaban.

Después vinieron las imágenes en cascada, una ciudad hermosa, de amplias avenidas, con ciclovías magníficas, grandes almacenes, extraordinarios monumentos arquitectónicos, fuentes, palacios, jardines. Pero todo, cada piedra, cada calle, cada esquina guarda una historia, una referencia, un pedacito de dolor, de muerte, de espanto. “Por aquí pasaba el muro”, “aquellos edificios fueron construidos por los comunistas”, “esta capilla fue bombardeada”, “aquí estamos en Berlín del Este”, “aquel edificio fue reconstruido”, “esta fue la zona británica”, “aquí fue un bunker nazi”, “allá está el monumento a los soldados soviéticos que liberaron de Hitler a la ciudad”, “está prohibido el libro ‘Mi Lucha’”, “la zona más bonita de la ciudad es donde estuvo la parte capitalista, la más pobre es la que fue comunista”; estas son algunas de las muchas expresiones que se usan cuando se pregunta algo.

Fotos, bandera, placas, monumentos, edificios, todo sirve para mantener viva una historia de dolor, donde los berlineses se multiplican una y mil veces en víctimas de las atrocidades de tres guerras, sin salir victoriosos de ninguna. La última, la guerra ideológica convertida en asunto económico abrió la “cortina de hierro”, no como un acto de liberación sino como la voracidad mercantilista que deseaba expandirse, ahora también se puede comer una hamburguesa McDonalds en el Este pero, ese Berlín sigue siendo, después de treinta años de reunificación, más pobre y más gris que el otro, donde las grandes corporaciones tienen sus domicilios y las calles son elegantes.

Berlín es una ciudad cuya alegría no es completa, cuya felicidad se ensombrece con cada ruina, cuya belleza trasluce las grietas del sufrimiento, del dolor por algo que no termina de acabar pero tampoco termina de comenzar. Su ambivalente historia reciente aún se sigue escribiendo como una víctima de todos los que por

ella han pasado: monarcas, nazis, soviéticos, ingleses, franceses y norteamericanos.

2. Una ciudad sin preocupaciones

Para llegar a Potsdam, Alemania, se aborda una embarcación que navega a paso muy lento durante una hora por el río Havel; situada en el estado de Brandemburgo, la ciudad es emblemática en muchos aspectos, principalmente por su gran belleza natural, que ocupa más de la mitad de su extensión territorial, entre bosques y lagos, los palacios y casas de campo. Se calcula que fue fundada aproximadamente en el siglo X, pero cobró importancia a partir de que Federico el Grande construyó en el siglo XVII su casa de descanso, la cual llamó Sanssouci (sin preocupaciones), y a partir de entonces fue el lugar donde los monarcas prusianos mandaron construir sus castillos.

Aunque los guías de turistas insisten en que Sanssouci es como el palacio de Versalles en Francia en pequeño; nada hay que comparar, aunque ambas son espléndidas construcciones con extraordinarios jardines, su utilidad y función eran totalmente diferentes; Sanssouci es una pequeña finca para el disfrute de la naturaleza y el arte. Ahí mismo, se encuentra la tumba de Federico el Grande y junto a él la de sus once perros; los alemanes que aún le brindan honores, llevan como ofrenda papas que depositan sobre su lápida, como agradecimiento por haber acabado con la hambruna del pueblo al introducir su cultivo a la región.

El palacio construido en la cima de una colina permite disfrutar los jardines y una fuente central a chorro, a donde se baja gradualmente por una ancha escalinata que en sus laterales tiene plantadas higueras encerradas con puertas que se abren en verano y

se cierran en invierno para su protección. Otro palacio emblemático de Potsdam es el Cecilienhof, construido al estilo Tudor como casa de campo. Aunque ahí vivió la princesa Cecilia hasta antes de 1945, este edificio es emblemático porque aquí se reunieron los ganadores de la Segunda Guerra Mundial en la llamada Conferencia de Potsdam para repartirse el mundo, tomándose aquella emblemática foto donde aparece Churchill, Truman y Stalin al término de la Segunda Guerra Mundial.

La ciudad quedó en la otrora Alemania Oriental, cuando el país fue partido en dos como botín de guerra para los aliados. El régimen comunista priorizó acciones sociales quedando en el olvido la pompa, elegancia y opulencia del lugar y no fue hasta en 1990, con la reunificación, cuando la UNESCO declaró a la ciudad patrimonio de la humanidad, lo que permitió rehabilitar casas y palacios cobrando un nuevo esplendor. Otras importantes construcciones de Potsdam son el Barrio holandés: llamado cariñosamente “pequeño Ámsterdam”, el palacio de Babelsberg, palacio Nuevo, puente Glienicke (donde se intercambiaban los espías las Alemanias oriental y occidental) y el palacio de Charlottenhof. Recorrer esta pequeña ciudad es andar por las calles de una historia con memoria viva.

3. La ciudad en llamas

De un solo golpe los edificios de la ciudad de Dresden en Alemania pueden apreciarse en su conjunto; espléndidos, derrochando belleza, opulencia y majestuosidad. Es aquí la antigua Sajonia, donde sus príncipes y nobles gobernaron hace siglos una vasta región rodeada de ríos, bosques, minerales y mucho poder. Pero también en ella se cierne el horror de las guerras producidas por la crueldad humana.

Es una ciudad bella a orillas del río Elba frente a la cual se construyó una gran terraza que ha servido como muro de contención para las crecientes en época de lluvia, evitando así las inundaciones del casco histórico. De tal forma que el conjunto arquitectónico se vuelve una soberbia postal sajona. Ya desde el año 1200 se nombraba el lugar por algunas crónicas, pero su verdadero esplendor lo tendría desde el siglo XVII donde reyes hacen de la ciudad su residencia, construyendo grandes palacios, embelleciéndola para su placer. Dresden fue también para el siglo XVI el más importante bastión del protestantismo, por el que vivió una encarnizada guerra.

La ciudad fue incendiada en 1685 y destruida casi en su totalidad. Sin embargo, este hecho sirvió para que empezara a vivir su esplendor a partir del reinado de Augusto II El Fuerte, quien mandó reconstruir casi en su totalidad la ciudad, adornándola con una catedral católica que forma parte del conjunto del Theaterplatz con el palacio del rey y la ópera, situado junto a las terrazas del río Elba, llamadas también El Balcón de Europa. En este espacio se encuentra también un friso de doce metros de longitud construido en porcelana donde están representados todos los príncipes de Sajonia.

Pero las llamas volvieron a envolver a la ciudad siglos más tarde; a doce semanas que llegara a su fin la Segunda Guerra Mundial, el ejército británico dejó caer en un ataque aéreo sorpresivo, bombas de fósforo que la hicieron arder en cuestión de minutos, a una temperatura de 1000°C. Nuevamente destruida casi en su totalidad, los ingleses, muchas décadas después, en un gesto amistoso, colaboraron para la reconstrucción de los emblemáticos edificios que habían caído a pedazos por las altas temperaturas que produjeron las bombas.

Ahora, Dresden se puede recorrer y disfrutar completa y de pie; es un verdadero placer tomarse una cerveza en algún peque-

ño restaurante de sus terrazas o comer un pollo frito con verduras, viendo los edificios históricos, orgullosos de un memorable pasado, que encierran en ellos ese color oscuro que recuerda el sufrimiento de sus habitantes, devorados por las llamas más de una vez.

4. El paisaje pequeño y cercano

Lugar de mil evocaciones; románticas, lúgubres, trágicas; difícil de imaginar, Praga, sin duda, es la ciudad donde se sueña, se sufre, se lucha, se vive y se muere; es el paisaje con muchos paisajes, torres, monumentos, iglesias, castillos, turistas, cristianos, judíos y comunistas además de quienes suspiran por el occidente americano.

Praga nos recuerda su primavera y sus calles se recorren caminando con Kafka, Neruda y Fucik. La canción de Sabina inmortaliza sus emblemas, el puente de Carlos, el río Moldava, el barrio de Malá Strana y los cristales de Bohemia. Hay tanto que ver, que ante lo imposible es mejor pararse en los miradores del Castillo, disfrutar la ciudad desde esa soberbia fortaleza y después de verla de un golpe, alzar la mano, recogerla en el puño, llevárselo al pecho y ponerlo en el corazón para guardar ese recuerdo entre los más entrañables de nuestra vida.

Capital de la República Checa, antes parte de Checoslovaquia, Praga es una emblemática ciudad del centro de Europa, el casco antiguo está dividido en la ciudad vieja y la ciudad pequeña, aunque en una caminata rápida se puede bajar desde la gran fortaleza —ubicada en la parte alta de la ciudad y residencia de los antiguos reyes, compuesta por El Castillo y la Catedral de San Vito, ambas obras arquitectónicas soberbias e incomparables en belleza y tamaño— has-

ta el centro de la ciudad vieja, donde a pesar de la distancia no hay automóviles porque se conserva aún el trazo medieval de sus calles.

Muy cerca de la plaza vieja está el reloj astronómico, una pieza única en el mundo cuyo espectáculo consiste en que cada hora durante el día se asoman desde la parte alta de sus manecillas los doce apóstoles y debajo de estas están representadas la figura de la muerte y el avaro, que también cobran vida durante el tiempo en que suena la hora. Pero lo más extraordinario de este espectáculo es ver cómo se arremolina una multitud de turistas puntualmente cada hora para disfrutarlo. Si de algo están orgullosos los checos es de su cerveza Pilsner Urquell, es tan buena, aseguran, que hasta funciona para evitar la caída del cabello y sin duda el mejor lugar para disfrutarla es la plaza vieja, donde hay restaurantes de la más variada índole en precio y calidad, ahí la Torre de Babel se hace realidad porque se hablan muchas lenguas, las más populares son en orden de importancia el checo, alemán, ruso e inglés. Desde ahí, el mundo parece pequeño y cercano.

Es obligado cruzar por el puente de Carlos que comunica a la ciudad vieja con la pequeña, tiene una longitud de más de 500 metros, es el más antiguo de la ciudad y cuenta con 30 estatuas; entre las que destacan la de San Wenceslao, San Juan Nepomuceno y el Calvario, cuya rareza es su letrero semicircular que dice en hebreo “Santo, santo, santo es el señor de los ejércitos”, la cual según cuentan fue financiada por un judío en el siglo XVII y que es hasta hoy motivo de polémica porque la comunidad judía de la ciudad siente agravio por la imagen.

A pesar de la época comunista, Praga sigue mostrando una cara cristiana, con profundas raíces religiosas, no solo por la gran cantidad de iglesias sino también por sus monumentos a los santos, a la peste, a la virgen y a su gran símbolo: el Santo Niño de Praga,

famoso por sus milagros, pero también por la belleza de su imagen, única en el mundo cuya adoración hace peregrinar a miles de mujeres que no han podido embarazarse; 600 vestidos componen su guardarropa pero se le venera en clásico atuendo rojo. Aquí también se recuerda a los mártires protestantes, 27 nobles ejecutados por el rey Fernando II en solo una noche para erradicar la doctrina de Lutero, sus cabezas fueron exhibidas en la plaza mayor y para recordarlas se erigió un monumento con 27 cabezas de metal para no olvidar la necesaria tolerancia religiosa. Pero también hay en la ciudad vieja una calle dedicada a las grandes marcas, que los españoles llaman Mira anda, porque los altos precios de sus artículos los hace inalcanzables para la población checa que no termina de ver las bondades del libre mercado después de la caída del sistema comunista.

Sueñan con el occidente americano y se enorgullecen cada vez que recuerdan que Tom Cruise filmó Misión Imposible, se quejan de la gran cantidad de rusos que van a casarse a sus iglesias y atiborran como una tradición el puente de Carlos cuando salen de la ceremonia, pues se les ha hecho costumbre de cruzarlo con toda su comitiva. Pero a pesar de todo, para soñar despierto sólo existe un lugar en el mundo: “Praga, darling, Praga”, diría Joaquín Sabina.

5. La más bella de todas

La conocí cuando yo cursaba la secundaria, era la más bella de todas las ciudades que en las páginas de las revistas de propaganda soviética se presumía; me enamoré de ella a través de las fotos y las crónicas que la describían como una de las ciudades más hermosas de Europa del Este.

Tuvieron que pasar más de 30 años para ver personalmente a la más bella de todas las ciudades, Budapest; ella, una ciudad vieja y descuidada, yo una viajera que buscaba vestigios de una idealizada patria socialista donde la cultura era el centro de la vida. Ya no éramos las mismas, era evidente; pero mientras ella confirmaba su belleza, yo me sorprendía a cada paso que daba por sus calles. Está compuesta por dos fundaciones, Buda, la más antigua y Pest la moderna, divididas por el emblemático Danubio; en la primera se encuentran dos grandes edificios, El Castillo y la Catedral de Matías, ambos dan forma a un conjunto arquitectónico que van desde el medievo hasta el siglo XX; todo perfectamente armonizado en una gran colina que da vida a uno de los paisajes históricos más importantes de la ciudad y desde donde se contempla el río y Pest, sobresaliendo el Parlamento, una construcción de principios del siglo XX pero que por sus dimensiones, arquitectura y belleza es quizá el emblema más importante de Budapest.

Donde se pone el ojo ahí hay belleza, todo, absolutamente todo lleva algo de ella. Casas, edificios, plazas, mercados, iglesias, son espectacularmente impresionantes y nada escapa en esta ciudad al derroche de hermosura. Caminar por sus calles permite apreciar la tristeza y empobrecimiento de una sociedad sometida a diversos regímenes económicos y políticos, guerras e invasiones que dejaron su marca de dolor mezclada con majestuosidad. En su corazón se levanta orgulloso el altar a los padres de la patria, húngaros y otomanos compartiendo una historia en común, también está el recuerdo de la grandeza del imperio austro-húngaro, el águila bicéfala y muy en silencio el doloroso recuerdo de dos guerras mundiales perdidas.

Hungría paga aún los costos monetarios y las restricciones de índole política que Europa le impuso, por aquí no pasó el Plan Marshall, y sus habitantes tienen que aprender otra lengua aparte

del húngaro, porque fuera de su país nadie conoce ese idioma, así, el alemán y el ruso son los más frecuentados. Aquí todo es más barato que en el resto de Europa; la comida, la bebida, los suvenires; algunos emblemas de la hoz y el martillo todavía se venden en las tiendas; el mesero contesta en español cuando se le pregunta en inglés que si puede atendernos, “estuve seis meses en Perú, aquí mucha gente habla poquito español”.

Los húngaros son atentos, pero tienen un semblante de tristeza, les ha ido mal en cuestiones de guerra, su grandeza histórica está reducida a esperar tiempos mejores, me cuentan que a 30 kilómetros de la ciudad está un parque donde se reunieron todas las estatuas de la era soviética y están ahí como una memoria del pasado para quien quiera ir a visitarlas; el tiempo no alcanza; por ahora sólo fue posible disfrutar el centro, la iglesia de Nuestra Señora de Budapest de colosal belleza. Algún día nos volveremos a encontrar.

De Madrid a Lisboa

1. Para enamorarse de Madrid

El taxi recorre las avenidas con gran velocidad, es de día y la intensa luz del sol cierra mis ojos, después de un vuelo de diez horas desde la Ciudad de México; tengo la impresión que deben ser como las nueve de la mañana, pero un reloj en la calle, de esos gigantes que indican también la temperatura señala las cinco de la tarde.

Las avenidas se suceden unas tras otras, después largos subterráneos para salir de pronto a una zona arbolada, “Parque de los Remedios”, señalan los anuncios, Ambrocio toma mi mano y me dice con emoción “estamos en Madrid, ¿recuerdas la primera vez que vinimos?”. Entre dormida y despierta, con el reloj biológico descompuesto, y lo aturdida del vuelo, pocos ánimos tenía para algún esfuerzo, pero como siempre, logró contagiarme su emoción; “sí, cuando salí la primera vez del aeropuerto de Barajas me pasó lo que a Sabina en la plaza de mayo, me dio por llorar”, le contesté muy despierta.

En ese momento pasamos frente a la Puerta de Alcalá y el comentario obligado del conductor: “Ahí está”. Víctor Manuel y Ana Belén la hicieron más famosa de lo que ya era, una canción al

patrimonio histórico, pensé; siguió la Cibeles, sus flores, su agua y en seguida la Gran Vía, llena de gente con sus grandes tiendas de marcas internacionales, cosmopolita y elegante. Después de hospedarnos caminamos hasta el kilómetro cero, ahí donde se marca el trazo para todos los caminos de España, anduvimos hasta la Plaza Mayor, el monumento a Felipe II, la Puerta del Sol, la calle Preciados; buscamos algo que comer al aire libre para disfrutar el paisaje. La Vasconia nos da la bienvenida, hay cerveza de la casa dice el anuncio; paella de mariscos recomienda el mesero “pero tómenlo con calma, tarda 45 minutos”, llegan las tapas mientras esperamos y un joven organista toca Chopin, los Beatles y a Cle-yderman, mi pequeño día empieza a terminarse; por la noche, el trajín de la Gran Vía no cesa, gente paseando, alegre, muy alegre y la policía trabajando; hasta las cinco de la mañana empieza el silencio que se interrumpe con el de las seis cuando los autos y el bullicio mañanero comienzan.

Caminar por Madrid es andar por calles con nombre de reyes, Isabel la Católica unificadora de las Españas y quien expulsó en forma definitiva a moros y judíos; Carlos I de España y V de Alemania, nieto de Isabel y quien va a reinar el imperio más grande del mundo; Felipe II, hijo del anterior y a quien se le debe la fundación de esta ciudad, la que quiso construir con la única vocación de ser la capital del reino; Carlos III, el gran impulsor de las reformas borbónicas que cambió en forma definitiva la política modernizando instituciones.

Madrid a diferencia de otras grandes capitales europeas tiene muchos rasgos íntimos en los que nos reconocemos más allá del idioma, es parte de la memoria de Latinoamérica mestiza, sus palacios y riquezas son también algo nuestras, no sólo por el oro que aportamos para construirla, sino también por la sangre que llevamos en las

venas de quienes subieron a los barcos para buscar de este lado del mundo una mejor vida.

2. En la boca del infierno

La distancia entre Madrid y Lisboa es de pocas horas, pero hay una sensación enigmática al cruzar por Extremadura, tierra de conquistadores, sentía mucha curiosidad por conocer el paisaje rumbo a la mar oceánica; paramos en Trujillo, un pueblo, para mí, perdido en esa geografía. En la plaza principal, un monumento a Francisco Pizarro oriundo del lugar, espléndido y majestuoso se ve el conquistador sobre su caballo, aquí la historia se cuenta de otra forma, él es el hombre valiente, admirable, aventurero, que dio riqueza a España, contribuyó a su grandeza y que junto a su descendencia se volvió respetable en tierras extremeñas.

El paisaje en carretera está lleno de alcornoques, un árbol de donde sacan el corcho, muy utilizado en Portugal para la elaboración de los más diversos objetos. Lisboa nos recibe por la tarde, para entrar a ella cruzamos el Tajo, ese río que viene desde España y que en Toledo solo es un riachuelo sin importancia; aquí tiene un ancho caudal, cruzamos por el puente “25 de abril” que mide casi dos kilómetros, lo mismo de ancho que el río. La belleza de Lisboa es tan diferente a cualquier capital europea, es marina, republicana, doméstica y mestiza. Aquí habita la historia lusitana, de reyes liberales, revoluciones pacíficas, defensa soberana, es una ciudad pequeña, doméstica y cálida.

Evocando a “Sostiene Pereira”, aquella novela llevada al cine con la figura emblemática de Marcelo Mastroiani, recorrimos sus calles, de la plaza mayor hasta la puerta de Augusto, comimos

panecillos de Belén en un café fundado en el siglo XIX, y por curiosidad entramos a la iglesia más fea del mundo, la de Santo Domingo, quemada y destruida por terremotos en diversas ocasiones, los lisboetas decidieron después de estos eventos dejarla en sus ruinas, produciendo una sensación de desamparo en su nave central, me sentí como si acabara de pasar la guerra por ahí. Después supe que es uno de los templos más solicitados para la realización de ceremonias religiosas (bautizos y casamientos), se cree que su alta demanda se debe a que los feligreses experimentan estar muy cerca de la desolación del mundo y de los castigos divinos, que los hace sentirse más necesitados de Dios.

Lisboa cuenta con soberbios palacios, pero su ubicación geográfica frente al Tajo permitió el desarrollo de ciudades cercanas; Estoril, donde se encuentra el casino más famoso de Portugal; Sintra, donde los palacios de los reyes fueron construidos como fortalezas inexpugnables y Cascáis, un pequeño pueblo ubicado en el lugar más cercano al Océano Atlántico, que por muchos siglos se creyó que era el fin del mundo, considerando que la tierra era plana y América no existía en la geografía. Hay un gran risco donde las aguas del océano golpean violentamente, por el ruido estruendoso que hacía se creía que ahí empezaba el infierno, ahora hay una calle llamada “La boca del infierno” y sobre los riscos se ha construido uno de los lugares más exclusivos de Cascáis.

De París a Roma

1. La ciudad de la sonrisa

“Para entender el mapa de París hay que acomodarlo de tal forma en que el Sena parezca una sonrisa”, dijo la guía sin darle demasiada importancia a su comentario, pero fue fundamental para poder andar París los siguientes días, todo cobraba sentido, después de intentar varias veces orientarme con él. Entonces tomé el mapa y dejé de escuchar la perorata de una mujer gorda y simpática que repetía sin cesar datos y nombres de edificios, y cuyo discurso, seguramente en este verano, lo había repetido un sinfín de veces al día, trabajando por honorarios para las corporaciones internacionales dedicadas a pasear turistas por Europa, que contratan su servicio por horas.

Habíamos llegado Ambrocio y yo a París un día antes por la mañana, en el hotel nos habían regalado un mapa indicándonos su ubicación, la recepcionista me explicó que la ciudad estaba rodeada por un anillo que funcionaba como periférico, “lo que está adentro es París, lo que está afuera son cercanías y el hotel está en el límite, pero adentro de la ciudad”; al parecer eso la llenaba de cierto orgullo. Inmediatamente dejamos maletas y salimos a caminar, con el reto de no dejarnos intimidar por las siete horas de diferencia en

el huso horario de México, “a años luz de la rutina”, como dijera Sabina. Regresábamos por tercera vez a París, la primera nos hospedamos en un hotelito que estaba muy cerca del monumento a la República, la segunda en la zona de la Defensa, que está fuera del anillo de la ciudad pero que en línea recta se llega a Campos Elíseos y a la Plaza de la Concordia. Ahí en la Defensa, se construyó el centro financiero y su arquitectura innovó con grandes rascacielos, los cuales por ley no podían construirse dentro de la ciudad para proteger la armonía de su patrimonio histórico.

Ahora nos habíamos hospedado muy cerca de la puerta de Bagnolet, pero cuando tuvimos la intención de caminar hacia la ciudad, por no entender el mapa de la sonrisa del Sena caminamos hacia la zona periférica, sin darnos cuenta de pronto nos encontramos en la Rúa de París, que es un verdadero mercado intercultural; llena de comercios, había restaurantes de todas las nacionalidades, destacando los chinos e italianos, tiendas de ropa, calzado, fruterías, comestibles, chácharas; rápidamente nos confundimos entre los hindúes, africanos, asiáticos y latinos, no era una zona turística. Más bien aquello parecía la zona comercial de algún suburbio parisino donde encontramos una calle con el nombre de Hanna Arendt y recordamos las lecturas hechas en la clase de la doctora Luisa Álvarez quien es una apasionada de su obra, caminamos hasta un polideportivo con el mismo nombre y para nuestra sorpresa la placa decía que era una socióloga norteamericana. Nada más alejado de la realidad, pues esta mujer era de origen alemán, que por ser judía escapó a Norteamérica donde escribió gran parte de su obra filosófica. Ese día comimos un abundante plato de tallarines y me conformé bebiendo una budweiser porque, dicho por la mesera, “en Francia no somos buenos para la cerveza, nosotros sabemos hacer buen vino”.

Al siguiente día nos unimos al tour de VPT (Viajes para todos), operadora de viajes que compite con Europamundo, corporación internacional que durante algunos años casi logra monopolizar los tours por Europa comprando pequeñas compañías y asociándose con capitales japoneses. El grupo de viajeros venía de Londres y nosotros nos incorporamos en París, abordamos el autobús de 70 plazas muy temprano, haríamos una visita panorámica por la ciudad y la corporación ofrecía una visita al museo de Louvre para quienes quisiera pagar por ella, por la noche, los que quisieran podían pagar por otra más para visitar el Lido, un cabaret para turistas que compite con el Molino Rojo y donde también se baila Cancán.

Resistiéndonos a los deseos de la corporación de ser sus clientes cautivos, más de lo que ya lo éramos, decidimos andar París por nuestra cuenta, fue entonces que tomando el mapa con la sonrisa del Sena llegamos al museo de Louvre y pudimos ver cómo esa ciudad majestuosa, elegante, abraza a miles de turistas que quieren ver sus más preciados tesoros, sus icónicos monumentos, sus hermosos bulevares y avenidas. Nosotros en medio de la multitud, perdidos como otros más de miles que recorren sus calles, anduvimos en un taxi-triciclo que nos llevó por la orilla del río Sena desde Louvre hasta Notre Dame por 15 euros, en una experiencia extrema por la cantidad de tráfico que a esa hora había, al llegar a la catedral nos sorprendió la larga fila de personas que había para entrar a visitarla, recordamos que en las visitas anteriores no era tal esa multitud y que, de manera exponencial, ha crecido los últimos años.

Decidimos continuar nuestro camino rumbo al Ayuntamiento de la ciudad, un palacio magnífico y soberbio que para la ocasión vestía unos gigantes pendones promocionando la candidatura de las olimpiadas del 2024 y que en esos días la disputaban con Los Ángeles. Raros días de París en ese verano, donde las lluvias permitieron

un clima templado a diferencia de otras ocasiones donde el calor enloquece a cualquiera. Así, la ciudad fue amable para ser recorrida lejos de las multitudes que buscan puntos estratégicos para colapsarlo todo, alejarse de la Torre Eiffel, Notre Dame, Louvre siempre resultará una buena oportunidad para conocer un París más de los parisinos, entrar a sus brasseries, comerse un croissant, tomarse una cerveza francesa ya fuera una 1664 o una Pelforth.

De regreso al hotel entramos a una pequeña tienda de abarrotes para comprar agua y fruta, el hombre mayor que estaba en la caja le ordenó a un joven ayudante que me orientara para escoger un yogurt, le pregunté que si hablaba español y me dijo, “poquito, ¿de dónde son?, nosotros de Sri Lanka”, contestó el más joven visiblemente emocionado. Al día siguiente volvimos a escapar de la corporación que vendía un tour a Versalles, regresamos al centro de París y caminamos sus calles, visitamos monumentos, disfrutamos el paisaje de una ciudad inagotable, que en opinión de Ambrocio resulta amable porque siempre hay parques arbolados donde descansar y la gente los habita para tomarse un lunch, revisar su Smartphone, tomarse una cerveza o simplemente echarse una siesta.

Muy cerca de la tumba de Napoleón nos sentamos en una banca donde estaba una francesa delgada, del piel blanca y ojos azules cercana a los 70 años, al oírnos platicar entró en la conversación, cuando llegamos al punto de explicarle que éramos del norte de México, de un lugar llamado Tamaulipas preguntó, ¿ahí no es donde se dice que hay mucho peligro? Sorprendidos y no, asentimos, nos contó que toda su vida había vivido en París y nos recomendó muchos lugares para visitar, al despedirnos le pregunté su nombre, “me llamo Nicole y me ha dado gusto platicar con ustedes”. Así nos despedimos de París, visitando el hospital de los inválidos, caminar hasta el palacio grande y pequeño cruzando el puente Alejandro

III, llegar a la plaza de la Concordia y seguirmos rumbo al Arco del Triunfo, recorrer los Jardines de Luxemburgo, el barrio latino, la Sorbona y tantos otros lugares para seguir amando París por sobre todas las ciudades; porque históricamente ha recibido por siglos, visitantes, viajeros, turistas, donde ser extranjero es una condición natural, un asunto de rutina.

París como capital del mundo, el de la Mona Lisa, de Picasso, de Cortázar, de Porfirio Díaz, de Jim Morrison; el París de Víctor Hugo, de Baudelaire, de Julio Verne; el París de la libertad, de la República, del existencialismo; el París de todos y al que nadie debe renunciar visitarlo, así se vaya, aunque sea en condición de turista, viajero o artista.

2. Más allá del barrio Rojo

“Brujas es una de las ciudades más bellas del mundo”, decía la doctora Carmen Olivares que era una experta viajera; y es que hasta su nombre causa expectación, se dice que Brujas viene de vocablos antiguos que significan muelle o puente.

Al igual que Ámsterdam, a Brujas también se le conoce como la Venecia del Norte por la gran cantidad de canales con que cuenta la ciudad. Con más de mil años de historia, conserva su casco antiguo casi intacto, lo que la ha convertido en patrimonio de la humanidad declarado por la UNESCO. Cuando sus calles se recorren pareciera como si se está adentro de un cuento de hadas, la gran variedad de chocolates y de marcas de cerveza son las delicias de sus visitantes que se cuentan por miles diariamente. En la antigüedad gozó de gran influencia comercial por su capacidad de mover mercancías por sus aguas, pero su esplendor se fue apagando conforme

otros puertos cercanos fueron creciendo y la influencia de otras potencias marítimas impusieron sus rutas.

Una parada breve al salir de París hacia el norte europeo permitió recorrer su casco a pie, disfrutar de sus calles estrechas, charlar con un pelirrojo que nos salió al paso y dijo ser de Michoacán mientras me canjeaba una moneda de diez pesos mexicanos que, según dijo, convertía en llavero y lo vendía a buen precio, por una barra de chocolate belga. Exquisita comida y cerveza acompañada de una copiosa lluvia, nos permitió disfrutar de un paisaje misterioso y frío a pesar de ser verano; por la tarde rumbo a Holanda recordé a la doctora Olivares, sentí nostalgia por su muerte, pero a la vez una alegría de coincidir en que ésta era una de las ciudades más hermosas que hasta ahora había conocido en mi vida. Tuve la sensación del deber cumplido.

Por la noche llegamos a Ámsterdam, otra ciudad emblemática, donde el mercado del placer es la mayor atracción turística pasando muchas veces por alto la belleza de la ciudad, sus canales, sus fachadas, sus barcos, sus bicicletas, sus museos, que sitúan al viandante en un lugar donde el tiempo y el espacio se detiene como si pendieran de un delgado hilo donde el encanto de tan extraordinario paisaje fuera a desaparecer de pronto y se volviera una quimera. Toda la belleza que destilan sus calles, se rompe, se ignora, desaparece, cuando la mayoría pregunta, ¿dónde está el barrio rojo? Como si las vitrinas de prostitutas que son legales en la ciudad fueran por sobre todas las cosas lo más hermoso y atractivo.

La venta y el consumo permitido de marihuana y la pornografía, se pierden en diminutas calles del corazón de la ciudad atestada de turistas morbosos que buscan insaciables el espectáculo de prácticas que Occidente tolera en el resto de sus países pero que en su doble moral dice prohibir. Ante la imponente belleza de Ámsterdam estas

callejuelas resultan ser una diminuta parte que las hordas de curiosos creen que son las más importantes.

3. Cerca del Mar del Norte

A Holanda se le conoce con el nombre de Países Bajos porque gran parte de su territorio está abajo del nivel del mar; el problema mayor que tenían sus habitantes era que no sólo el territorio era pequeño, sino también estaba rodeado de agua, así que no sólo lograron construir las mejores flotas marítimas de Europa sino también fabricar grandes diques que pudieran contener el agua, de tal forma que le ganaron terreno al mar con técnicas milenarias para ampliar su tierra firme y volverla cultivable controlando las aguas que los rodean.

Grandes extensiones de pastos verdes se pueden admirar en sus campos y vacas holandesas que producen los quesos más sabrosos del mundo. Marken y Volendam son dos pueblos muy peculiares que antiguamente eran habitados por pescadores, donde hasta la fecha se conservan tradiciones centenarias que van desde el vestido hasta la lengua y que por estar rodeados de agua, prácticamente vivieron aislados durante siglos del resto del mundo, el primero actualmente es habitado por personas mayores que se han retirado y buscan una vida tranquila, ahí se vende arenque, un pescado muy típico de Holanda que se come crudo, sólo acompañado de cebolla y que tiene un sabor intenso pero muy peculiar.

En el otro pueblo se producen quesos y otros derivados lácteos, muchos de ellos elaborados en forma tradicional y que según se dice, ahí se inventó el tan demandado queso Gauda; existe también una fábrica de zuecos, esos zapatos de madera que usan con el traje típico holandés; la madera con que están hechos tiene una propie-

dad particular, que en el contacto con la humedad se reblandecen haciéndose flexibles, volviéndose cómodos porque se adecuan al pie y resistentes porque difícilmente se rompen. Los cuales durante muchos siglos fueron ideales para trabajar en los campos holandeses que contienen gran cantidad de humedad.

Se cuenta que el tesoro nacional está guardado en barras de oro en el subsuelo, mismo que está protegido por el agua que se encuentra debajo de tierra firme como una forma de evitar fácilmente su saqueo. Como es un país plano, es decir no tiene colinas ni montañas, cuando empezó la crisis del petróleo en los años 70 del siglo pasado, el gobierno holandés consideró la posibilidad de generar energía de otra forma y regaló una gran cantidad de bicicletas a sus ciudadanos para inhibir el uso del coche, por eso actualmente en Holanda hay más bicicletas que habitantes y gran parte de su infraestructura como calles y estacionamientos están diseñados para la circulación de éstas. Los holandeses son también líderes mundiales en energía eólica, construcción de puentes y diques, haciendo de todas sus debilidades, grandes fortalezas que les permiten vivir con altos niveles de calidad de vida, aunque no escapan a los problemas de las pensiones mal pagadas y el aumento de años para jubilarse, puesto que al vivir más, se vuelven más costosos para el Estado.

En el centro de Ámsterdam, un templo católico de hermosa fachada, cerrado en domingo, tiene un letrero que dice, “misa los domingos a las doce del día”, y es que más que ser un país protestante como lo cuenta su historia, donde los seguidores de Calvino llamados “hugonotes”, buscaron refugio en el siglo XVII; Holanda cada día es un país más secular, donde muchas acciones que la moral cristiana prohíbe, son permitidas.

4. Un paisaje de calendario

La intención era llegar a la orilla del Rhin en la ciudad de St. Goar para tomar un barco que, navegando durante una hora, nos llevaría muy cerca de Frankfurt del Meno; todo parecía bien hasta que el autobús de 70 plazas empezó a tener problemas para bajar por una sinuosa y estrecha carretera de curvas cerradas. Las grandes, maravillosas y amplias autopistas alemanas habían quedado atrás y recorriamos el paisaje de la Alemania profunda.

De pronto el autobús quedó atascado en una pendiente al no poder girar en una curva cerrada; el chofer que lo conducía, de nacionalidad española, pronto empezó a ponerse de mal humor al escuchar los innumerables consejos que los pasajeros latinoamericanos le hacían; pidió que todos bajáramos de la unidad y empezó a decir “jilipolleses”, intentando sacarlo de la curva donde había quedado atrapado, pero cada vez que maniobraba, la defensa frontal del autobús se iba rompiendo. La fila de autos atrás de él se empezó a hacer cada vez más larga y unos atentos alemanes bajaron de sus coches para ayudarle a dirigir la operación, todo muy a la europea; pero después de intentarlo por más de quince minutos los latinoamericanos volvieron a la carga, tomaron piedra y trozos de árboles que se encontraban cerca, los metieron abajo de la llanta que quedaba en el aire y que impedía salir de atolladero, le pidieron al chofer que hiciera algunas maniobras, y en menos de cinco minutos el autobús estaba nuevamente en ruta.

Los alemanes se regresaron a sus autos desconcertados, el chofer español murmuraba palabras que nadie entendía y los pasajeros estábamos felices porque podríamos alcanzar el barco. Desde el inicio del incidente yo estaba segura que la policía alemana haría su aparición en cualquier momento a pesar de no estar en una

ruta transitada, sin embargo, tomamos nuevamente nuestro camino sin que aparecieran. Llegamos finalmente a St. Goar en la orilla del Rhin; el paisaje de cuento era de aquellos que aparecen en los calendarios o postales, las casas alineadas con una misma fisonomía, las fachadas blancas y techos de dos aguas para enfrentar la nieve de los duros inviernos. Tomamos el barco y ordenamos un pollo frito con papas, subimos a la terraza del barco y mientras avanzamos a un ritmo lento por la rivera del Rhin, a nuestra vista aparecían castillos, bosques y pueblos que casi podían ser una pintura antigua donde se recreaba el paisajismo.

Bajamos en Bacharach, otro pequeño pueblo y volvimos a abordar el autobús, ahí nos enteramos que la policía le había dado alcance al chofer y lo había amonestado por no esperarlos en el lugar de los hechos. Molesto, el español decía no entender el comportamiento de la policía alemana y se preguntaba por qué tenía que esperarlos si él había podido resolver el problema. Por la tarde llegamos finalmente a Frankfurt, siendo la capital económica de Alemania, pasamos por su centro financiero cuyos rascacielos no alcanzan a igualar en cantidad y belleza a la Defensa en París, ni a ninguno de Estados Unidos, sin embargo, parece que ellos, los alemanes, se sienten orgullosos.

Anduvimos en su centro histórico que es muy pequeño pero hermoso, visitamos su catedral dedicada a San Bartolomé cuya construcción se inició en el 680 A. C., y donde un siglo después se celebraría el Concilio de Carlomagno; cenamos en un restaurante armenio donde curiosamente no vendían alcohol, la comida era muy abundante y barata, además de ser sabrosa y con mucha verdura.

5. El frío verano en la Selva negra

Muy de mañana salimos de Frankfurt; a pesar de ser verano aquella mañana era fría y enfilamos rumbo a Suiza, nuestra intención era llegar por la tarde a Zúrich no sin antes visitar la Selva negra. Al cabo de una hora y media llegamos a Heidelberg, cuyo atractivo principal es un castillo que se encuentra en la cima de la montaña; la ciudad a sus pies es pintoresca, con calles estrechas, casas medievales, generosos balcones llenos de flores, fuentes antiguas y un monumento a la peste. Ahí se encuentra una de las universidades más antiguas de Europa, fundada en la Edad Media casi al mismo tiempo que la de Bolonia que según se dice, es la más antigua del mundo.

No hay mucho que andar por su centro histórico, pero la vista de las casas y calles es de apabullante belleza que en cuestión de segundos uno se siente dentro de un cuento de los hermanos Grimm. Como empezaba a llover y el frío se hacía sentir, decidimos entrar en un café cuyo nombre en alemán me resulta impronunciable. El interior del café me recordó una película de la segunda guerra mundial, las mesas, sillas, la barra, la vitrina con copas, todo era viejo, de una madera vieja, impregnada de humo, pero bien conservada. Sorprendentemente nos vimos en medio de parroquianos que fumaban dentro del local, no parecía un lugar para turistas o al menos los que estaban a esa hora de la mañana no lo eran, tenían la pinta de ser clientes que van a leer el periódico, a platicar o simplemente a tomarse un café mañanero.

Nos sentamos en una de las tres mesitas del minúsculo café, el hombre que estaba detrás de la barra, un alemán de gran estatura que despachaba con diligencia las bebidas, se acercó amablemente y nos preguntó en perfecto español qué deseábamos tomar, pedí un chocolate y Ambrocio un café. Le dijimos sorprendidos que hablaba

muy bien español, sonrió al tiempo que respondía, “también francés, portugués e italiano”. Pasamos un momento de los más agradables esa mañana metidos en ese café minúsculo, como dos intrusos, observando la vida cotidiana de los alemanes.

La lluvia se volvió aguacero cuando nos dirigíamos al lago Titisee, en la Selva negra, orgullo de los alemanes; se dice que el lago recibe su nombre en honor a Tito, emperador romano que recorrió con sus legiones esa región del sur alemán y quedó impresionado de la belleza del lago. La Selva negra debe su nombre a la gran cantidad de pinos de gran altura que provocan una oscuridad aún de día al recorrer sus caminos, los romanos le llamaban *populus nigra*. Alrededor del lago hay tiendas de suvenires, restaurantes y cafeterías, su paisaje de postal provoca que los visitantes se enamoren del paisaje, la belleza del lugar es única e inspira una tranquilidad en medio del amenazante bosque de abetos que en momentos dan la sensación que van a devorar a los mirones que pasan por ahí. Al salir del lago y tomar carretera hacia Zúrich nos extraviamos en los caminos cuyo paisaje boscoso en momentos oscurecían y en otros clareaba demasiado por la tala, que, aunque moderada, existe.

Al atardecer llegamos a Suiza, a un hotel impecable, aunque modesto, pero con una preciosa vista al lago de “Los cuatro cantones”, que por encontrarse lejos del centro de la ciudad nos obligó a terminar comprando algo para la cena en un supermercado que estaba cerca. La calidad de vida de los suizos particularmente en Zúrich, su capital financiera, es muy alta, por consiguiente, todo es más caro que en el resto de Europa, así que unas galletas que en Frankfurt pueden costar dos euros, en Zúrich cuestan cinco, un bocadillo que en París cuesta tres euros, ahí seis y además las bolsas de plástico para el mandado no cuestan como en el resto de Europa un euro sino hasta cinco o diez.

El frío verano nos acompañó hasta Lucerna, una ciudad antigua, hermosa y un poco nostálgica. Sus casas y edificios bordean el lago, el mismo que el de Zúrich, llamado de “Los cuatro cantones”, y un extenso puente peatonal de madera construido en la Edad Media comunica los extremos. Aún se conservan algunas decoraciones originales, aunque ha sido reconstruido varias veces.

Suiza se distingue por sus grandes templos, que, aunque originalmente fueron católicos, la mayoría protestante los tomó para su servicio desde la propagación de esta corriente cristiana, por eso llama poderosamente la atención ver templos católicos en uso como el que en Lucerna se encuentra. De estilo barroco, fue construida en el siglo XVII y dedicada a San Francisco Javier. Su conservación y belleza son impecables, su fachada es discreta en comparación con su interior. Símbolo de la resistencia católica contra el calvinismo suizo en la época en que fue construida.

6. Venecia no es como la pintan

Apenas cruzamos la frontera con Suiza y el sabor latino se hizo sentir, las autopistas atestadas, la Internet fallando, los sanitarios de los paraderos en carretera en mal estado y por si fuera poco un extravío de horas para entrar a Milán porque había vialidades cerradas por remodelación. La guía, un poco desesperada, bajó en una de las calles céntricas para preguntarle a unos trabajadores que estaban haciendo una mudanza, cuál calle podía tomar para llegar a la Scala, el hombre alegó tanto en italiano, que nadie entendió si era izquierda o derecha, para adelante o para atrás. Finalmente tomamos la calle y empezamos a caminar, de pronto quedamos pasmados, llegamos a una plaza donde fuimos recibidos sin previo aviso por el gran Domo

de la catedral de Milán, aunque había una multitud paseando por la explanada, los cafés estaban a reventar de gente y el monumento a Víctor Emmanuel II, padre de la unificación italiana estaba atestado de palomas, nada, absolutamente nada impedía que esa gran mole ocupara la vista, imponente. Alguien que iba en el grupo dijo, “después de ver esto, no hay nada más que te pueda impresionar de Milán”.

De estilo gótico, es la catedral más grande de Italia y la tercera más grande del mundo, está dedicada a Santa María de la Natividad y su construcción se inició en el siglo XII y se terminó en el siglo XX. Al lado izquierdo de la plaza se encuentra la galería Víctor Emmanuel II, construida en el siglo XIX y se considera el primer centro comercial del mundo, en su largo pasillo hay restaurantes, tiendas de marca y hasta un hotel. La monumental construcción de soberbia belleza guarda uno de los ritos más ridículos que el turista hace cuando pasa por ella; ahí se encuentran en el suelo los escudos de armas de las tres capitales italianas: Roma, Venecia, Turín y también el de Milán. La leyenda urbana dice que, si la persona pone su talón arriba de los testículos del toro que representa a Turín y gira sobre ellos, regresará a Milán, así que la fila de espera para hacer el ridículo es interminable, sin contar con que el mosaico donde giran está sumido por tanto uso.

Al cruzar la galería se llega a otra plaza, muy modesta pero cuyo atractivo está en dos monumentos imprescindibles, en el centro, una estatua de Leonardo da Vinci y al cruzar la plaza el teatro la Scala, que aún se encuentra en uso y anuncia su programa anual en grandes marcos con cubierta de vidrio y precios accesibles. El conjunto de edificios que lo rodean conservan sus rasgos decimonónicos los que permite sentirse dentro de una película antigua. De regreso a la Plaza del Domo de la catedral y ya repuesta del asombro

que produce verla, reparamos en que la estatua de Víctor Emmanuel II que adorna el centro de la explanada a pesar de tener una gran cantidad de palomas a su alrededor ninguna se posa en su cabeza, este curioso hecho responde a que la cabeza del monumento está electrificada para evitar que los animales le depositen su guano al padre de la patria en la cara.

Ahí también, en una calle que desemboca en la plaza se encuentra la tienda original de cafeteras italianas, estas pequeñas jarritas que se ponen en la lumbre y nos permiten disfrutar de un rico café hervido. La tienda es sensacional, porque las venden de todos tamaños y colores, y solamente venden cafeteras italianas. Por la noche llegamos a Mestrom, una pequeña ciudad que forma parte de la región veneciana, ahí dormimos para llegar muy temprano al icónico lugar del turismo mundial y al que me había resistido conocer por la desconfianza que me produce tanta publicidad de sus góndolas y paseos románticos.

Aprovechando la mañana llegamos en un barco con mucha incertidumbre porque diariamente el nivel del agua sube y baja y de eso dependen la elección del puerto más adecuado para atracar o se autorizan los viajes en góndola. Son efectos naturales que la marea provoca y que directamente afectan a la ciudad de Venecia. Así que con suerte pudimos llegar hasta la plaza de San Marcos, ahí nuevamente la sensación de empedernecer, como en Milán ante el tamaño monumental de los palacios y la basílica, cuya fachada tiene un espléndido mural que con la luz del sol brilla como oro, la iglesia está dedicada a San Marcos como la plaza, donde queda de manifiesto la opulencia y la riqueza de los mercaderes venecianos que dominaban la navegación hace más de 1500 años.

Lo impresionante de Venecia no son sus góndolas, ni paseos románticos como las agencias de viajes suelen promocionarlo, sino

la belleza de la ciudad con sus calles medievales, las tiendas de sus pequeños comerciantes, sus monumentos, fachadas, plazas donde uno fácilmente se pierde y se encuentra. Es necesario salirse del perímetro de la plaza de San Marcos y dos calles más adelante se puede disfrutar la ciudad lejos de la muchedumbre. Una ciudad con más de 1500 años, rodeada de agua, compuesta por 118 pequeñas islas unidas por 400 puentes que está a merced de la marea y con una riqueza monumental de edificios bellamente decorados, innumerables iglesias y sin automóviles, es sin duda un lugar extraordinario.

Dada la cantidad de comercios que en ella existen y debido a lo estrecho de sus calles, es común ver a hombres que conducen diablos transportando las mercancías, que al grito de “Atencione”, todo transeúnte debe orillarse porque corre el riesgo de ser atropellado por estos ágiles trabajadores que pasan corriendo con las cargas. Junto al caos italiano, muy conocido por todos los latinos, llegamos al día siguiente a Florencia, volvimos a madrugar para evitar las grandes aglomeraciones en sus monumentos emblemáticos. Ahí, la circulación de los carros se cierra a las diez de la mañana en el centro de la ciudad para hacerlo peatonal, por evitar a la gente no pudimos evitar a las camionetas que circulan con choferes malhumorados que surten tiendas y restaurantes y conducen a una velocidad no muy adecuada porque el tiempo es corto para hacer su trabajo.

Recorrimos el centro de la ciudad estupefactos, empequeñecidos, perplejos ante su belleza, en la tierra de los Médici, de Dante, Maquiavelo, Petrarca, Leonardo da Vinci, Miguel Ángel, Rafael, Botticelli, la cuna del Renacimiento, sin duda, una ciudad que es en sí misma un museo. Una ciudad para ver, caminar, disfrutar y dejarse comer por el asombro que se esconde a la vuelta de la esquina.

7. Porque cinco días no son suficientes

A Roma llegamos por la tarde, con suficiente tiempo para salir a dar una vuelta al centro y cenar en Piazza Navona; con tantos días de viaje acumulado, el cansancio se empezaba a sentir, pero al mismo tiempo, el estar en la ciudad eterna me provocaba una sensación de descanso.

La guía, preocupada nos preguntó, por qué no seguiríamos con ellos la visita a otras ciudades, si nos quedaríamos solos en Roma, si sabríamos cómo movernos, si podrías llegar al aeropuerto, porqué habíamos decidido quedarnos más días y por qué en Roma; tal vez Monte Carlo le parecía más atractiva, pues ellos seguirían hasta allá. Le dijimos que no se preocupara, que estaríamos bien; lo que ella ignoraba es que nos urgía deshacernos de la corporación que con sus horarios y prisas provocaba más estrés que gozo.

Las razones de nuestra elección eran varias, primero porque Roma al igual que París son tal vez las dos ciudades más extraordinarias de Europa; otro motivo era que algunos años atrás frente al altar mayor de la Basílica de San Pedro en el Vaticano, tomé un respiro ante el maremágnum de gente que venía tras de mí, en grupos de turistas desesperados por tomarse la foto, me prometí volver algún día y ahora tendría la oportunidad de cumplir la promesa aprovechando que nuestra agencia de viajes nos había propuesto alargar la estancia ahí para que el costo de los vuelos bajara por el fin de la temporada alta. Y porque, además de todo lo anterior, Roma es Roma. Cinco días en Roma antes de regresar a México resultaba un manjar, con el mapa en la mano, explicado metafóricamente por la guía, que comparó el centro de la ciudad con el cuerpo de una mujer.

La lección recibida en París de poner el mapa de cabeza y buscar el Sena como una sonrisa, se transformaba ahora en un mapa

de cabeza donde las ruinas romanas que quedaban en la parte de arriba eran como su cabellera, el Altar de la Patria su cabeza, Piazza Navona y Fuente de Trevi sus brazos, la Vía del Corso su cuerpo y plaza del Popolo sus pies. Después de esta explicación sentimos como si hubiéramos conquistado la ciudad de los Césares. Cenamos en Piazza Navona, una extraordinaria explanada donde en su centro se encuentra la fuente de los Cuatro Ríos y en sus extremos la fuente del Moro y la fuente de Neptuno.

Aunque el espacio ha tenido diversos usos durante siglos, el secreto más celosamente guardado es que en su subsuelo existen cientos de catacumbas que fueron ocupadas por los cristianos primitivos a partir del siglo I y cuya traza laberíntica es una especie de ciudad subterránea, de la cual han llegado a sacar hasta 5000 esqueletos de los que se cree pertenecían a muchos que sepultaron estos espacios, escapando de la tradición romana de exhumar los cuerpos. Por eso cuando le pregunté al mesero por el baño me dijo, baje por esa puerta, llegará directo a las catacumbas.

Al siguiente día fuimos al Vaticano; después de recorrer los Museos, sentarnos un rato en la capilla Sixtina hasta sentir dolor de cuello por ver fijamente hacia arriba y llegar a la Basílica donde a San Pedro se le siguen borrando los dedos de los pies por la absurda creencia de que si se los tocan regresan a Roma, salimos a tomar un bocadillo a la plaza. Como era sábado me acerqué a la oficina de turismo a preguntar los horarios de la misa dominical y cuál era el trámite para asistir al Ángelus con el Papa; la persona que me atendió me dijo que las misas eran todo el día en la Basílica a partir de las nueve de la mañana. “¿Pero a qué horas hay que entrar para estar a tiempo para la misa?”, le pregunté, se sonrió y me dijo, los turistas no llegan temprano ni vienen a misa, usted puede llegar al cuarto a

las nueve y pasa sin ningún problema o aglomeración, igual, si quiere estar en el Ángelus con quince minutos antes es suficiente.

Al día siguiente madrugamos y entramos a la Basílica sin colas ni obstáculos, muy cerca del altar mayor había una valla de seguridad donde la gente se acercaba a tomar fotos, le dijimos al guardia que íbamos a misa y sin más preguntas nos dio el pase, la misa estaba comenzando en una de las capillas que están al fondo. Mientras el sacerdote oficiaba en italiano, los feligreses, como en la Torre de Babel, respondíamos cada uno en su idioma, yo estaba a un lado de unas piadosas japonesas, pero los que estaban atrás respondían en inglés. Al finalizar salimos a la plaza para esperar las doce del día y poder ver al Papa que se asoma desde una de las ventanas del Palacio Apostólico.

A las 11:30 la gente empezó a reunirse en la plaza bajo los rayos de sol de verano, muchos jóvenes que llegaban en pequeños grupos empezaban a gritar porras para el Papa en diversos idiomas, otros tendían en el suelo alguna prenda para sentarse, otros más ondeaban banderas de sus países, un grupo de religiosas hindúes que estaban atrás de nosotros gritaban y aplaudían, en cuestión de minutos el lugar estaba lleno de gente con un ánimo contagiante de alegría que hacía olvidar el sol. A las doce en punto el Papa salió y levantó la mano en señal de saludo, una exclamación de asombro y emoción resonó en la plaza entre aplausos, entonces una voz fuerte, clara y muy cercana a nosotros resonó, “fratelli e sorelli...”, la emoción de verle, de oírle, como hipnosis nos recorrió y todos guardamos un profundo silencio, nuevamente la Torre de Babel al unísono rezó el Ángelus guiados por el Papa Francisco; quince minutos duró la magia, al retirarse de la ventana, la plaza que había permanecido paralizada nuevamente se inundó de murmullos y se vació. Todos o

quizá la mayoría tomamos rumbo al centro de Roma, con un corazón alegre y un espíritu lleno.

Los siguientes días recorrimos todo el centro de la ciudad, rápidamente aprendimos que comer cerca de los monumentos famosos duplica el precio que, si uno se aleja tres o cuatro cuadras, que cada iglesia es un museo, que la cerveza es buena y variada, que los espaguetis se comen calientes y con pomodoro fresco, que las pizzas son de queso y tomate y su masa no es esponjosa y sí muy delgada. Que los italianos tienen debilidad por el reggaetón y creen que a todos los latinoamericanos nos gusta. Que la mejor forma de conocer la ciudad es caminar sus calles, perderse en sus callejones, seducirse por sus ruinas, su comida, sus museos, sus plazas, sus bulevares. Tomar agua de sus grifos callejeros, sentarse en cualquier sombra para ver su paisaje.

Roma, la ciudad eterna, de romanos, cristianos, renacentistas, comunistas, fascistas, mafias; la Roma de los Césares, los Papas, de Miguel Ángel, de Mussolini, de Olivetti, de Mastroianni, de Fellini, de Sophia Loren, con su fuente de Trevi que no descansa de mirones las 24 horas, su Coliseo icono de postales, su espléndido Altar de la Patria, su silencioso río Tíber, su seductor barrio Trastévere, su Panteón romano testigo de la fe, su asoleada Piazza del Popolo, su Rómulo y Remo.

Esta ciudad vieja muy diferente a otras metrópolis europeas, conserva una grandeza histórica que más allá de sus monumentos, es la cuna de Occidente, no en el sentido culto como se piensa de Grecia, sino en la fuerza de un pensamiento del que somos herederos, la memoria histórica, la conservación del paisaje, la fuerza y el carácter de ser latinos.

De Londres a París

1. Donde gobierna la Corona

Llegamos al aeropuerto de Londres a las ocho de la noche y tardamos cerca de una hora en pasar los controles de aduana, en una larga fila entre chinos, árabes e hindúes. Por primera vez pude ver musulmanes ataviados con sus trajes blancos y su elegante turbante acompañados de la fuerte imagen que contrasta con ellos, sus mujeres vestidas con burka, todas de negro.

Al tomar el taxi vi muy de cerca cómo les daban la bienvenida otro grupo que vestía igual, juntos serían cerca de treinta, o más, entre hombres y mujeres. Al verlos tan distintos a occidente, uno puede explicarse la tara cultural por la exacerbada seguridad europea y un tanto la psicosis permanente por la presencia musulmana. Ahí están conviviendo con ellos y arribando a Europa diariamente, no tanto como migrantes que llegan en las pequeñas embarcaciones a pedir asilo; sino llegando en vuelos comerciales y pasando legalmente las aduanas.

Londres es una ciudad ecléctica, desordenada arquitectónicamente, estrecha y multifacética, en una calle se pueden apreciar edificios de épocas diferentes desde los más viejos hasta los

más modernos, da igual, en este lugar cuna del capitalismo, lo importante es que cada edificación sea funcional para que la economía fluya. El turismo gravita en la órbita de la Corona inglesa, por multitudes se acude en tropel al cambio de guardia en el Palacio de Buckingham, aunque a diez cuadras a la redonda no exista un baño público para atender las necesidades de los visitantes, cuando pregunté por qué, la respuesta fue, “a nadie de Londres le importa, finalmente los turistas siguen acudiendo y no son prioridad para la economía del país”.

Windsor es un pequeño pueblo a casi una hora de Londres, hay multitud de tiendas de suvenires con gran diversidad de artículos donde aparecen impresos la Reina Isabel, los príncipes, las princesas y toda la familia real. Se puede llevar a casa su fotografía en llaveros, abanicos, paraguas, pañoletas, etc. Como la mayoría de la gente en Londres trabaja en oficinas, poco tiempo tiene de comer, lo más popular es el “fish and chips”. Una chica italiana que se encontraba en un puesto de información turística me dijo que era difícil encontrar buena comida en la ciudad, “y usted como mexicana sabe de lo que hablo porque yo vengo de Italia y ambas cocinas son de las mejores del mundo”.

Algunos palacios reales se pueden visitar cuando la Reina no se encuentra en ellos y solo ciertas galerías, todas ostentosas. Al recorrerlas no puede uno dejar de pensar que esa riqueza y poder está fincado en miles de esclavos, abusos, guerras, explotación. Es el presente, donde están de pie sobre una historia de abusos coloniales. No es la misma sensación cuando se visita Versalles o cualquier otro castillo de monarcas derrotados donde al final del día se pueda proclamar la libertad, igualdad y fraternidad, no, aquí el orgullo y la riqueza siguen de pie endulzados con historias de reyes y princesas

que se esfuerzan por parecer simpáticos y cosmopolitas, modernos e inofensivos.

Los camiones rojos de dos pisos forman parte del paisaje de la ciudad, como en las películas, sin embargo, basta mirar detenidamente a sus pasajeros para encontrar caras de hastío y cansancio. Los pubs siempre atestados de gente están penetrados a tabaco, aunque en la mayoría esté prohibido fumar, se come bien, se toma buena cerveza, pero son viejos y caóticos. Ahí sólo se habla inglés y a nadie le importa si el cliente entiende o no lo que dicen, los controles para conducir automóviles están a la derecha y para cruzar las calles siempre se debe ver en sentido opuesto.

Cruzar el Euro túnel no es grato, encierran los vehículos en una especie de vagones de tren y hay que apagar los motores y durante los veinte minutos que dura la travesía hay que soportar el calor del encierro. Pero lo verdaderamente triste es que el Big Ben no suena porque ensordece a los trabajadores que durante años trabajarán remozando la torre donde se encuentra.

2. La bruselización está de moda

Estaba cayendo la tarde cuando llegamos a Bruselas, apenas nos dio tiempo de instalarnos en el hotel para ir a cenar a un restaurante cercano antes de internarnos de lleno en la Gran Plaza, tantas veces vista en televisión, tantas veces alabada por su belleza, tantas veces admirada por su valor artístico.

Eran las diez de la noche y el sol todavía iluminaba el cielo, el verano europeo se disfruta en todas las calles por la gente que sale a caminar, beber un trago o simplemente ver el mundo antes de que el largo y frío invierno los vuelva a encerrar en sus casas y departamentos

por meses enteros. Comprendí lo injusto que resulta para nosotros, los habitantes de un país tropical como México esa imposición capitalista del horario de verano. Mientras en Europa hay sol desde las cinco de la mañana hasta las diez de la noche, en países como el nuestro tenemos siempre que prender la luz por la mañana o por la noche.

Había terminado de oscurecer cuando entramos por calles estrechas a la Gran Plaza, toda completamente iluminada, con gran bullicio, música, tiendas y bares. Busqué sobre cada uno de los edificios las esculturas de los gremios al que pertenecieron durante siglos estas construcciones y ahí estaban el de los zapateros, carniceros, panaderos, etc. Frente a nuestro hotel que estaba en el casco histórico, derrumbaban con grandes máquinas un edificio que parecía de los años 70; nos contaron que eso era muy común en la ciudad, ya que todos los días se tumbaban los que estaban obsoletos para construir otros más funcionales y como Bruselas es la sede de la Unión Europea siempre se están requiriendo más y mejores espacios para albergar oficinas internacionales y personas que llegan del todo el continente a trabajar.

Rupert, un español que tiene muchos años visitando la ciudad nos contó que la destrucción lleva décadas, “poco a poco la ciudad antigua ha ido desapareciendo, en aras de la funcionalidad de los poderes europeos, se le conoce como bruselización a esta terrible destrucción de lo antiguo, lo peor es que ha ido achicando el centro y cada día se ve más reducido el casco histórico”. Era la primera vez que escuchaba el término y efectivamente, es la definición peyorativa que el urbanismo ha adoptado para las transformaciones radicales y especulativas del centro histórico de una ciudad.

Al siguiente día volvimos a recorrer sus calles, con la luz del día pude ver cada detalle de sus edificios, disfrutar ese paisaje que transporta al pasado con tan solo pararse a mirarlo. El niño meón a

pocas cuabras nos esperaba sonriendo, en esta ocasión vestido de colombiano, muy querido por todos, es un emblema nacional que en la fiesta de la patria mea cerveza por 24 horas. Me fui de Bruselas con sentimientos encontrados, por un lado, hechizada por la belleza de sus edificios, por el otro con la náusea de ver cómo el capitalismo lo devora todo, el paisaje, la memoria, la belleza y la historia.

3. La ciudad del pecado

Recorrimos varias ciudades en un mismo día, íbamos camino a Ámsterdam así que brevemente paramos en el gran puerto de Róterdam donde comimos ensalada, huevos fritos y pan del día, de ahí nos fuimos a la Haya y probamos el pay de queso más exquisito de nuestras vidas; ya por la tarde nos hospedamos muy cerca de uno de los aeropuertos más grandes de Europa, el Schiphol con 51 millones de viajeros al año.

Ámsterdam es una ciudad bella, la gran cantidad de canales que la cruzan le han ganado el nombre de la Venecia del Norte, aunque muchos no se ponen de acuerdo porque también así y por los mismos motivos le llaman a Brujas, una de las ciudades belgas más hermosas y otrora un importante muelle que la hizo muy rica por la gran cantidad de comercio que entraba por ahí. Pero regresando a Ámsterdam, ya famosa por su cerveza de calidad mundial, es también para la moral cristiana una ciudad de pecado; aquí la prostitución y la marihuana son legales. De ahí que unos de los atractivos turísticos sea el barrio rojo, donde se encuentran las famosas vitrinas donde las mujeres en poca ropa se dejan apreciar por los transeúntes, pero es tal el morbo que despiertan en los turistas, que están reglamentados los tours a estos lugares porque las pequeñas calleci-

tas donde están ubicadas lucen repletas de gente todo el tiempo; así los turistas solo pueden ir en grupos no mayores de veinte personas y tienen prohibido detenerse a verlas y tomarles fotos.

Cuando la noche cae, el centro de la ciudad se vuelve una gran fiesta, donde los turistas se confunden con los residentes en las calles y canales, gente de todas las edades, jóvenes y viejos pueblan los canales, plazas e innumerables bares para beber, fumar o platicar. La belleza de la ciudad se funde con el placer, el aliento de libertad que la ciudad respira le va muy bien con la seguridad pública, casi todo está permitido, pero también todo parece funcionar en un ambiente muy civilizado donde lo único que altera el orden es el bullicio de sus paseantes.

Al otro día muy de mañana regresamos a recorrer el centro con más tranquilidad, muchos comercios aún cerrados permitieron apreciar más los monumentos y joyas arquitectónicas. Rita, nuestra guía, una mujer gorda que ronda ya casi los 70 años nos platicó que estaba feliz porque esa era la sexta semana consecutiva que había sol, lo que permitía salir diariamente a la calle sin tener que cuidarse de la lluvia. “En Holanda —explicaba— el tiempo es muy cambiante y casi siempre está lloviendo, ahora tenemos seis semanas que no llueve y para nosotros es bueno porque salimos a pasear”. Mientras eso decía, un hombre trasnochado pasó cerca de nosotros y empezó a gritarle en holandés, ella le contestó en el mismo tono y él se lanzó contra ella que, con el paraguas cerrado, lo utilizó como esgrima; el hombre asustado se fue corriendo mientras Rita le tomaba fotos con el celular. Un tanto alterada aún, nos explicó que en los últimos años había gente que se molestaba cuando veía turistas, porque los culpaban del sobrepoblamiento de la ciudad en verano, pero que a ella no le parecía correcto que eso sucediera. “Yo nací en Ámsterdam y me gusta que la gente venga y poder mostrarles mi ciudad, los que

vienen de otras partes también tienen derecho a disfrutarla porque es muy bonita”, terminó diciendo.

Más tarde nos fuimos a Volendam y Merkel, los pueblos de pescadores más emblemáticos del Mar del Norte, rodeados por agua, recorrimos grandes extensiones de tierra a varios metros abajo del nivel del mar. Comimos arenque, el pescado típico que se engulle crudo sólo acompañado de cebolla y limón y cuyo sabor intenso pero único deja en la boca un recuerdo inolvidable de esos lugares. Después fuimos a la fábrica de quesos, probamos de todos los tipos, colores y combinaciones, era como un pequeño paraíso holandés, con olor a vacas y productos lácteos.

Al siguiente día abandonamos Ámsterdam para seguir a Colonia en Alemania, visitar su imponente catedral, después navegar por el Rin bebiendo cerveza y comiendo pollo frito para llegar a Frankfurt, de ahí a Reims, Francia donde también hay una gran catedral gótica para finalmente llegar a París.

De Aranjuez a Granada

1. La emoción de volver

El cielo de Madrid volvió a sacarme lágrimas como la primera vez que llegué al aeropuerto de Barajas, era cerca del mediodía y parada en la puerta lloré de emoción al estar nuevamente en la vieja Europa. Es una emoción extraña, porque es como si de pronto estuviera en un lugar que es propio y ajeno al mismo tiempo. Propio, porque hay tantas cosas que he visto y leído de esta tierra, que cuando llego, las reconozco de inmediato como mías; pero ajeno, porque sé que estoy a miles de kilómetros de casa y que un océano me separa de mis cosas cotidianas.

Recorrimos las avenidas a toda velocidad, en un taxi cuyo chofer mudo y con un mal gesto nos mostró que habíamos llegado al hotel, poco nos importó su trato agrio, porque nuestro entusiasmo era más grande. Instalados frente a la estación de trenes de Atocha, afinamos los relojes con el nuevo huso horario, activamos el servicio de Internet y nos comimos el último pan del Globo que generosamente Mao, uno de nuestros editores nos había obsequiado en Monterrey “para el viaje”. Cargados de energía y después de estudiar el mapa, salimos a caminar rumbo al Museo del Prado. Entramos a un

pequeño restaurante, donde un viejo mesero con cara de hartazgo nos atendió, aunque muy profesional en su servicio nos ofreció paella como menú del día; esa tarde anduvimos Madrid reconociendo lo ya conocido, era la cuarta ocasión que estaba ahí, y aunque las calles y monumentos son los mismos la experiencia siempre es distinta.

Al salir del restaurante, nos fuimos al Museo del Prado, para mi grata sorpresa estaba una exposición de Fra Angélico, uno de los pintores tempranos del Renacimiento; la exposición se promocionaba con el cuadro más conocido del pintor “La Anunciación”; pero se eligió un fragmento de la imagen donde aparecen en segundo plano Adán y Eva saliendo del paraíso; pensé que tal vez era para darle un tono más terrenal y menos religioso a la publicidad, pero sin duda me pareció desafortunada porque se descontextualiza la obra en su conjunto que es muy bella. Aprovechamos para visitar el Edificio de la Real Academia de la Lengua que está a un costado del Museo y disfrutar la fachada de la iglesia de San Jerónimo del Real donde se dice que Carlos V tenía por costumbre retirarse a orar. De regreso al hotel caminamos por el Paseo del Prado para disfrutar el monumento a Goya, la fuente de Neptuno y la soberbia estatua de Velázquez, el gran pintor español, cuya obra alberga el museo.

Por la noche fuimos a la Puerta del Sol, rebozaba de gente, como una torre de Babel, nos confundimos en las calles con turistas, parroquianos y vendedores ambulantes de origen africano que dedican gran parte de su tiempo a esquivar a la policía. En el kilómetro cero estaba un grupo de Mariachis que cantaba y pedía dinero; como las multitudes no son mi fuerte, comimos un bocadillo en una cafetería y nos fuimos a luchar en contra del insomnio que da la primera noche con el cambio de horario.

2. El Versalles español

Al siguiente día indagamos cómo visitar el Palacio de Aranjuez, la guía nos dijo que en Atocha tomáramos un tren de cercanías, que pasaba por muchos pueblos, pero el destino final era Aranjuez. Por unos cuantos euros la máquina expendedora nos aventó dos boletos, fue entonces cuando entramos a la España profunda sentados en un vagón, viendo gente subir y bajar, en pláticas ordinarias, con sus asuntos de rutina; jovencitas, señoras, trabajadores manuales, todos en un trajín, indiferentes a nuestras miradas.

De pueblo en pueblo la gente subía y bajaba, El Casar, Gadafe, Pinto, Valdemoro, Cienpuzuelos y finalmente, después de media hora llegamos a Aranjuez. Bajamos junto con todos los pasajeros, pues ahí se acababa la ruta; como no sabíamos dónde estaba el Palacio, seguimos a la gente, algunos tomaron un camión que estaba estacionado fuera de la estación, otros subieron a taxis, pero la gran mayoría empezó a caminar hacia un mismo rumbo, los seguimos por pura intuición y llegamos a una larga calle arbolada que tenía un ancho andador de tierra, a unos cuantos pasos encontramos un gran mapa que nos indicaba dónde estábamos, dónde el palacio y dónde el pueblo.

Para nuestro destino bastaba que siguiéramos caminando recto para llegar al palacio, después de diez minutos entramos a una amplia explanada, al fondo una construcción muy grande pero de fachadas descuidadas, no se veía imponente pero sí extensa, dispuestos a cruzar el espacio para llegar a ella vimos parado un trenecito rústico, nos acercamos y el chofer nos indicó con una seña la ventanilla de una pequeña cabina donde se vendían los boletos, eran cerca de las doce del día y la mujer que nos atendió dijo apurada, “ya estoy cerrando, no se pueden bajar del tren en ninguna para-

da porque este es el último del día”, el boleto decía Chiquitren de Aranjuez, un euro. Subimos con otros pocos pasajeros e iniciamos el recorrido turístico; el Chiquitren nos llevó al pueblo que estaba a una distancia de diez cuadras, ahí nos mostraron los edificios más emblemáticos, después fuimos a los jardines del palacio y al término de una hora, el recorrido llegó a su fin en el mismo lugar donde había empezado.

Ahora sí cruzamos la explanada y entramos al palacio, ahí las tarifas para recorrerlo eran de nueve euros, pero los profesores entraban gratis, entonces pregunté, “¿Sólo los profesores de España o los de todo el mundo?”. Sonriendo, la mujer que estaba en la taquilla dijo, “los profesores son profesores en cualquier parte del mundo siempre y cuando tengan su credencial vigente”; sacamos las de la Universidad Autónoma de Tamaulipas, las observó y oprimió un botón que nos escupió dos boletos con un costo de cero euros.

Fue entonces cuando empezó una de las experiencias más extraordinarias que he vivido en este viaje, caminamos por salas y salas y más salas repletas de pinturas espléndidas, muebles elegantes, acabados de tapices y lujosas decoraciones cuya sola contemplación alegra el alma, sublima los sentidos; pero tal vez lo más extraordinario fue poder recorrer todo el palacio sin más visitantes que nosotros, casi al final me acerqué a una guardia que discreta nos observaba en una de las salas; le pregunté que si por lo general el palacio tenía pocos visitantes, “casi siempre está solo”; nos dijo que “los fines de semana es cuando hay un poquito más gente que viene de Madrid, casi no viene gente del extranjero, todos los turistas se los llevan para Toledo pero nadie promociona Aranjuez”; le comenté que el lugar me recordaba Versalles, en Francia, con la salvedad que aquí uno puede disfrutar el recorrido sin lidiar con las multitudes; la guardia, una joven que no pasaría de los 25 años bajando la voz me

dijo, “yo nunca he ido a Francia, pero creo que esto es muy bonito como para que el gobierno no lo promocioe, yo soy de Aranjuez y me gustaría que viniera más gente a conocerlo, podérselos mostrar, porque nosotros estamos muy orgullosos de tenerlo aquí”, seguimos el recorrido y me fui pensando que tan bueno era que siguiera así, sin la presencia del mal llamado turismo cultural que sólo busca la foto sin valorar el patrimonio.

Ya casi en la última sala nos abordó un hombre de edad avanzada que nos había escuchado platicar y nos contó que él se había ido a vivir a Aranjuez con su familia ya retirado de trabajar y que iba diariamente al palacio a disfrutarlo, retomó la plática de los pocos visitantes y nos contó de la problemática de los bienes culturales en España, algunos en propiedad de los ayuntamientos otros del gobierno nacional, los presupuestos, las riñas entre funcionarios. Desnudó la difícil situación del patrimonio cultural y los presupuestos.

Salimos cerca de las tres de la tarde del palacio, gozosos de ver tanta belleza; con hambre, nos encaminamos hacia el pueblo para buscar dónde comer, era tal vez la hora de la siesta porque todo se encontraba cerrado y las calles vacías, pero hallamos un discreto restaurante “La Almazara”, que ofrecía el menú del día con tres platos y postre incluido por diez euros, entramos al local vacío, solo ocupado al fondo por una familia que al parecer eran los propietarios. Un joven se levantó de la mesa, nos acercó las cartas del menú y nos hizo recomendaciones de platillos.

Cerca de las cuatro de la tarde regresamos a la estación de trenes, preguntamos por el que iba para Atocha, nos dijo una señora que estaba por salir y que ella iba a Sol; nos subimos dudando si estábamos en la dirección correcta, después de un rato, Ambrocio me susurró, “lo que quiso decir la señora es que va a la parada de la Puerta del Sol, es decir, al mero centro de Madrid”; en seguida me

empezó a contar que él había venido a Aranjuez en 1990 con un grupo de amigos, “veníamos ya muy tarde por carretera y un español que nos acompañaba nos trajo para mostrarnos, como él le llamaba, el palacio más bonito de España, solo lo vimos por fuera porque era de noche, lo recuerdo muy grande y majestuoso, esa imagen se me quedó grabada y siempre había querido regresar”.

Le respondí que yo había conocido la palabra Aranjuez por el concierto de Joaquín Rodrigo cuando en la adolescencia me empezaba a aficionar por la música clásica, “ya en la universidad me enteré que era un palacio donde los reyes venían a cazar desde la época de Isabel la Católica y mucho tiempo después supe que era el nombre de un pueblo cercano a Madrid”, y agregué, “ahora sé que es el Versalles español”; reímos y abrazados nos bajamos en Atocha como el otro Joaquín, sí, Joaquín Sabina.

3. En el camino a Santiago

Muy de mañana salimos de Madrid rumbo a Santiago de Compostela por carretera, en autocar pudimos observar a lo lejos el Valle de los Caídos y el Escorial o el pudridero de los reyes, como se le conoce popularmente, ahí estuvimos la primera vez que venimos juntos a España Ambrocio y yo; en el 2002 se promocionaba un tour de medio día desde Madrid para visitar estos dos lugares por su cercanía el uno de otro, incluida la tumba del Francisco Franco, desde entonces nos parecía un exceso que se promocionara un lugar como el mausoleo del dictador como parte de los atractivos turísticos. Pero a pesar de eso, aquel paseo había valido la pena porque el palacio del Escorial es una verdadera joya arquitectónica y de belleza monumental.

Entre recuerdo y recuerdo de aquella visita llegamos a Segovia, imponente frente a nosotros se reveló el gran acueducto de la ciudad, casi con dos mil años de antigüedad, piedra sobre piedra, perfectamente conservado, cualquiera enmudece ante tan impresionante obra de ingeniería romana. Piedra sobre piedra sin ningún tipo de argamasa, arco sobre arco, se pierde en el horizonte, ante la mirada atónita del transeúnte tan pequeño, insignificante, tan pasajero y breve como la vida misma. El acueducto no sólo se ve, se puede sentir con sus dos milenios a cuestas, nos habla y nos hechiza, algo susurra y, quien se detiene bajo sus arcos, simplemente no quiere irse, no quiere dejar de mirarlo.

Fundada por los romanos en el siglo I, Segovia además del acueducto, tiene otros importantes edificios como el Alcázar donde hace algunos siglos vivieron los reyes españoles, el monasterio de San Antonio Real y la catedral gótica de Santa María, además de las murallas de la ciudad. Caminar la ciudad vieja es como entrar en la época medieval, con estrechas calles, casas con puertas y ventanas pequeñas, calles que se amontonan laberínticas entre arcos, decorados y piedras macizas. Los miradores, los nombres de las calles, las placas que cuentan hechos históricos de cada sitio embelesan hasta sentirse dentro de un set cinematográfico.

Gozosos continuamos nuestro viaje e hicimos parada en Ávila, era casi medio día y no había superado aún el asombro de la monumental Segovia cuando apareció frente a nosotros la ciudad amurallada tantas veces vista en las películas y series que hablan de la vida de Santa Teresa de Jesús. Entramos a la ciudad a través de una escalera eléctrica situada dentro de una construcción que parecía convento, museo y espacio turístico.

Impregnada de un ambiente religioso, se respira en sus calles una tranquilidad medieval, santidad, misticismo, las calles al igual

que Segovia son estrechas y antiguas, las casas viejas y hermosas. Parece como si el espíritu de Santa Teresa de Jesús habitara en ella, comimos en uno de sus muchos restaurantes una ternera que según decía el menú era de la región, once euros y postre incluido, visitamos la catedral de Cristo Salvador de estilo gótico que forma parte de la fortaleza de la ciudad fundada también por los romanos y cuyo atractivo principal es que se conserva intacta la muralla que fue construida en estilo románico cerca del siglo XI durante la reconquista española, tiene nueve puertas y 87 torreones que protegen la totalidad de la ciudad. Después de comer y caminar sus calles principales seguimos la ruta hacia el norte con destino a Salamanca, mientras veía los campos españoles por la ventanilla del autocar, muy cerca de Zamora recordé al poeta León Felipe, nacido en Tábara y quien decía en su poema: “¡Qué lástima/que yo no tenga comarca, /patria chica, tierra provinciana!/Debí nacer en la entraña/de la estepa castellana/y fui a nacer en un pueblo del que no recuerdo nada;/pasé los días azules de mi infancia en Salamanca,/y mi juventud, una juventud sombría, en la Montaña”. Sentí tristeza por el poeta que con tanta fuerza leí en mi adolescencia, ahora muchos años después estaba en su tierra, esa que él nunca volvió a ver desde su destierro a causa de la Guerra Civil Española.

Llegamos a Salamanca por la tarde, su plaza mayor estaba repleta de cafés al aire libre y llena de música y ambiente, con las tunas universitarias que amenizaban la noche. Hicimos un rápido recorrido por algunos edificios de la Universidad de Salamanca, la más antigua de España y del mundo hispano con mil años de existencia y la catedral, llamada la nueva porque se construyó junto a la vieja haciendo una sola construcción que duró desde el siglo XVI hasta el XVIII, aproximadamente. Su atractivo moderno es que en el decorado del pórtico aparece un astronauta entre todas las figuras

originales labrado en cantera siguiendo el estilo del esculpido. Para el asombro de muchos, esta figura fue colocada a fines del siglo XX como parte de la restauración que se hizo en esa puerta y que sirve para medir el deterioro de la piedra, ya que el terreno sufre problemas graves de humedad por la cercanía del río Tormes.

4. Muy cerca del Atlántico

Llegamos a Santiago de Compostela el mero día de Santiago Apóstol, los festejos por parte de las autoridades municipales habían terminado, pero la ciudad seguía vigilada por un gran cordón de seguridad; aun así, los peregrinos que no cesaban en llegar pasaban con bastante rapidez las revisiones. Entramos siguiendo el camino hasta la plaza del Obradoiro e hicimos una larga fila para entrar a la catedral donde se encuentra la tumba del apóstol Santiago, no sin antes pasar por atrás del altar donde está su busto, por la forma en que se accede, la figura queda de espaldas a la fila de peregrinos, que llegan a él de uno en uno haciendo un rito peculiarmente español, se le abraza con afecto en forma de saludo y en seguida se baja a la tumba, que es una pequeña cueva de puerta muy estrecha.

Adentro hay una fuerza muy viva que derrumba la indiferencia de cualquiera que llega hasta ahí porque se siente reconfortado, con ganas de quedarse en una tranquilidad indescriptible. Algunos se arrodillan y rezan, otros permanecen en silencio, otros lloran, algunos más simplemente no saben qué hacer, pero se sienten bien, aliviados de las cargas de la vida. Al salir todos sonrían, como curados de los males del mundo. Afuera llovía suave, hasta entonces sentimos hambre, recorrimos las calles aledañas a la gran catedral y nos refugiamos en una pequeña taberna donde nos sirvieron comida

gallega, llenadora, barata y sabrosa; la tarde la dedicamos a visitar los edificios del casco antiguo, la alegría de los peregrinos se sentía en todas partes, la lluvia no importaba, muchos bebían cerveza en las terrazas de los bares, se respiraba un ambiente de tranquilidad. En la plaza se preparaba un gran escenario para festejar el día de Santiago Apostol con música, pero el cansancio nos venció de tanto andar y nos fuimos a dormir temprano.

Los siguientes días bajamos a Portugal, pasamos por varios pueblos de pescadores antes de llegar a Oporto donde experimentamos el transporte urbano local. Investigamos dónde y cómo funcionaban las rutas urbanas de pasajeros y preguntando en español con respuestas en portugués nos subimos a un autobús que nos llevó del hotel al centro de la ciudad. Nunca antes habíamos estado en Oporto y no teníamos idea de cómo era la ciudad, pero nos guiamos con la parada más céntrica, “Aliados” es el nombre, de ahí a cualquier lugar por donde se camine, la ciudad hechiza con sus bellas fachadas de azulejos: casas, iglesias, edificios, interiores, exteriores. Ya estando en la ciudad nos enteramos que no estábamos hospedados en Oporto sino en Vila Nova de Gaia que está al otro lado del río Duero y que se cruza de una ciudad a otra por diversos puentes, el más famoso es el diseñado por el arquitecto Eiffel cuya avenida lleva su nombre, pero el puente se llama Luiz I. Es una zona conurbada.

Con una mirada espectacular sobre el río Duero, la ciudad se puede caminar por cualquier parte y se encontrará belleza, los paisajes del atardecer frente al río son verdaderas postales, sus bodegas de vino y su comida, sabrosa, abundante y con precios que van desde cinco euros en adelante con entrada, plato fuerte y postre, sobre todo los famosos pastelitos de Belén, que son una especie de pay de queso exquisito. La ciudad derrocha belleza y los carros se detienen cuando uno va a cruzar la calle, la gente amable, dispuesta a ayudar

cuando se le pregunta algo. Oporto es un lugar de mar donde se respira sin humedad ni salitre, un lugar para disfrutar viendo sólo el paisaje. De ahí nos fuimos a Fátima para escuchar misa dominical en portugués, visitamos la tumba de los pastorcitos y después de comer un bocadillo de jamón con queso de cabra enfilamos a Lisboa donde anduvimos nuevamente sus calles, el extraordinario río Tajo que alcanza cuatro kilómetros de ancho en su desembocadura al Atlántico, volvimos a Estoril, Cascais y Sintra donde visitamos uno de los palacios del rey, muy pobre en su decoración y bastante deteriorado.

Antes de regresarnos a Madrid visitando cuatro ciudades emblemáticas del sur de España con sus monumentos, en Mérida su teatro romano, en Córdoba la catedral de los 800 arcos, en Sevilla la catedral donde por cierto vi, entre otros muchos tesoros, el lagarto y nos refrescamos tomándonos unas bebidas en el monumental Alcázar; finalmente en Granada disfrutamos la Alhambra y la catedral.

Llegando a Madrid nos hospedamos en un hotel ubicado en el Paseo de la Castellana; por la tarde salimos a buscar que comer, en las calles aledañas entramos a un café del barrio donde nos sirvieron de cortesía unas tapas de sardina, exquisitas y ya con poca hambre, después de comerlas nos despedimos del viejo continente con una sartén de papas, morrones y huevo.

Índice

Prólogo	15
---------------	----

PRIMERA PARTE

El paisaje tamaulipeco

El patrimonio cultural de Tamaulipas	19
1. Pensar el patrimonio cultural	19
2. Una tarea pendiente	21
3. Una historia para Tamaulipas	23
4. Aquí es Aridoamérica	26
5. El Norte es sólo para valientes	28
6. Los dichos de José Vasconcelos	29
La Sierra Madre	35
1. El balcón y sus antiguos habitantes	35
2. Un trozo del Camino Real	38
En busca de los talladores de lechuguilla	41
1. Magueyes era el destino	41
2. La travesía a Carrizo	43
3. Por donde cruza el Chihue	45
Tampico hermoso	47
La vuelta al mundo	53
Amo la frontera chica	57
Un Chorrito que renace	59
En busca de una tradición propia	61

SEGUNDA PARTE

El paisaje urbano de Ciudad Victoria

La memoria de los victorenses	65
1. Victoria de mis entrañas	68
2. El encanto endemoniado del San Marcos	70
3. Un patrimonio victorense para el futuro	72
4. La belleza escondida de Victoria	74
5. Cuando éramos felices	76
6. Nos han abandonado	77
7. Sueño con una Victoria bella	79
8. Disfrutar la Sierra Madre	81

TERCERA PARTE

Lo íntimo y cercano

Qué bonito se vive en Tamatán	87
Graciela por siempre	91
Adiós a una amiga	95
El día más importante	99
Débora ¿dónde estás?	101
Mi amigo Juan	105
Un hombre bueno	107
Escuchar al maestro	111
El poeta en mis recuerdos	115

Marko: el escritor de la voz madura	119
Historia de un hombre que ama la vida	123

CUARTA PARTE

Otros paisajes

De Roma a París	127
1. Ciudad eterna, ciudad infinita	127
2. El eterno horror de Pompeya	129
3. No solo es una torre inclinada	131
4. La ciudad que derrocha belleza	133
5. París por siempre	135
6. Santuario de pimer mundo	136
7. Fronteras de guerra	138
8. Del shopping al monasterio	140
9. La ciudad que hechiza	142
10. En la puerta de la cristiandad	144
De Berlín a Budapest	147
1. Las ruinas de Berlín	147
2. Una ciudad sin preocupaciones	149
3. La ciudad en llamas	150
4. El paisaje pequeño y cercano	152
5. La más bella de todas	154

De Madrid a Lisboa	157
1. Para enamorarse de Madrid	157
2. En la boca del infierno	159
De París a Roma	161
1. La ciudad de la sonrisa	161
2. Más allá del barrio Rojo	165
3. Cerca del Mar del Norte	167
4. Un paisaje de calendario	169
5. El frío verano en la Selva negra	171
6. Venecia no es como la pintan	173
7. Porque cinco días no son suficientes	177
De Londres a París	181
1. Donde gobierna la Corona	181
2. La bruselización está de moda	183
3. La ciudad del pecado	185
De Aranjuez a Granada	189
1. La emoción de volver	189
2. El Versalles español	191
3. En el camino a Santiago	194
4. Muy cerca del Atlántico	197



*Victoria de mis entrañas
y otros paisajes culturales*
Clara García Sáenz

Este libro se terminó de imprimir
el 30 de noviembre de 2020,
se utilizó el tipo de letra de la
familia Gandhi Serif en 12 y 14 puntos.
Se imprimió en papel cultural.
Su tiraje fue de 800 ejemplares.

VICTORIA

de mis entrañas

Los generosos textos que integran esta obra consolidan a Clara García Sáenz como ensayista luego de haber incursionado como articulista y columnista en revistas y periódicos de la región. La comunicóloga, historiadora (UAT) y candidata a doctora en Ciencias Sociales (Coltam) conduce amorosamente al lector por algunos de los sitios venerables de Victoria, ciudad a la que llegó en su primera juventud para prepararse profesionalmente. Aquí se quedó porque terminando la licenciatura se integró al equipo de la Dirección de Difusión Cultural en la universidad estatal donde funge como Coordinadora de Planeación.

Victoria de mis entrañas es un paseo por el paisaje de esta capital y sus alrededores enriquecido con relatos de los múltiples viajes que ha realizado esta profesora universitaria por varios países del viejo continente demostrando con sus magníficamente redactados párrafos que escribir sobre la ciudad que la vio madurar profesionalmente no es un ejercicio nostálgico o sentimentalista sino una valoración estética de las fortalezas y virtudes de la región aderezadas con el conocimiento de otras geografías, culturas y paisajes de México y el mundo. No es casualidad que el patrimonio cultural victorense ocupe un lugar preponderante en este libro considerando que la profesora universitaria es una estudiosa apasionada del tema.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

Tam
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA Tam

"Edición realizada con el apoyo de la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2020"